

# Tú reinarás, Pablitoescobar

*Novela de un náufrago que vivió casi veinte años en el anonimato, que fue proclamado patrón del mal, amado por presentadoras de televisión o reinas de belleza, hecho multimillonario por la Drug Enforcement Administration, DEA, y después aborrecido por todo el mundo para siempre jamás*

Esteban Carlos Mejía

*Con dinero y sin dinero*

*Hago siempre lo que quiero*

*Y mi palabra es la ley.*

José Alfredo Jiménez

*Adiós leche, adiós huevos, adiós dinero,  
adiós lechón, adiós vaca y ternero.*

Félix María Samaniego

*¡Tú reinarás,*

*oh, Rey Bendito,*

*pues tú dijiste*

*reinaré!*

François-Xavier Moreau

## **Aviso importante**

*Al fin llegaron los bultos, es decir,  
los espantos más primitivos e infantiles,  
los que asustan a los niños y a los que nunca han sido espantados  
porque no tienen el sentido del misterio profundo.*

Víctor Gaviria

***Tu antepenúltimo suspiro***

La vez que a vos te mataron, Pablitoescobar, estabas chupando piña con Marley en el parque Astorga.

Carrera 43 E entre calles 9 y 7D, con vistas al Éxito de El Poblado y la avenida de Las Vegas. Selva húmeda tropical urbana. Arrayanes, ceibas, yarumos, manga verde, guayacanes en flor, helechos, matorrales. Acá en Metrallín, del valle de Aburrá, Antioquia, la ex Grande.

Ay, Mar. Blandón Urrea, Dior Marley. Su papá es fanático de Bob Marley. Ella está en 11º en el Ferrini College. Perdió dos años seguidos por culpa del teorema de Pitágoras.<sup>1</sup> Flaca, tetoncita, mona peli teñida, calidosa. No le importa ser plato de segunda mesa ni que le lleves más de veinticinco años. Porque ayer cumpliste 44.

La invitaste a cono de Mimo's en el parque Lleras. Después al parquecito de Astorga.<sup>2</sup> Se parcharon debajo de un bambú, a lo novios de Armando Manzanero<sup>3</sup>, y se fumaron un porro. Te mostró una nube en el cielo.

---

<sup>1</sup> En cualquier triángulo rectángulo, la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa:  $h^2 = a^2 + b^2$ , en donde  $h$  es la hipotenusa y  $a$  y  $b$  son los catetos.

<sup>2</sup> Parece como si Metrallín fuera una sucursal de Greenpeace. Falso de toda falsedad. Una vez reuniste a tus panas en la oficina del edificio Dallas y les dijiste: hay que reforestar este hueco. ¿Champaña o aguapanela? Champaña equivalía a plata (Ag) y aguapanela a plomo (Pb). ¿Ag o Pb? ¿Plata o plomo?

<sup>3</sup> Siempre te muestra la libreta de calificaciones con las notas del bimestre. Va mejorando en matemáticas. Regular en sociales. Excelente en conducta y disciplina. Se agacha con malicia, volteá la cabeza, te pica un ojo y pone la nalga. Le alzás la falda del uniforme. Siquiera vas ganando religión, te burlas mientras le destrabas los calzoncitos blancos.

Mirá esos conejitos qué lindos pichando...

De repente por una esquina del parque aparecieron dos furgonetas, un camión de carga, tres automóviles particulares y un taxi en fila india y con las luces prendidas.

¡El bloque de búsqueda!, brincaste de una y mandaste la mano a tu ángel de la Santa Muerte<sup>4</sup>.

Son uno' perro' ahí, te suavizó Marley con un par de toquecitos en las rodillas. Relax, papi.

---

<sup>4</sup> Sig Sauer P229. Semiautomática. Calibre 9 milímetros. 975 gramos. Cargador de 13 cartuchos. Tiro fijo hasta 50 metros.

Contaste veinticinco perros: diecisiete manes, cinco nenas y tres transgénicos. Una veterana de buen ver mandaba sin mandar, mera domadora de elefantes. Los mancitos descargaron el camión: cajas, maletines, reflectores, trípodes, rieles, grúas, cables, pinzas, cámaras. Otra veterana abrió la portezuela de una furgoneta, sacó una mesa de plástico y un par de sillas Rimax, acomodó unos espejos y empezó a maquillar a una catana. Un cuchillo canoso y medio cojo y un mancito crespo con gafas de carey se pusieron a mirar unos fólderes de cartulina.

Marley apagó la chicharra y se la encaletó en un bolsillo del bluyín. Se arrimaron a las camionetas. Una fulana los saludó con simpatía o cinismo. Se parecía a Apolonia Vitelli, la primera esposa de Michael Corleone, en Sicilia: cara graciosa, pelo oscuro a lo paje, ojos almendrados, piel aceituna, tobillos gruesos. ¿Ustedes qué es lo que están haciendo tan bacano?, preguntó Marley a bocajarro. Apolonia hizo aros con el humo de un Royal. Somos saltimbanquis y estamos filmando un comercial de televisión. Huy, ¡qué chimba, papi! ¿Podemos ver? Of course. ¡Qué emoción, papi! Yo soy la productora ejecutiva, se presentó Apolonia.

No se llamaba Apolonia sino Ángela. Ángela Moretti o Ángela Poretti, o algo así. Tenía cierto aire con María Goretti, devoción de tu madrecita.

¿Apenas eso le parezco?, rezongó con marrulla, el puchón del Royal en la comisura de los labios. ¿Virgen y mártir?

Echaba tanto humo como una buseta. Quisiste prevenirla: cáncer de pulmones, cáncer de lengua, cáncer de garganta, malformaciones fetales, EPOC, frigidez vaginal y/o clitoriana, tufo a cenicero, aliento de horno crematorio, abstinencia o/y rechazo sexual. Ella abrió la cajetilla, sacó un cigarrillo nuevo y lo prendió con la cusca.

Sacó unos dibujitos. Esto es el storyboard, dijo. ¿Cómo?, se quejó Marley<sup>5</sup>. Un organizador gráfico. Ah, bueno, lo mismo es un parecido que otro, te reíste con ganas. El mancito de crespos y gafas de carey se acercó, hechizado por el culito de Marley. Arizmendi, mucho gusto, dijo. Yo soy el creativo. Después presentó al canoso. ¡Y él es el capo di tutti capi, don Diego Villegas y Villegas! No, no, no, se disculpó el cucho con una risa transparente. Diegovillegas nomás. ¿Ustedes venden apellidos o qué?, coqueteó Marley. ¿Eso por qué o qué? No, por nada, Moretti, Poretti, Goretti, Arizmendi, Villegas y Villegas...

Carcajadas plenas. Diegovillegas te analizó. ¿Y usted, don...? Obdulio, Obdulio Espinosa. Y ella es mi novia, Dior Marley. Ah, Dior como Christian Dior, se entrometió Arizmendi. No, Marley como el rastafari de Jamaica, dijo Mar.

Dieron un vueltón por la locación mientras los mancitos montaban el entable. Ojo al cristo que es de plata, susurró la domadora de elefantes cuando

---

<sup>5</sup> También va perdiendo inglés... Fuck off.

te vio interesado en el funcionamiento de la cámara de cine. La pulla te dolió, claro. Buscaste un refrán para devolver las atenciones. ¿El ladrón juzga por su condición? ¿La cuerda en casa del ahorcado? Al bagazo, poco caso, corcoveaste a la final con la dignidad maltrecha. La domadora hizo un puchero de pillería, bonitica ella, y te volteó la cara.

Marley se babeaba. Ay, me encantaría ser modelo. Hacé casting en Informa, le dijo Goretti. Es una super agencia de modelos. ¿Casting? Una prueba, tradujo Diegovillegas. A ver si las cámaras se enamoran de ti tanto como tu novio, don Obdulio, aquí presente. Marley te abrazó y vos le cerraste la boquita con un beso de picaflor.

Este comercial es un canto de esperanza, sonrió Goretti entre la humareda del Royal. Son slices of life, agregó Arizmendi. Como rebanadas de vida, explicó Diegovidlegas. Es un homenaje a la gente. ¿A cuál gente?, preguntó Marley. En este mundo hay mucha gente.

Mejor yo los brifeo, interrumpió Arizmendi peinándose los crespos con las gafas de carey. ¿Cómo fue?, te azaraste. Los pongo al día. Ah, ya por eso. Ahorita vamos a rodar la escena número seis. Una típica señora de típica clase media va manejando un típico carro familiar de clase media. De repente siente un pinchazo en la llanta izquierda de adelante... ¿Una típica llanta izquierda de adelante?, te burlaste. Arizmendi no cayó. La señora se asoma por la ventanilla. La cámara registra su desconsuelo. Un taxi adelanta al carro de la señora. El taxista ve el daño, le hace señas a la señora, frena y se baja a cambiar la llanta chuzada.

Soltaste una carcajada de malandro. ¿Y eso dónde es que pasa? ¿Acá en Metrallín? ¿Por qué no?, dijo Arizmendi. Sin las gafas de carey era zarco, algo cegato, el pendejete. Son experiencias de la vida de este país. Se vanaglorió: vender esta escena fue un camello. Por fortuna, yo tengo el don de la palabra. Aquí donde me ven soy capaz de vender un seguro de incendio para una piscina. Marley se rio, la única. Arizmendi siguió. Yo me craneé la vaina y convencí al vicepresidente creativo, a la ejecutiva de cuenta, al director

de medios, al planner, a los copywriters, a los visualizadores, a la señora de los tintos, al portero, al vigilante del parqueadero, a la esposa y a las mozas del dueño de la agencia.

El cliente sí no se dejó engatusar tan fácil, agregó. Para explicarle bien la vaina, hicimos un ripomatic. ¿Cómo fue? Arizmendi se infló como un pavo: El vocablo ripomatic proviene del verbo inglés *to rip: tear or pull something quickly or forcibly away from something or someone*. O sea, un montaje de imágenes copiadas o sacadas de cualquier parte, películas, programas de televisión, comerciales, archivos, y montadas sobre el jingle de la marca. Además, hicimos un storyboard gigante en cartón paja y a full color para realzar el feeling del spot. And last but not least, to communicate our unique selling proposition...

Dejá de hablar tanta caca, Sebastián, no se aguantó la Goretti. Arizmendi ni se inmutó. Siguió con la cháchara en fast forward. La llanta pinchada no cayó bien en el Comité de Presidencia, confesó. ¿Cuándo y dónde se ha visto a un taxista ayudando a una mujer?, ironizó el vicepresidente financiero. ¿En Bogotá?, se burló el vice de sucursales. ¡Ese sujeto, mínimo, la viola!, se estremeció de gusto la vice de planeación. A mi señora le pasó algo así con un abogado, dijo el presidente. Yo tengo el gran vacío de no ser abogado, se excusó Arizmendi, y todos se carcajearon, empezando por el secretario general, abogado in extremis.

Votaron. Llanta pinchada, ¡fuera! El voto del presidente era polivalente. Nuevo escrutinio: aprobación unánime.

Trabajaron el comercial en 35 milímetros y no en video casero como pedían los chichipatos de Mercadeo.

Contrataron al dream team de Diegovidlegas, perfeccionista a cabalidad.

Descartaron la versión tradicional del jingle. Le pidieron un arreglo para orquesta sinfónica y coro de garotinhas a Zezinho Mutarelli, compositor brasileño.

Actores del Coño sur: el taxista era teatrero en Buenos Aires y la señora del carro era corista en Santiago de Chile.

Tampoco se martirizaron con el catering: desayunos, onces, almuerzos, algos, pandebonos, empanadas, aguas saborizadas, gaseosas y un botelloncito de Chivas Regal para Diegovidlegas, urgido de tónico al cabo de diez horas de rueda cámara, dolly, ¡acción!

Filmaron varias escenas en el estudio del fotógrafo Fernando Biancardi, alquilado día y noche para acondicionar los platós.

Y el resto en locaciones al aire libre de la Eternal Spring, a riesgo de aguaceros o solazos de justicia.

La plazoleta de la Clínica de Las Américas

La terraza de un edificio de apartamentos en Santillana.

El Tequendamita por la carretera a La Ceja.

Un taller de mecánica en la Universidad EAFIT.

El Teatro Metropolitano durante un ensayo de la Orquesta Filarmónica de Metrallín.

El Parque Astorga.

La Goretti apagó la mecha a medio fumar y ofreció sanduchitos de jamón y cocacolas. Arizmendi se masticó a Marley con la mirada. No dijeste ni hiciste nada: los celos sólo traen discordias. La domadora de elefantitos daba julepe sin parar. Diegovidlegas cuadraba los enfoques, revisaba el dolly, consolaba a las actrices y le daba julepe a la domadora.

Empezaron a filmar a las 2 de la tarde cuando un sol con uñas de gata asomó por entre las nubes de mazapán. La chilena hizo su papel en tres planos y cada plano en tres tomas. Los actores extranjeros saben lo que hacen y hacen lo que saben, se saboreó Arizmendi, apoltronado en una silla de lona debajo de un guamo y gorreándole amarillo a Diegovidlegas. La domadora ordenaba el parche. Quite aquí, ponga allá, vuelva acá, vaya allí. ¡Trabajen o estudien, vagos, pero hagan plata, carajo!

Escena 6, plano 1, toma 1: ama de casa feliz y dichosa rumbo al supermercado en el carro de la familia. Rueda cámara, dolly, ¡acción! Se imprime. Escena 6, plano 2, toma 1: ama de casa se transforma en secretaria de *Psycho*, de Alfred Hitchcock, y descubre que el timón del carro tira a la izquierda. Rueda cámara, dolly, ¡acción! Se imprime. Escena 6, plano 3, toma 1: secretaria de *Psycho* muta en arpía y saca la cabeza por la ventanilla y ve la llanta mascando rin. Rueda cámara, dolly, ¡acción! ¡Se imprime! ¡Dale julepe, mirá ve!

Entonces la dream crew se concentró en el siguiente plano: tilt down shot in close up de la llanta pinchada en movimiento. El Mazda 323, sedán, plateado, chispeaba como una copa de la UEFA Champions League. El best boy grip acopló un soporte a la puerta del conductor. En el estorache instalaron la cámara y un sillín para el director. Un mancito se puso al timón del carro. ¿Puedo prender el radio, don Diego? Oquey, pero pasito.

Rueda cámara, ¡acción! Posición inicial. Una, dos, tres veces. Rueda cámara, ¡acción! Posición inicial. Cuatro, cinco, seis veces. El perfeccionismo es la paja de los sicópatas, renegó la domadora cuando ya iban diez o doce tomas de la llanta desinflada<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Tenía lengüita de aguamiel la dominatriz: What are you waiting to move that tripod? This is not a circus! We are working. Move your ass, motherfuckers!

El Mazda iba y venía sobre un reguero de flores de guayacán amarillo. Veinte kilómetros por hora: 24 frames by second. Terminaban una toma, el chofer frenaba, reversaba hasta la posición inicial y volvía a arrancar. Poquísimos curiosos. Una niña en el balcón de una mansión. Un cuchillo cabeceando la siesta en una banca. Marley y vos, amartelados.

Súbito, un ángel aleteó.

Muy fuerte.

El carro rastrilló y metros después frenó en seco. Diegovillegas se bajó del estorache. ¡Mataron a Pablo Escobar!, gritó, pálido como un telón de cine. El radio temblaba con la noticia. El Bloque de Búsqueda localizó a Pablo Escobar Gaviria en una casa del barrio Los Olivos, por el Velódromo, al occidente de Metrallín. Trataron de cogerlo. El capo disparó a diestra y siniestra. Las unidades del cuerpo élite respondieron y lo neutralizaron. O sea, le quebraron el culo. Se acabó la guachafita. ¡Viva Colombia!

Ay, juemadre, yo soy caleño, se acordó entonces Diegovillegas. El Cartel de Cali pachanguera, *luz de un nuevo cielo*, era el principal enemigo del Cartel de Metrallín. Nos largamos, oís, decidió en un segundo. Yo también me voy, dijiste. Mamita, qué pena contigo. Marley te miró consternada. ¿Qué pasa, papi? Buscaste a Arizmendi: ¡Sebastián, venga acá! Él se acercó en par

patadas<sup>7</sup>. Aquí te la dejo sana y salva: me le ponés cuidadito mientras hago unas vueltas. Le entregaste a Marley, encalambrada de susto. A ella se le chocolearon los ojos. ¡Ay, papi, no!

Los saltimbanquis inflaron la llanta. Guardaron tonelada y media de artefactos, cables o enseres de maquillaje. Embodegaron el mecate junto con los rollos ya filmados. Picos en las mejillas. Abracitos sanadores. Se montaron a las furgonetas. Voy a tirar voladores, se despidió la Goretti por la ventanilla. ¿Y eso por qué? Para celebrar la muerte de esa chucha. Era un ser humano, dijiste y casi la escupes por más virgen o mártir que fuera o pareciera.

---

<sup>7</sup> Ejemplo de obediencia pronta e inmediata.

Le diste la espalda a Dior Marley y a Sebastián Arizmendi, te montaste en *Pelota*, tu Renault 4 azul venganza, y arrancaste en bombas de fuego. El corazón se te iba a salir, el estómago chisporroteaba mariposas, los riñones punzaban con saña, el hígado flotaba en sahumeros neuroendocrinos.

Subiste por la calle 8 hasta la avenida de El Poblado y doblaste a la derecha. Todo mundo iba cagado de miedo. ¿Y ahora qué irá a pasar, Dios mío?, secreteaban los mofles. Una niebla muy fea empezó a negrear sobre el filo de las lomas al oriente. El cielo se encapotó y se desgranó en unos goterones como gargajos del Altísimo. El viento tosió, los truenos bramaron y los rayos anunciaron la caída del ángel que había aleteado unos minutos antes.

¡Y granizo!

Cubitos de hielo del gin tonic de los meteoros.

Calles inundadas, desagués taqueados, árboles contra el asfalto, paraguas rotos, pitos, choques, madrazos, alcantarillas desbordadas, quebradas crecidas, rayos, centellas. Otro diluvio universal sin arca de Noé.

Prendiste el radio. Una multitud se apeñuscaba delante de la casa de Los Olivos y coreaba *¡Pablo, amigo, el pueblo está contigo!* El Ejército de Colombia (Patria Honor Lealtad) acordonaba la manzana. Doña Hermilda Gaviria de Escobar, la mamá del muerto, lloraba adolorida. Fotógrafos y camarógrafos se desplumaban las imágenes. Voceros oficiosos confirmaban o

reconfirmaban la versión del Bloque de Búsqueda. Unidades élites de la Policía Nacional (Dios y Patria) localizaron al narcotraficante, derribaron la puerta de la casa donde se escondía y le exigieron rendición. ¡Bájese, gonorrea! El mafioso desoyó la petición constitucional, disparó su pistola y escapó por el tejado. Allí, oficiales de pelo en pecho y patriotismo en los testículos, lo neutralizaron con una tanda de balazos, aún no contabilizados por los forenses. Colombianos de bien, ¡cesó la horrible noche!

Los periodistas tronaban improperios. Pablo Escobar Gaviria no había sido un Robin Hood sino un delincuente cruel y sanguinario, puntualizó un locutor. Valga la redundancia, cruel y sanguinario, dijo. Muchos lo admiraban por inteligente. Sería astuto, talvez, pero ¿inteligente? No creo. ¿Hay alguna diferencia entre inteligencia y astucia? Clarísimo. Una persona inteligente es capaz de plantear, entender y resolver problemas. El astuto es hábil para alcanzar sus fines mediante subterfugios, trampas o bellaquerías. ¡Ay de los pueblos que confunden astucia con inteligencia!, sermoneó el fulano con grandilocuente grandilocuencia, vuelva a valer la redundancia.

Le pegaste un tortazo al botón del dial y cambiaste de emisora. El muerto es... había sido un engendro del Enemigo Malo. Nuevo manotazo al radio. Pablo Escobar Gaviria se engolosinó con la imagen que el gobierno de Estados Unidos y la agencia antidrogas, la DEA del Sagrado Corazón de Jesús, le impusieron en contra de su voluntad: ser el Vito Corleone de América Latina. Un ex director de la Policía, llamado con urgencia, descubrió el agua tibia: ese bandido siempre actuaba con maña y violencia. ¡Guau!

Volviste a la primera emisora. Azaraban a los oyentes con el coco del no futuro. ¿Con qué irá a salir ahora el cartel de Metrallín?, preguntó un periodista, ronco por tanta habladera de mierda. Sería irresponsable hacer un pronóstico, insinuó una jovencita. El accionar criminal del muerto... Buen muerto, la interrumpió el ronco. La jovencita gagueó: era un ser humano como usted o como yo, Darío. A mí sí no me compare con ese animal, refunfuñó el ronco.

El muerto siempre fue errático, retomó la jovencita. Improvisó una guerra sin tácticas ni estrategias. Hum..., volvió a gruñir el ronco. No podemos desconocer un hecho: Pablo Escobar Gaviria era torpe. ¿Cómo así, niña? Con tantos atentados, secuestros, torturas y asesinatos cavó su propia tumba. Le faltó un buen consigliere. Hum... Para el pueblo es un santo. Hum... Un día de estos lo canonizan como a Santa Evita. San Pablitoescobar de Envigado, Antioquia. Vea, niña, mientras tanto le vaticino una mortandad mañana o pasado mañana. ¡Plomo es lo que hay y plomo es lo que viene! Se lo digo yo. Póngale la firma. La jovencita se desquitó: Hum...

A continuación, dos psicólogas descuartizaron al capo.

Esquizofrénico con pasmosa habilidad para cambiar de personalidad y pasar de benefactor a malhechor.

Edípico sin padre ni dios ni ley.

Sicópata.

Paranoico.

Neurótico.

Histérico.

Maníaco depresivo.

Esquizofrénico.

Sicótico.

Sociópata.

¡Triple hijueputa!

En la esquina de La Bota del Día, a la entrada del centro de Envigado, el chaparrón mermó y el cielo desgranó una llovizna empalagosa.

Parqueaste al frente de Las Nubes, un cafetín de alcurnia provinciana en la esquina suroriental del parque.

Caminaste hasta la iglesia de Santa Gertrudis, a media cuadra. Muchísimos devotos, de rodillas en el comulgatorio, hipaban a media voz.

Echaste unas monedas en la alcancía de un altarcito y prendiste una veladora. Señoras vestidas como para un velorio. Pelados en camiseta, tenis y bluyines. Beatas de la parroquia. Muchachas con pañoletas de luto. ¡Oh Glorioso Niño de Atocha, ten compasión de él! Lo que hacía, lo hacía en tu Nombre, Señor de los Ejércitos.

Una mujer se postró delante de las veladoras. Te fijaste en las suelas de sus zapatos, unos tacones bajitos, cuarteados por el uso, y te compadeciste. Tuviste ganas de arrodillarte a su lado para consolarla. Rezaba con fervor. Pablitoescobar que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Sufriste martirio por nosotros. Permite que nuestros corazones gratifiquen tu misericordia, oh, bienaventurado entre los bienaventurados. Santificado sea tu reino. Hágase tu voluntad y alabado seas, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Un rumor se elevó en el templo mientras una fila avanzaba por el pasillo central hacia el Sagrario.

*Tú reinarás,  
este es el grito  
que ardiente exhala nuestra fe.*

*Tú reinarás,  
oh, Rey bendito  
pues Tú dijiste: ‘Reinaré’.*

Mujeres en tacones o en chanclas, cuchas, sardinas con bebecitos en brazos. Cirios encendidos o veladoras envueltas en papel celofán. Descalzas casi todas. La piel se te puso arrozuda.

*Reine Jesús por siempre,  
reine su corazón.  
  
En nuestra patria,  
en nuestro suelo,  
que es de María la nación.*

*En nuestra patria,  
en nuestro suelo,  
que es de María la nación.*

Una plegaria de tristeza, un espejismo de dolor.  
Te hincaste de hinojos y rezaste con la fe de carbonero de la mujer de las suelas rotas. Tú reinarás, Pablitoescobar, pues Tú dijiste: Reinaré. Amén.

Echaste más monedas en la alcancía, prendiste otra veladora y saliste deprisa.

Afuera todavía goteaban las lágrimas del arcángel caído.

La radio seguía en las mismas: congratulaciones al Bloque de Búsqueda, el país espera una alocución presidencial, repetimos, cesó la horrible noche. Necesito una caleta, pensaste y aceleraste por la calle 38 hacia la loma del Escobero. En tu cabeza resonaban las plegarias de la pobreza. Sobaste la cacha del ángel de la Santa Muerte como quien toca madera. Miraste por el retrovisor. Luces de carros, peatones impacientes, destellos en los charcos...

Te inspiraste.

¡Fania!

Clarísimo.

Fania<sup>8</sup>.

Vivía en el Empire State Building, a ocho o nueve cuadras del parque, en el Barrio Mesa. Cogiste para allá. Chequeaste las bocacalles. Diste dos vueltas a la manzana. Estacionaste en la cuadra de abajo y, cabizbajo para no banderiarte, llegaste a la entrada del edificio. Sacaste tu llave y abriste. Subiste hasta el último piso por unas escaleras recién trapeadas y tocaste el timbre del 501. Se abrió la puerta y asomó una nativa en sus veinticinco añitos, descalza como penitente de la iglesia de Santa Gertrudis, en piyama de seda negra.

---

<sup>8</sup> El papá la iba a bautizar Fania All Stars. Ni el cura ni la mamá dejaron. ¿Entonces? Fania Eugenia. Fania Eugenia Montoya. Fania Eugenia Montoya Celis.

El apartaco era un confite. Había un sofá de cuerina, una estantería de madera y un escudo del Atlético Nacional en latón colgado de un clavo en una pared. La mesa del comedor tenía un mantel de hule y un florero con rosas de plástico. Sobre una mesilla auxiliar, la foto en blanco y negro de una pareja en un paseo de olla: Fania y el Carebonito, tu parcero del alma.

El Carebonito respondía al nombre de Cayetano Ramírez Vélez y era pinta de verdad. Nariz pulida. Frente sin arrugas ni entradas. Pelo castaño, cero gominas, motilado con tijeras. Cejas sedosas. Ojos de sonámbulo. Pestañas de niño coquetón. Mejillas lampiñas, con el favor de míster King Camp Gillette. Boca de merengue fresco: labios esponjosos de depravación. Mentón cuadriculado, con un hoyuelo muy sugestivo. Dedos refinados, uñas sin cutículas, barniz transparente. Cuarenta y dos años, si mucho. Mero galán de Radio Caracas Televisión o jefe del cartel de Durango. La barriga sí era paisa de pura cepa: un costal y medio de mondongo debajo de las tetillas.

Tenía un tatuaje en el pulso de la muñeca derecha: . Igual al de Fania en su muñeca izquierda. Apareció detrás de ella, en batín solferino y pantalones de piyama, Hugh Hefner envigadeño.

¡Patrón!, te saludó con un vozarrón de macho alfa.

Rompiste a llorar.

¡Esos malparidos mataron a Cloncito!

Quince años tenía la Fania cuando su amor le entregó a Cloncito.

Ya los invitados se habían embuchado el vino espumoso. Ya no quedaba ensalada de papas con salchicha. Sonaba *El corrido de Lucio Vásquez*, cascabeleado por Antonio Aguilar.

*Volaron los pavos reales rumbo a la Sierra Mojada,*

*mataron a Lucio Vázquez por una joven que amaba.*

A la aceitosa luz del atardecer, Cloncito arrinconó a Fania Eugenia contra el tronco de un limonero en el solar de la casa. Y pasó lo que tenía que pasar. A ella le dolió como un diablo.

*No es lo mismo ver morir como cuando a uno le toca.*

Lo más peye: quedó cargada.

Se casaron al escondido en la iglesia de San Rafael, El Dorado. Los papás de Fania no veían con buenos ojos a Cloncito. Le llevaba veinte años, era un contemplado de la mamá y no servía pa' culo.

*Luego que ya lo mataron le echaban tierra en la boca.*

El feto nació muerto.

Nadie sabe lo de nadie.

Cloncito fue necio en el colegio. Por patios y corredores del Liceo Lucrecio Jaramillo le remedaba el caminado a los compañeritos. En un recreo le chantaron el apodo. Cloncito diminutivo de clon. Porque sus mímicas eran

idénticas a los movimientos del imitado. Se logró graduar de bachiller. Trató de entrar a la Facultad de Derecho en la Universidad de Antioquia. No pasó ni de la portería de la calle Barranquilla.

Se puso a camellar. Perifoneador en un almacén de ropa para caballeros en Guayaquil. Lo echaron por remedar a los clientes. Vendedor de lotería: se aburrió rápido de que nadie sacara el premio mayor de la Lotería de Medellín. Despachador en la Flota Cagajón de Envigado, mesero en los bares del parque, lustrabotas, ayudante de tipografía, electricista, plomero, resanador, pintor de brocha gorda. Vivía con la mamá, y se acostaba con putas de la calle. Le pegaron una gonorrea. Doña Tulia lo regañó, le embadurnó el pirulo con mercurocromo y encomendó su salud al Niño Jesús de Atocha.

A principios de 1984 un partero del Liceo tocó a la puerta de su casa.

*Su madre se lo decía,  
te lo avisa el corazón,  
no vayas Lucio a ese baile,  
cuídate de una traición.*

¡En bombas, güevón! ¿Qué pasa?, se atarantó Cloncito. Moviendo el culo, gonorrea. Se quitó la pantaloneta y los tenis. Buscó unos pantalones recién planchados, zapatos de charol y una camisa blanca. Besó a Fania y, confiando en María Auxiliadora, salió a solventar su destino. Lo enmaletaron en un taxi y le dieron vueltas subiendo o bajando por las lomas, tres cuartos de hora o menos: lo desempacaron en tu presencia.

Casi se van de espaldas. Ustedes eran igualitos. La constitución, el bigote, la panza, la mota de pelo rizado, la sonrisa de Colgate Palmolive, los gestos, la insolencia, el desapego. Este man será mi doble, declaraste en seguida. ¿Seguro, Patrón?, preguntó Cloncito, que al punto se veía metido en un millón de líos. ¿Qué te gusta más, home, ¿champaña o aguapanela?, replicaste. Los gorilas aprobaron en coro: ¡Champaña! En el liceo vos eras un mimo ni el berraco. Eso era sin querer, Patrón. Mostrá a ver. Cloncito se tragó el susto: caminó, gesticuló, miró, olfateó, sonrió, payaseó.

A este mancito me lo tratan mejor que a mí, anunciaste. Le pusiste la mano en un hombro. Vale en oro lo que pesa en chinchurria y espinazo.

¿Y Fania?, preguntó Cloncito. ¿Te gusta mucho la salsa o qué? No, no, no, mi señora se llama Fania Eugenia, Patrón, yo qué culpa tengo. Tus guachimanes se totearon de la risa, eufóricos como semáforos en verde. ¿Qué le pasaría a ella si a mí me llega a pasar algo? No me hagás reír, home. Aquí no pasa nada sin que yo sepa, diga o haga.

A riesgo de hacerse quiñar por impertinente, Cloncito porfió en lo suyo. Patronazo, no es por llevarle la contraria, ni más faltaba, pero si algo me llegara a pasar, entonces, ¿qué? En ese caso, yo me encargo de tu mujer.<sup>9</sup> ¿Me lo promete? Te lo juro por esta santa cruz que redimió al mundo.

¿Qué podía hacer entonces?

¿Creer para crear?

¿Crear para hacer?

¿Hacer para creer?

¿Callar y salvarse?

¿Pensar rápido o moverse despacio?

Cloncito te sustituyó en tantos cacharros que los sicarios terminaron por pedirle cuerda<sup>10</sup>.

¿Tumbamos a esas gorsovias o qué, Patroncito?

---

<sup>9</sup> La neta, no se entendió bien si dijiste *encargar* o *cargar*.

<sup>10</sup> Como en *Kagemusha*, la películaza de Akira Kurosawa que esos bandidos jamás verían en sus puercas vidas.

¿Le ponemos bombas al DAS en Tabogo o a la Cuarta Brigada en Metrallín?

¿Qué hacemos con los Pepes?

¿Champaña o aguapanela?

¿Plata o plomo?

Hasta en La Catedral te suplantó con honor.

Fue el héroe en la noche de la fuga.

No se destemplaba al cantar. Le pedías el corrido de Lucio Vásquez y se negaba. Mejor una que nos salga, Patrón.

*Qué triste agonía,*

*después de caído*

*volver a caer.*

*Qué suerte la mía,*

*estar tan perdido*

*y volver a perder.<sup>11</sup>*

Cloncito dejaba pelos en el alambrado, y el Bloque de Búsqueda no lo cogía. Se escurría como una lombriz, y los gringos de la DEA se quedaban viendo un chispero. Se disfrazaba de monja, señora embarazada, policía, guachimán de ruana y sombrero, taxista con cachucha del poderoso Deportivo Independiente Metrallín, y el Ejército de Colombia no lo agarraba ni en pintura.

Hasta el jueves 2 de diciembre de 1993.

Tuqui tuqui, Lulú.

---

<sup>11</sup> *Qué suerte la mía.* José Alfredo Jiménez.

Pum, pum, pum.

Non va più.

Se acabó.

C'est fini.

The end.

A otra cosa, mariposa.

Matrimonio y mortaja del cielo bajan.

Fania estaba como una uva. Se abrazaron. Se hundieron en las negruras del sufrimiento. Pobre Cloncito, balbuceó el Carebonito. No se merecía una muerte tan vergaja. Nadie se merece que lo quiebren así, resolló Fania y juntó las manos delante de los pechos redonditos. Recemos por su eterno descanso.

*Dios te salve, María,  
llena eres de gracia,  
el Señor es contigo.  
  
Bendita tú eres  
entre todas las mujeres  
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.*

Fania levitaba en aquella piyama de seda. Siguen las letanías, advirtió, no sin ternura. *Virgo fidélis*. Repitan después de mí: *ora pro nobis*. Cayetano y vos titubearon. *Ora pro nobis*.

*Causa nostrae laetitiae.  
Ora pro nobis.  
Vas spirituále.  
Vas honoráble.  
Vas insígne devotiónis.  
Rosa mystica.*

*Turris Davídica.*

*Turris ebúrnea.*

*Domus áurea.*

*Stella matutína.*

*Refúgium peccatórum.*

*Consolátrix afflictórum.*

*Auxílum Christianórum.*

*Ora pro nobis.*

Amén.

Matar o morir.

En el aparador había una botella de Chivas. El Carebonito llenó tres vasos hasta la mitad. De un guascazo se aplicaron el jarabe, gas que pa' dentro vas. Prendieron el equipo de sonido. Las radiocadenas seguían botando caspa. Dos forenses se agarraron de las mechas: ¿el muerto era un occiso o un interfecto? Un vocero de la embajada de Estados Unidos en Bogotá descartó *rotundamente* la participación de su país en la operación del Bloque de Búsqueda. Una vocera del Departamento de Estado en Washington confirmó *categóricamente* que la DEA había intervenido en tu neutralización. Una reportera le preguntó a tu mamá si ya se sentía más tranquila ahora que te habías ido para el más allá.

Fania te volvió a abrazar. ¿Qué querés hacer, Pablito? Lo de siempre. ¿Y tu vieja? Una cucha de armas tomar. ¿Y tus hermanos? Ya saben cuidarse

solitos. ¿Y tu señora? Ella es una mujer de fuego. ¿Y los hijitos? Dios proveerá.  
Al que no sabe de ganado, lo embiste la boñiga, concluyó el Carebonito.

***Escupo cuando otros lloran***

Fania trajo un litro de Old Parr 12 años. Eso es trago de mafiosos, protestó Cayetano. Al marrano con lo que lo criaron, dijiste. Entonces Fania volvió al aparador y sacó una botella de Aguardiente Antioqueño. Pa' las que sea, brindó sin destapar el frasco. El Carebonito llenó una copa. Salud, Patrón. La noche se había entibiado, ya sin tronamentas. Voy a organizarte un cambuche, dijo Fania. Cayetano y vos se pusieron a chupar guaro.

Colchoneta inflable, almohada de campaña, cobija de lana, radiequito de pilas con audífonos, el ángel de la guarda de la Santa Muerte en su cartuchera. Yo quería mucho a Cloncito, balbuceaste. Y yo, dijo Fania, y se abrazaron sin llorar. Ella olía a cannabis. Te mordiste la lengua para no pedirle un porro.

Te fijaste en la pieza. Paredes grises, baldosas blancas, bombillo de 120 bujías, clóset, ventana con persiana. Nadie en la calle. Apenas iban a ser las 8. Abriste el closet. Un almacén de antigüedades. Zapatos viejos. Brochas gordas, espátulas, papel de lija, rodillos. Revistas de chicas en pelota, *Playboy*, *Hustler*, *Macho*. Casetes de VHS con películas porno. Y una Sagrada Biblia, versión Nácar Colunga, en cuero negro y firmada por Cloncito abajo a la derecha en las páginas 11, 111 y 1.111: Héctor Fabio Baena Callejas. Hojeaste el libro.

*Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí.* Salmos 42:7.

Leíste más.

Una ballena se tragaba a un mancito y lo regurgitaba sano y salvo varios días después.

Una mujer se volvía estatua de sal por mirar hacia atrás.

El rey Salomón pichaba con setecientas reinas y trescientas concubinas.

Una culicagada se dejaba embarazar por una paloma, paría un bebé y seguía siendo virgen.

Al hijito lo crucificaban por ser lo que no era, un sicario romano lo alanceaba en una cruz y resucitaba al tercer día.

¡Por Dios! Qué vaina tan corrida.

Te tendiste sobre la colchoneta a mirar el techo. Somos pensadores de la cuna al ataúd, pensaste. Cerraste los ojos. Alacranes con alas y hormigas cachonas de triple aguijón. Manes vivos o muertos, te miraban con los brazos cruzados. Rumores, ecos o silbidos atenazaban tus oídos: trenes descarrilados, avionetas en picada, chispazos, la desamparada antorcha. ¡El puta inframundo!

# POMP AND CIRCUMSTANCE MARCH NO. 1

Op. 39, No. 1

Allegro, con molto fusco.

Allegro, con molto fusco.

Allegro, con molto fusco.

129

Te sobaste el riñón izquierdo. Te pusiste la mano en el corazón y lo sentiste descalabrado. Prendiste el radieciro. Vallenatos. Te dormiste. A medianoche tuviste ganas de hacer pipí. En puntillas fuiste al baño. Orinaste. Después te metiste un dedo a la boca a ver si vomitabas lo mucho que habías

bebido y lo poco que habías comido. Un dedo, dos dedos. Toda la mano menos el pulgar. Trasbocaste hasta el antepenúltimo suspiro<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> No hiciste ruido con las arcadas, como las ninfómanas, digo, las neurasténicas, mejor dicho, las anoréxicas. Te acordaste de Marley. ¿Dónde estará mi nena?, preguntaste al espejo mientras te enjuagabas con Listerine. Pensaste en llamarla. Deje los santos quietos, te frenaste a tiempo. La despertás y Arizmendi se te la vuelve a comer. ¡Pérdidas!

Subiste la persiana. Abriste la ventana. Te asomaste. El rocío empañaba las ventanillas y las capotas de los carros. Las instalaciones navideñas pestañeaban como cocuyos bajo la luna llena. Te echaste un pedo y volviste a la colchoneta, siempre en puntillas para no despertar a Fania o a Cayetano. Al momento oíste un despelote. De una cogiste la boquifría. Gemidos, cuchicheos, traqueteos. La bella durmiente y su príncipe consorte estaban dándole al peluche. ¡El colmo! ¡No han enterrado a Cloncito y estos faltones se ponen a culiar!

Fania parecía la gata de Flora: cuando se lo meten, chilla, y cuando se lo sacan, llora. Cayetano la arreaba. ¡Cabróns!, gruñiste pasito. Siguieron así, no mucho, porque la viuda estaba hambrienta y estalló en segundos. ¡Caye, Caye, mi Caye!, aulló mientras se venía. El Carebonito se atragantó con el orgasmo.

Alcanzaste a oír los bisbiseos de euforia de Fania<sup>13</sup>. Si por alguna razón nos dejamos de querer, ¿quién va a sufrir menos, tú o yo?, preguntó la muy ladina. No invoquéis el abismo, renegó Caye. Diste vueltas en la colchoneta tapándote la nariz con el pulgar y el índice de la mano derecha para no estornudar. El chiflón se colaba por las ranuras de la ventana.

---

<sup>13</sup> *Post coitum omne animal triste est, sive gallus et mulier. Después del coito todos los animales están tristes, menos el gallo y la mujer.*

Volvió la mudez de los cuerpos. Fania se rio, ronca de deseo. Te la imaginaste a horcajadas sobre el Carebonito, casi veinte años más cucho. Ay, sí, mi mijo, lo van a descremar, te carajeaste por primera vez en tu nueva existencia de zozobra y tinieblas. Después te dormiste como un bebé.

Sentiste una mano en la nuca. Brincaste y volteaste a mirar para los lados. Nadie. Te incorporaste, ángel de la guarda de la Santa Muerte en mano. En nombre de Dios Todopoderoso, ¿qué quiere?, preguntaste a las tinieblas. Oíste un eco nítido. Tranquilo, Patrón. Soy yo, Cloncito. ¿Qué? ¿Cloncito? Sí, su Cloncito del alma. ¿Héctor Fabio? Sí, señor, su doble, duplicado, copia, clon o sosias.

Pusiste la pistola sobre la almohada y te santiguaste a la carrera. Esto no me puede estar pasando a mí, ave María purísima. A vos te mataron hace un rato, Cloncito. Las apariencias engañan. ¿Seguís vivo? Vivito y coleando. ¿Hay vida después de la muerte? Ah, yo no sé si esto sea vida, aquí estoy y aquí me quedo, dijo Cloncito.

Hablar con los muertos no es cosa del otro mundo. Los huérfanos charlan con sus madres difuntas, los padrastros lloran en el hombro de las hijastras muertas, las viudas cantaletean a los esposos idos, las viudas rumbean con sus esposos fallecidos. Lo mejor es que se vaya acostumbrando, Patrón. ¿A qué? A aceptar y ceder. Usted y yo vamos a seguir juntos hasta que la muerte nos separe.

Amaneció despacio. La luz tardó en anidar. Distinguiste el tartamudeo de una motocicleta. ¿O una metralleta? Una mujer en tacones bajando o subiendo por las escaleras del Empire State Building. El pito de un carro. El revoloteo de un helicóptero. Una sirena de bomberos. ¿La policía? Notaste la descarga de un inodoro, el agua de un lavamanos, el pío pío de los pajaritos en los árboles de la calle, el quiquiriquí de un gallo sin gallinas, el revoloteo de un gavilán pollero, el olor a café recién hecho. Prendiste el radieci, y no le pusiste atención.

Oíste el chorro de orina del Carebonito. Y varias detonaciones. El pedo es el mejor amigo del cirujano, se burló Cloncito con absoluta seriedad. No te asustaste al oírlo. Fuiste al baño. Te empelotaste ante el espejo. Tenías ojeras, lagañas, estrías. Y la espalda molida, como si una aplanadora te hubiera pasado por encima.

Tu barriga se parecía a la panza de Diego Armando Maradona. Ahora que le sobra tiempo, hágase un by-pass gástrico, Patrón, insinuó Cloncito. No vuelva a comer chicharrón ni chorizo, ni frijoles con garra, ni mondongo, ni milhojas del Astor ni buñuelos de la Buñuelería La Especial. ¡No más fritanga!

Voy a comprar la prensa, avisó el Carebonito desde la sala.

Te metiste a la ducha, te enjabonaste muy bien, te lavaste el pelo con un champú anticaspa del Carebonito y te secaste con su toalla. En el botiquín

había una máquina de afeitar eléctrica. Sin pensarlo te afeitaste el bigote. Volviste al cambuche. Te pusiste los pantaloncillos al revés, te dejaste la camisa por fuera para tapar el bulto del ángel de la guarda de la Santa Muerte, enzurullaste las medias y las metiste al closet.

¡A desayunar!, anunció Fania. ¡Pablitoescobar!, se desconcertó al verte sin bozo. Tenía una camiseta ceñida a las tetas de viuda y unos boxers comodísimos. Te pasó los dedos por los cañoncitos del mostacho. Bebezote, sonrió. Casi caes. Esta cuca no es mía, es de Cayetano, ora pro nobis. Olía a pachulí. Seguro ya se metió el primer porro, supuso Cloncito, exmarido y/o viudo. Ora pro nobis.

El desayuno era recalentao. Adiós by-pass. Ibas por la segunda taza de chocolate cuando el Carebonito abrió la puerta. Traía un montón de periódicos.

Sin anestesia.

VIERNES

# EL TIEMPO

300

**¡Al fin cayó!**

**EN EL ANFITEATRO** de Madrid, aparece el cadáver de Pablo Escobar y al lado, su señora madre y uno de sus hermanos. El hombre fue recientemente muerto por el pacto del Cartelito repuestico.

**Exitsa acción del Bloque de Búsqueda. Felicitación de Clinton. Gaviria habló a los colombianos y dijo que la lucha sigue. \***

**REACCIONES**

**La lucha no termina**

**Hoy en el tiempo**

**Habían advertido**  
A. Chacón a la Corte  
Policía Nacional/84

**Pension y salud**  
Diseño de la Caja  
Pensiones/84

**Inflación 1,39%**  
Acumulado de 11  
semanas, 21,20% /84

**Auto de detención**  
A. Serrato Alberto  
Ejecutorio Maizal/84

**Venezuela**  
Todo sobre el régimen  
pionero/84

**Passo restringido**  
Buenos Aires/84

**A medias**  
Comunicaciones

**El Rey Pelé**  
Máximo de Redacción  
Cultura/78

¡Cloncito!, explotaste en un aullido. Tiraste el periódico al suelo. Fania lo recogió, manos frías, corazón caliente. Héctor Fabio estaba como repuestico, ¿sí o qué?, dijo con una risita histérica y señaló al muerto en la bandeja de autopsias. ¿Repuestico?, preguntó el Carebonito. Gordísimo, sollozó Fania. ¿Y

esa barba tan descuidada? Un hombre sin mujer *sí* es como un cojo sin bastón.  
La pose no me favorece, aceptó Cloncito a regañadientes.

Te acostabas a la madrugada y dormías hasta el mediodía.

Te duchabas con agua al clima.

Andabas descalzo.

No veías televisión ni leías prensa.

Oías radio.

Mirabas por la ventana y espiabas la calle.

La cabeza te dolía por las mañanas y los riñones punzaban por las noches.

Pensabas vainas.

Te zambulliste en la colección de tangos y corridos de Cayetano.

Gardel.

*Sentir que es un soplo la vida*

*Que veinte años no es nada*

*Que febril la mirada*

*Errante en las sombras*

*Te busca y te nombra.*

Antonio Aguilar y el mentado corrido de Lucio Vásquez. Y Juan Charrasqueado.

*Son muchos hombres,*

*no te vayan a matar.*

Julio Sosa:

*El mal que te han hecho  
es herida abierta  
que inunda tu pecho  
de rabia y de hiel.*

Jorge Negrete:

*Quisiera ser la golondrina  
que al amanecer a tu ventana llega  
para ver a través del cristal.*

Fania te compró cepillo de dientes, dentífrico e hilo dental, espuma de afeitar y cuchillas, champú, rinse, desodorante, talco, Listerine y Dolex. Cero condones. Consiguió camisetas, bluyines, piyamas y zapatos con las tallas de Héctor Fabio.

Pasaron días.

Ajustemos cuentas, le dijiste una media mañana al Carebonito. Tolis, Patrón. Fue a su alcoba y volvió con una calculadora de escritorio, un par de bolígrafos y una libreta de apuntes. ¿Old Parr o Chivas? Ambos, lo dos. Caye trajo el carburante. Abrió el cuadernillo. Había una lista:

- 1      Deutsche Bank.
- 2      Bankverein.
- 3      Simbirsk Torgovli Bank.
- 4      Crédit Lyonnais S. A.
- 5      Comptoir National D'escompte de Paris.

- 6 Disconto-Gesellschaft.
- 7 Société Générale.
- 8 Russkiy Bank Dlya Uneshnei Torgovli.

El Octágono, suspiró Cayetano. El secreto mejor guardado del lumpenproletariado colombiano, dijo Cloncito. ¿Lumpen, qué? ¿Qué cosa?, se extrañó Cayetano al oírté hablar solo. Nada, yo aquí pensando en voz alta. Revisaron saldos y en par güevazos decidieron. Cuatro transferencias del Russkiy Bank Dlya Uneshnei Torgovli y el Disconto-Gesellschaft al Crédit Lyonnais S. A., al Société Générale y al Deutsche Bank. Giros subsiguientes a un banco colombo-panameño<sup>14</sup>. Conseguime Iana, Caye. Sisas, parce. Pillo que se respete siempre debe andar mínimo con un millón de pesos en el bolsillo, especuló Cloncito.

Caye era tu mejor amigo y tu consejero. ¿Dónde se conocieron? ¿En una rumba? ¿Acaso en un tropel? Nació y creció en San Joaquín. Estudió Planeación y Desarrollo en la Universidad de Antioquia. Nunca se graduó. No le dejaron hacer la tesis sobre el modo de producción en Macondo. Le decían El Pispo, Carebonito o Taladro. Tenía labia y juraba que hablaba inglés y francés. Fulminante para las cuentas.

*Valiente y arriesgado en el amor,  
a las mujeres más bonitas se llevaba,  
y en esos campos no quedaba ni una flor.*

---

<sup>14</sup> El nombre se reserva por gratitud inmarcesible.

Jamás se manchó las manos con el veneno. Era oficinista, y punto.  
Prudente y sagaz como Tom Hagen, el consigliere de Vito y Michael Corleone.  
Con simpatía y cinismo enamoró a Fania. ¡Gloria a Dios!

Fania te arrinconó en la cocina. Tenía unos shorts y una camiseta de algodón, color cúrcuma. Pestañeó varias veces. Parcero, hágase leer el Tarot. Sus melocotoncitos de fantasía mariposeaban debajo de la camiseta. El tinto humeaba. Yo conozco una tarotista muy buena. Chila Lozano. Es invidente y chocoana. ¿Negra y ciega?, se aterró Cloncito. Racista, refunfuñaste. ¿Cómo hace pa' ver las cartas?, siguió Cloncito. Probaste el tinto: cargado, espeso, sin azúcar. Hágale, Faniecita. La peor diligencia es la que no se hace.

El citófono sonó a las 5. Chila era gorda o flemática. Batola de colorinches, cartera revejida, gafas oscuras. Caminaba despacio y olfateaba con cuidado. Vamos triunfando, exclamó Cloncito entre risas. Ella captó la presencia de Fania y con un mohín de abuelita tendió la mano derecha al vacío. Con la otra empuñaba un bastón de aluminio. Cecilia Lozano Baudó, mucho gusto, se presentó. Fania Montoya Celis, y el gusto es mío.

Fania tenía una minifalda de cuero y una blusa de seda. Vos, tenis sin medias, bluyines y camiseta holgada. La ciega husmeó con circunspección. Además de adivina, soy lesbiana practicante, dijo. Abriste los ojos. A mí esa gestión no me trama, ripostó Fania de buena tónica. Lo mío son los fierros... los fierros de carne. ¿Puro ñervo, pues?, se carcajeó Chila. Su dentadura era un teclado de tiza. La voz era cristalina. Yo sí soy arepera legítima por más fierro que me hayan dado. Fania la cogió por un codo y la llevó al sofá. Chila escudriñó sus oscuridades. ¿Y quién es tu amigo? Pablito. ¿Pablo? No, Pablito a secas, dijiste. Chila tendió la mano. Los dedos eran espigados, no de pianista sino de bacterióloga.

Se sentó con un ceremonial engoroso: la obesidad, la ceguera, la marrulla. Fania trató de ayudar. Chila la rechazó con delicadeza y rebulló las nalgas hasta sentirse confortable. No parabas de mirarla. Aquí donde me ven, yo me gradué hace años en ingeniería eléctrica, dijo. Otras menos avisadas

no estudiaron nada y sin embargo lograron desarrollar los dos hemisferios. Yo apenas logré certificar uno solo. ¿Cuál?, pestañeó Fania. El malo. Se rieron a las carcajadas. Ni vos ni Cloncito entendieron el chiste.

¿Quién quiere tinto?, dijo Fania. ¿Tenés té verde?, preguntó Chila. Fania negó con la cabeza. Entonces una agüita aromática. Tengo la virtud de la presciencia, indicó Chila y palmeó el sofá. Pablito, venga, no sea retrechero, síntese aquí conmigo.

Chila probó el agua aromática de toronjil y cabeceó complacida. Sorbiste el tinto ácido y maluco. ¿Y dónde anda tu marido?, preguntó Chila. ¿Cuál? ¿El bobo o el vivo? Risas homéricas. Otra vez sin venir al caso, Chila se puso a hablar de la *accountability* de las leyendas urbanas. ¿Cómo fue?, resoplaron al unísono vos y Cloncito. La incumbencia de los mitos en la vida ciudadana, condescendió Chila. ¿Leyendas urbanas?, se inquietó Cloncito. ¿Cómo fue?

A medianoche un taxista recoge a una muchacha en la entrada del cementerio Campos de Paz. La pasajera olvida su morral en el taxi. Cuando al otro día el conductor lo quiere devolver, le dicen que ella murió hace años y que está enterrada en Campos de Paz.

Unos novios se casan en Fizebad. Luna de miel en Cancún. Al volver el novio descubre que la novia no era su prometida sino una gemela de ella.

Carlitos Gardel y Felipe Pirela cantan *El día que me quieras* a dúo y a capela en una finca por la Loma del Asfixiadero en Sabaneta.

Cerraste los ojos y pensaste en Cloncito. ¡Muerto en combate, en combate seréis vengado! Suspiraste sin querer. Yo soy íntima del Patrón, dijo

Chila. Fania se quedó boquiabierta. ¿Cuál patrón? Pues el único, el no va más, the only one, el Putas de Envigado, Antioquia. Yo le leo el tarot.

Fania hizo carizo. Chila olisqueó el aire. Huele a pussy. Mero coñito mojado. Fania se puso como un semáforo en rojo. Mis dones son múltiples: percepciones extrasensoriales, telequinesis, precognición, telepatía, explicó Chila. Por eso me quedé invidente. Hágame el puto favor, se maravilló Cloncito. Suspiraste sin querer, segunda vez. Chila percibió tu desaliento. Me parece que estás perdiendo la alegría de creer, Pablito. Debés aceptarte como lo que sos, un niño despavorido en las carmitas y los huesitos de un jayán.

Chila reblujó en la cartera hasta encontrar una bolsita de terciopelo azul. Siempre cargo este souvenir del Patrón. Al buen tuntún abrió el taleguito y sacó un medallón dorado. ¿Qué es eso, por Dios?, se escandalizaron vos y Cloncito al instante. Un recuerdo. ¿Te gusta? ¿Pues cómo? Me parece atroz. ¿Y eso? ¿Acaso no ves que es una esvástica nazi? No, no, fijate mejor, Pablito.

De mala gana reparaste en la alhaja. Es una esvástica levógira, dijo Chila. ¿Cómo fue?, gimió Cloncito. El brazo superior apunta a la izquierda y va en el sentido del sol. Miraron con atención: ☈. Es un símbolo asiático, siguió Chila. Muy auspicioso. La esvástica de los nazis era dextrógira, el brazo superior a la derecha en el sentido de las manecillas del reloj. Volteó la cruz. Quedó como la insignia de los nacionalsocialistas alemanes: ☈.

Una esvástica es una esvástica, te emputaste. Será un emblema nazi por los siglos de los siglos. Dios está en los detalles, se defendió Chila. Dios no existe: lo digo por experiencia propia, casi sollozó Cloncito. Perdóneme la

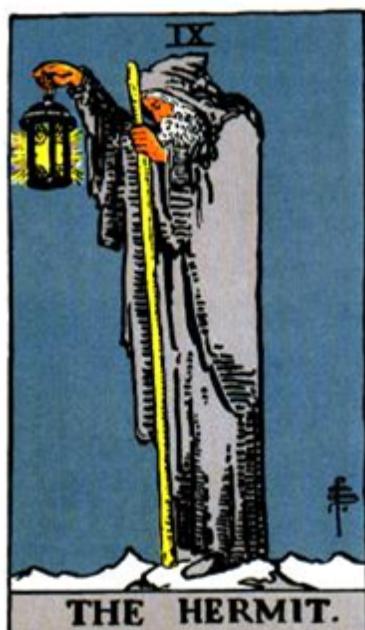
franqueza, doña Chila, pero usted está más loca que una cabra, dijiste. Las cabras son unos animalitos tenacísimos, boqueó la ciega, siempre con una sonrisa abre piernas en los labios.

Fania trajo más tintos, otra aromática de toronjil y palitos de queso. Chila se frotó el pocillo contra las mejillas. En el dedo del corazón de la mano derecha llevaba un anillo: una orquídea de la selva de Tarzán. ¿Otro recuerdo del Patrón?, la pullaste. Te apuntó con el bastón. No te burlés, Pablito. El Patrón está vivo. ¿Cómo fue? Requetevivo. Fania se santiguó. Pero, Chila, entonces ¿quién era el man que el Bloque de Búsqueda quebró en el techo de esa casa? Eso lo sabe medio Metrallín: era un sosias. ¿Un qué? Un sosias, un clon, un doble...

Los palitos de queso se desmoronaban en tu boca. A lo que vinimos, dijo Chila, y sacó una baraja, deslucida por el manoseo. Se quitó las gafas oscuras. Los ojos daban pesar. Unas natas blancuzcas sin pestañas. Yo practico el Honorable Tarot Cuadrangular de Kefrén, dijo. Sólo leo cuatro cartas, sin arcanos mayores ni menores ni demás figuras.

¿Puedes ver... el futuro?, preguntó Fania. El destino ya está trazado. ¿Por quién? No sé. Yo apenas soy una médium. Suspiraste por tercera vez. Tomalo o dejalo, Pablito, resopló la ciega, no sin enfado, y amagó con encaletar las cartas. Por fis..., la atajó Fania. Necesito que le leás el tarot.

Chila tanteó hasta encontrar el agua aromática. Pareció rezar. Te entregó los naipes y ordenó que los barajaras, partieras a la mitad, volvieras a barajar y partieras otra vez en dos. Cuando terminaste, uno, dos, uno, dos, cogió el mazo y pidió que sacaras una carta. Salió The Hermit. IX.



Chila pasó las yemas de los dedos por el naípe. El Venerable Ermitaño, dijo. Cloncito refunfuñó desconcertado: Esta negra no es ciega ni por el putas... ve mejor que nosotros dos juntos. ¿Qué tal la estrella resplandeciente dentro del farol?, dijo Chila. ¿Y el cayado amarillo? Fania se deslumbró. ¿Cómo hacés pa' ver si sos cie... invidente? Siento la vibración de los cuerpos materiales, *ingrávidos y gentiles*. La carta era azarosa, la media luz, la cabeza gacha, la barba blanca, la túnica gris, el implacable garrote. ¿Y este cucho quién es?, te encogiste. Un peregrino.

Simboliza varias cosas. Progresos anímicos, cordura, inteligencia, paciencia, sosiego. ¡Guau!, se emocionó Cloncito. Es un maestro del sendero luminoso. ¿Sendero Luminoso?, te asustaste. ¿Los terroristas del Perú? No, el alumbramiento. La anti soledad y a la vez la empatía por el género humano. Fania empezó a tomar nota en una agenda de Suramericana de Seguros. ¿Eso qué tiene que ver conmigo?, preguntaste. Vos sabrás, Pablito, replicó Chila sin dejar de palpar la carta. Te exhorto a que no te quedés solo ni un minuto. A mí ya no me gusta la gente, te quejaste. Vos verás, replicó la bruja.

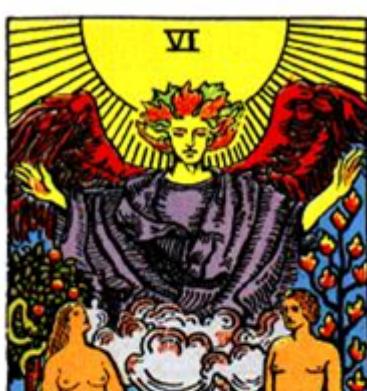
Barajá otra vez, uno, dos, uno, dos y sacá una carta, te pidió, los ojos yermos en el pozo del vacío. Obedeciste a ciegas. Barajaste, dos, uno, dos. Salió The Devil. XV.

Las yemas rastrearon el naipe en diagonal. Chila desgranó una risita. El Diablo, cuchicheó. Se llevó las manos a las sienes y se masajeó con suavidad, antes de volver a tocar la carta. Absoluto poder de seducción. Te obsesiona y te tienta y te libera. Pero percibo cierta confusión mental, alteración de los sentidos, pasiones carnales desbordadas. Diabluras. Ay, sí, mi mijo, se burló Fania. Barajá, uno, dos, uno, sacá otra carta, ordenó Chila. Salió Judgement. XX. Cabeza abajo, patas arriba.



Vaya, vaya, vitoreó Chila. El Juicio. Invertido. ¿Te gusta la trompeta del ángel? Extravagante, dijiste. ¿Y la bandera con la cruz roja? ¿Y los penitentes desnudos? Esta carta habla de vacilaciones, impotencia, raciocinios desafortunados o apresurados. Trae padecimientos o ausencias. Pablito, a veces te acelerás, no pensás bien las vainas y te arriesgás a lo que no debés arriesgarte. Cuidado: la autoestima es la ley de gravedad del alma. Hmm, dudó Cloncito. Fania apuntaba todo en la agenda.

En el sacro nombre de Kefré, imploró Chila y besó el mazo del tarot. No se oían ni las campanas de la iglesia de Santa Gertrudis, que ya daban las seis. Barajá, por favor, una, dos, una, sacá una carta. Salió The Lovers. VI, Adán y Eva, depilados e inocentes debajo de un ángel medio maricón con las alas rojas y extendidas.



Los Enamorados, aprobó Chila al tacto y sonrió hasta con las uñas. ¡Aleluya! Al fin una buena, se ilusionó Cloncito. Chila negó con severidad. No hay cartas buenas ni malas: el tarot es anterior al maniqueísmo. Acarició los cuerpos y las alas rojas. En tu vida hay una elección pendiente y tiene que ver con la unión de los contrarios. ¿Cómo fue?, preguntaste. Tendrás que escoger. Engaños o verdades. Sol o Luna. Salir o entrar. Día o noche. Vivir o matar. Ah, ya por eso. Tu éxito será tardío. Así lo disponen el Ermitaño, el Diablo, el Juicio al revés y estos bellos Amantes.

Te pusiste pálido. La voz de la ciega, transparente al principio, ahora era farragosa. Se chantó las gafas oscuras, guardó los naipes en la cartera junto a la bolsita de terciopelo azul con la esvástica levógira, ☰, ícono de lo propicio. O de lo nefasto, ☱. Se levantó del sofá y a tientas buscó la puerta del apartamento. Namasté, y salió lenta e inabordable, sin despedirse. Fania trató de alcanzarla. Dejala ir, dijiste, serio perdido. Sí, a la puta mierda el Honorable Tarot de Kefré, Keops y Micerino, se desahogó Cloncito. Te serviste un aguardiente doble.

*Soy un perro que no tiene dueño.*

Cuando el Carebonito llegó, lo llevaste aparte. Sacame de esta jaula, home Caye. Tu jermu me va enloquecer con brujerías. Le contaste del Tarot con la negra Chila. Imaginate, una ciega empeliculada, más loca que una cabra. Sacame de aquí, por lo que más querás. Yo me encargo, juró Cayetano a media voz y entre risas.

A medianoche los oíste pichar.

Dios le da pan al que no tiene dientes, se encabronó Cloncito.

Te hiciste la paja, mero desquite.

Al otro día por la mañana, el Carebonito se instaló en la mesa. Tengo una sorpresa, dijo. Fania arremangó la frente. Hoy es martes de la Virgen de los sicarios, siguió Cayetano. ¿De quién?, se entrometió Cloncito. ¿La qué de quiénes?, te confundiste. Martes de Shakirita en Sabaneta. ¿Shakirita? ¿Acaso no has oído a Shakira?, preguntó Cayetano. Fania buscó un casete en los cajones del aparador, lo puso en la grabadora y empezó a sonar *Ciega sordomuda*<sup>15</sup>.

*Bruta, ciega, sordomuda*

*Torpe, traste y testaruda*

*Es todo lo que he sido*

*Por ti me he convertido*

*En una cosa que no hace*

*Otra cosa más que amarte*

La Virgen María es Shakirita: no entiende nada, no ve nada, no oye nada, no dice nada, no da ni la hora, aclaró el Carebonito. Pero de todos modos le rezamos a ver si nos saca de la olleta, dijo Fania. Contra el destino nadie la talla, ironizó Cloncito desde su incierto destino. Desayunaron trancao. Arepas de chócolo. Cuajada. Tinto maluco. El Carebonito sonreía como un

---

<sup>15</sup>¿En 1993 ya había salido esa canción de Shakira? ¿O sería más tarde en el 98? Todo vale, dijo una vez el gran canalla... Y también, el fin justifica los medios.

emprendedor. Esta tarde yo los espero en Sabaneta. A ustedes los va a llevar Reproche.

Reproche era Wilson Hincapié, fercho de toda la vida. Sardino, pinta, juicioso. Una noche iban en un Mazda 626 con un flete para encaletar en Prado. Nueve y media. En la esquina de Palacé y Urabá los acorralaron dos neas en moto. ¡Manos arriba, pirobos! Reproche estaba enfriado con una 7.65. Le hiciste señas de tirar frescura. Un motoneto te apuntó a la cabeza. Parceros, ¿cuál es la vaina, pues? ¡Cállese la jeta, gonorrea! ¡Y bájense ya!

En la maleta del Mazda había tres bolsas del Éxito con 54.000 dólares en billetes de a 50. La nea del changón se sentó al timón del carro. ¿Ustedes no saben quién soy yo?, preguntaste a lo último. Un líchigo más, se rio el mancito y arrancó en bombas bajo la frescura de los guayacanes en flor y el brillo lastimero del alumbrado público.

Eh, ave María, por Dios bendito, esta ciudad sí se ha vuelto muy peligrosa, ¿ah, Wilson?, renegaste. Uf, resolló Wilson, o sea, Reproche. Le va a tocar hacer algo pa' arreglar esto, Patrón.

A ver, moviendo el culantro, se aceleró el Carebonito. Salgo en bombas pa' la iglesia de María Auxiliadora. Reproche los recoge en media hora. En taxi. ¿No será peligroso, mor?, se inquietó Fania. La mancha amarilla es cosa nostra. Cloncito corroboró lo dicho con una reverencia de cabeza.

Reproche llegó a tiempo. El taxi se veía traqueado. Fania y vos se sentaron atrás. Salieron al sur, construcciones, potreros, curvas, rectas, surtidores de gasolina, fábricas de aceite, estaderos, caballerizas. Unos arreboles de polaroid se hamacaban por los lados de La Estrella, al suroccidente. Al llegar a Sabaneta se bajaron sin hablar. Reproche le echó un vistazo al culito de Fania y meneó la cabeza con resignación.

El atrio apestaba a palosanto. Velas, veladoras, velones, cirios, escapularios, medallitas, estampas de María Auxiliadora, relicarios, novenas, cachivaches. Cayetano los esperaba con un par de tarraos al lado. Sobresalía por la pinta. Camisa blanca, pantalón blanco, cinturón blanco, mocasines blancos, medias blancas. Fania tenía una blusa escotadísima y una minifalda verde de cuero. Piernas al natural. En las manos no le cabían las bambas: anillos de oro, argollas de plata, esmeraldas de Muzo, diamanticos de Tiffany, uñas picantes como la faldita. Sandalias fucsias. No brasier. El tatuaje en la muñeca izquierda.



Más tarrao que los otros dos tarraos. Ora pro nobis, se carcajeó Cloncito, marido legítimo, aunque occiso.

Fania se le enflechó al Carebonito. ¿Y esas grillas, mor? Con la cumbamba señaló a las mamacitas. ¿Muy gallinacito o qué? No, no, no, mi vida, yo ni siquiera llego a zopilote. ¿Y entonces estas viejas? Pa' ver si Pablito se antoja. Umjú, sí, cómo no. No se equivoque, calidá, mucho cuidado con dónde moja la mecha, ¿oyó? Cayetano sonrió, simpatía y cinismo. Te deberían prohibir usar esa blusa, mamita, se disculpó, no sin galantería.

Te fijaste en las zorritas. Patrón, vea le presento a Karla... Carla con k. Era una pelada aindiada, más o menos alta, tetoncita, cuerpazo de catálogo de ropa interior, Miss Itagüí o Miss Nalcho, Universidad Nacional de Colombia. Le picó un ojo a Fania. Eh, vean a esta igualada, se enchichó Cloncito. Hola, belleza, la saludaste. Se dieron picos en los cachetes. Y esta es Cucú, la novia de Karla. Mona teñida, tetona, labiona, culona, ex bomba atómica a gogó. ¿Cucú con k?, preguntaste por joder la vida, el ánimo te estaba volviendo al cuerpo.

Entraron a la iglesia en fila india, Cayetano adelante, cual príncipe consorte. Llegaron al comulgatorio. María Auxiliadora, alias Shakirita, no se impresionó. El Niño Jesús, coronado de gloria, tenía los bracitos abiertos. Dos ángeles custodios oteaban desdeñosos el vaivén de los feligreses. En vez de alabardas acarreaban las astas de unas lámparas eléctricas.ec

Un sacerdote jovencito, medio afónico y con ornamentos de entresemana, rezaba el rosario. ¿Este cura tan sardino sí será el padre Ramón

Arcila?, preguntó Fania. ¿El que hacía milagros? Sisarras. No, este debe ser un nieto. Karla y Cucú se totearon de la risa. Fania buscó comprensión en el Carebonito, y el vergajo se reía con estrépito.

Los monaguillos agitaban los incensarios. El curita interrumpía el rezo para anunciar las misas. La Eucaristía de las siete de la noche es a las siete de la noche. Las limosnas son para el templo o para las familias necesitadas de la parroquia. El agua bendita no es potable. No la mezclen con tequila.

*Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.* El padre miró de reojo a Shakirita y se inspiró. *Eres la Dama de manos curativas, cuyos dedos, tan bellos, tan blancos, restauran narices y bocas, renuevan ojos y orejas. Apacigudas a los ardientes, reanimas a los paralíticos, corriges a los timoratos, resucitas a los muertos.*

A los pies de María Auxiliadora sesteaba un surtido de floreros con claveles, buganvillas, rosas rojas o amarillas, gardenias y azucenas blancas. Eso sí, todo olía a palosanto. Delante del altar había un pesebre: la Virgen María, San José, el buey, la mula, los pastores, las ovejas, el cordero de Dios, un lago de celofán y patitos de plástico sobre un espejo, casitas, lucecitas de colores, musgo, la estrella de David. Faltaban once días para Navidad, y el Niño Jesús ya dormitaba bocarriba y en pañales sobre una canastilla de mimbre.

Se sentaron en segunda fila: Karla, vos, Cucú, el Carebonito y Fania<sup>16</sup>. Fania estornudó y eructó humo. Caye le pasó un pañuelo bordado con sus iniciales, CRV. Recelosa de las grillas, se sonó sin perdón ni olvido, pura venganza nasal. Las dos mascotitas, Karla y Cucú, espabilaron con ojos encrespados.

Fania, mor, vení, vamos a rezar, dijo el Carebonito. Salieron por el pasillo, repleto de devotos. Con disimulo, Karla y Cucú espiaron el culito de Fania. Al andar Cayetano se ladeaba por culpa del costal y medio de la panza de chinchurria. Empotradas en las columnatas de las naves laterales había cajillas para las limosnas. Se plantaron ante una alcancía con una estampita de María Auxiliadora e inclinaron la cabeza. Él se mandó la mano al dril, esto es, al lino impoluto, sacó un fajo de billetes, los embutió sin contarlos y se santiguó. Fania le acarició la nuca.

*El perdón es lo divino.*

¿Pablito, vos sos fan de María Auxiliadora?, te preguntó Karla. Simpson, mami. Yo amo a Shakirita. *Bruta, ciega, sordomuda, torpe, traste y testaruda.* Cucú se espantó. Ay, con la Madre de Dios no se charla, Patrón. No me digás así. Pero si usted es igualito al Patrón. Sin bigote, claro.

El curita insistía en el aseo. No echen basuras al piso. Las alcancías son para los óvulos, digo, los óbolos, no para cuscas de cigarrillo ni condones usados. Karla suspiró, más o menos aperreada. A Cucú los rezos le importaban un comino. De pronto empezaste a sentirte raro, como si el

---

<sup>16</sup> En orden alfabético aleatorio.

incienco te hubiera trabado.<sup>17</sup> Lágrimas en los ojos. Un cascabeleo en el oído izquierdo. Sudabas frío. Respirabas por una sola fosa de la nariz y no podías cerrar la boca. Casi le pides a Cayetano el pañuelo con los mocos de Fania.

Detallaste el pesebre, las ovejas sin cachos, los pastores y sus cayados, la estrella sobre el techo de paja del establo, la flema de José, el optimismo de María. Te pareció que el Niño Jesús quería vociferar su verdad de babosa. Entonces la criatura pataleó varias veces, te picó un ojo, se aflojó el pañal y, con la diminuta vírgula sin circuncidar colgándole del vientrecillo, se bajó de la cuna, gateó entre el buey y la burra, llegó al borde del pesebre y sonrió bonachón. Te restregaste los ojos para limpiarte las lagañas del sahumerio. Por si las moscas.

Hola, amiguito, balbuceó el Niño Jesús. Derrochaste sangre fría. El bebeco picó el otro ojo. Te señaló con el dedito índice de Mao: ¡Sígueme, Pablitoescobar! Escalofrío y sudor. *Segui il tuo curso, e lascia dir le genti!*, añadió el nene. ¿Cómo fue? *Sigue tu camino, y deja hablar a la gente*, tradujo el crío con su sonrisa sin dientes. Caíste de hinojos. Con fuerza y fe le rezaste a Shakirita:

*Si pudiera exorcizarme de tu voz  
si pudiera arrancarme el corazón...*

Clarísima señal, exageró Cloncito, y se arrodilló. ¿Del Tarot? De donde sea, Patrón: ¡hagámosle caso!

---

<sup>17</sup> Bocanadas de incienso, cumulonimbos de incienso, desbarrancadero de inciensos, incienso hasta en los trapos de los querubines.

Volvieron a Envigado en la Toyota de Cayetano. El Carebonito y Fania, adelante. Karla, Cucú y vos, atrás. Cloncito en el baúl. Feromonas, Pino Silvestre, pachulí, rancheras. José Alfredo Jiménez: *te solté la rienda*. Helenita Vargas: *fallaste, corazón*. Sólo Cloncito y vos se habían percatado del prodigo del Niño Dios. Karla armó un varillo. Se lo fumaron con las ventanillas cerradas y el aire acondicionado a full<sup>18</sup>.

Ya en casa, Fania abrió una bodeguita y sonsacó a Johnnie Walker, Jack Daniels, James & John Chivas, Piotr Arsenieyevich Smirnoff, George Ballantine, José Cuervo, Don Julio, Facundo Bacardí, Charles Tanqueray, Giovanni Giacomo & Carlo Stefano Cinzano con sus panas Martini & Rossi<sup>19</sup>. Y legendarias estirpes de jamón serrano, quesos, aceitunas, caviares, patés. ¡Miseria nunca! Dispuso una bandejita con una cordillera de cocaína, su tarjeta American Express más un billete de 100 dólares enrollado como un pitillo. Karla y Cucú se desnucaron por el perico. Te parchaste con lo que te criaron: marihuanita con Aguardiente Antioqueño.

---

<sup>18</sup> We all live in a yellow submarine  
Yellow submarine, yellow submarine  
We all live in a yellow submarine  
Yellow submarine, yellow submarine.  
John Lennon / Paul McCartney

<sup>19</sup> Embodegados quedaron el sargento Pietro Beretta & el industrial Samuel Colt. Por fortuna. “Las armas las carga el Diablo.”

Los vecinos del Empire State Building llamaron a quejarse por el volumen de la música. En pleno diciembre. Ustedes no hicieron caso ni cuando cayó la Policía. Fania coqueteó con los patrulleros, los invitó a whisky, les chutó un billete y un par de latas de caviar Beluga.

Qué rumba tan cagada pa' ser de mafiosos, dijo Cucú haciéndose la chistosa. Fania se acaloró. Pensaste que iba a agarrar por las mechas a la bomba a gogó. Fue al equipo de sonido, rebuscó entre los cedés y puso *La Saporrita*.

*Siempre que yo voy a un baile*

*me busco una saporrita*

*siempre que yo voy a un baile*

*yo me busco una gordita.*

Le dedicó la canción a Cucú. Karla reviró con Rubén Blades:

*Una chica plástica de esas que veo por ahí*

*de esas que cuando se agitan*

*sudan Channel number three.*

Ahi está usted pintada, misiá Fania All Stars, dijo de mala fe. Fania quiso devolver las atenciones. Cucú anticipó el contragolpe:

*Ahora verás lo que es tener las alas rotas,*

*ahora sabrás lo que es llorar por la derrota...*

Fania quitó a Alci Acosta y puso *Cuánto te debo*, en la voz de Ricardo Fuentes.

*Cóbrate y vete que tu alma tiene hambre*

*de ese amor puro que jamás me diste tú.*

Va a haber carterazo, presagió Cloncito. Cayetano abrazó a Fania y se la llevó para la pieza. ¡Basta, mor, basta!

Se pegaron una juma de aquí a perraperdía. Vamos a jugar prendas, propusiste. ¡Ay, sí!, gritaron Karla y Cucú. Eh, ave María, estas zorras no necesitan ni una señita, se burló Cloncito. Cogieron una botella de Smirnoff y se acomodaron en el suelo. A los pocos minutos estaban en pelota, ellas en cucos, vos en camiseta sin pantaloncillos y con la mecha afuera. Karla tenía el ombligo brotado y los pezones pandos. Voy a hacerme una himenoplastia, notificó muy seria mientras se acariciaba el monte de Venus. ¿Cómo fue? Una cirugía del himen, aclaró Cloncito. ¿Y eso como pa' qué? Pues pa' volver a vender mi virginidad. ¿Usted se apunta, don Pablito? ¿Cómo fue, nena?

No más música de cuchos, se iluminó Cucú. ¡Reguetón!, tronó Karla. Buscó su mochila y fue hasta el equipo de sonido. El casete patinó varios decibeles y luego desenganchó una bullaranga, tun tun tun tun. Si a un gorila le dan un palo se pone a tocar esa vaina, especuló Cloncito en voz alta. No es un mico, es Tego Calderón, lo corrigió Cucú.

*Dale pa' la esquina,*

*pa' ponértela en la china oye,*

*si las más putas son las más finas.*

Karla empezó a sobetearte la mecha.

*Esto es para ustedes,*

*pa' que se lo gocen*

*pa' que se lo gocen*

*pa' que se lo rocen.*

Cucú cambió a Tego por Daddy Yankee.

*¡A ella le gusta la gasolina (whatcha say)*

*¡Dame más gasolina! (Hey) (hey)*

*Cómo le encanta la gasolina (whatcha say)*

*¡Dame más gasolina! (Hey, hey, hey).*

Se pusieron a perrear. Bailoteo brutal. ¿Te gusta el reguetón, patroncito?

No me quejo. ¡Perrea, papi, perrea!, palmeó Cloncito. Desde la pieza de Fania y el Carebonito llegó otro pregón.

*Tú eres mi gata oficial*

*con la que tengo relaciones sin condones*

*mi gata oficial.<sup>20</sup>*

Karla se acostó bocarriba en el sofá. Poséeme, papi, te rogó con las piernas abiertas. Eyaculaste sin tardanza. Polinizame, suplicó Cucú. Ya voy. Pobrecitos los machos, se desengaño Cucú y hundió su jeta en la entrepierna de Karla. Fuiste a la cocina, echaste tres cucharadas de Kola Granulada Tarrito Rojo en un vaso de Coca Cola, revolviste hasta desmenuzar el último grumo y te lo empujaste de una. Creer para ver, dijiste con fuerza y fe. Ver para creer, ripostó Cloncito. Al ratico tu mecha alzó vuelo. Se lo clavaste a Cucú. Así sí, Patrón, pa' eso es que es eso. Y splash. No te podés venir así tan rápido, se

---

<sup>20</sup> ¿Reguetón y perreo en diciembre de 1993? Insisto: todo vale, según dijo el gran canalla...

descorazonó Cloncito. El placer de tu pareja importa, home. ¿Quién dice? La Biblia o el Kama Sutra, ya ni me acuerdo, dijo Cloncito.

*No tengo trono ni reina  
ni nadie que me comprenda,  
pero sigo siendo el rey...*

Despertaste cuando el sol achicharraba la calle vacía, diciembre es diciembre, lo demás es bisiesto. Cucú te babeaba el pecho y Karla roncaba sobre tu barriga. Fuiste al baño en pelota. En el espejo viste a Satanás. Tenías el chimbo irritado y escuálido. Ojos colorados. Aliento de cloaca. Volviste a la pieza, te vestiste y zarandeaste a las nenas. Hora de pisarse, mamitas. Ay, papi, dejanos dormir un ratico más, suplicó Cucú. Nada, despéguenla. En la puerta les advertiste que comieran calladas. ¿Y la plata?, preguntó Karla. ¿Cayetano no les pagó? Nop. Rebuscaste en los bolsillos del pantalón y les diste un puñado de billetes. Y cuidado con los chismes. A ustedes siempre las quiebran es por andar dando bomba.

Te topaste con Fania. No vio la rosa, pero examinó con atención las espinas del tallo. Muy bonito, dijo con el sarcasmo que le cupo en la boquita despintada por el chupeteo del Carebonito. Siquiera estamos de luto por Héctor Fabio. ¿Celosa? ¿De esas perras? Confunda, pero no ofenda, mijito. Le ayudaste a revolver los huevos, calentar las arepas, batir el chocolate, sacar el quesito de la nevera, poner la mesa. El duelo no se elabora con orgías, te dijo. No fue ninguna orgía... Ah, ¿no? Entonces ¿qué? ¿Una piñata?

*Una piedra del camino  
te enseñó que tu destino  
era rodar y rodar.*

Ora pro nobis.

**Ni pasado, ni futuro**

El taxi corría como un tirabuzón por entre la neblina de las 6 de la mañana. Ni un carro en la Regional, ni una patrulla del Ejército, ni una camioneta del extinto Bloque de Búsqueda. Las farolas del alumbrado titilaban anaranjadas. Cabeceabas de sueño. Reproche manejaba sin dejarse encandilar por los chispazos de la calina. En un asiento de arás iba Start Fitzgerald Arango.

Start Fitzgerald era culabajito, rectangular, denso. Miraba de reojo. Dormía poco, chupaba panela y caminaba de medio lado. Con misticismo limpiaba tu ángel de la guarda de la Santa Muerte hasta que el gatillo quedaba como una seda. Tenía buena puntería, aunque jamás quiñó a nadie. Si en las FARC no hubiera ya un Tirofijo, le dijiste un día, serías el mancito idóneo pa' ese alias. ¿Idóneo? Adecuado, apropiado, perfecto. Se le agradece la intención, Patrón, pero con la chapa que me clavaron mis cuchos tengo y me sobra.

Iban a encaletarse en una finca en Sanjerónimo. Querías escapar y ser feliz. La felicidad está sobrevalorada, dijo Cloncito. Fania se aferró a tu cuello. No te vayas, Pablito, gimió de mentiritas. Estaba jarta contigo y empezabas a temer por tu cordura. Partir es inevitable, mentiste y la apretaste contra tu pecho.

*Si a tu amor yo llegué porque llegué,*

*de tu amor yo salí porque salí.*

Te dio un par de picos, *uno por mejilla*, y volvió a los brazos de su amante. El Carebonito, macho heterosexual multiorgásmico, según constaba a tus oídos, se puso a lagrimear. Patrón, patroncito, jefe, jefazo, jefecito, hermano, hermanazo, hermanito, hermanolo. Fresco, Caye, voy a estar a la distancia de una llamada por celular.

Pasaron el rompoi de Coca Cola. Viste los camiones en la embotelladora, los parabrisas empapados de rocío, los repartidores haciendo fila, los capataces entre los furgones a ver si pescaban maricones en las cabinas. Todo sigue igual, aunque todo cambia, exclamaste a lo Tom Hagen, consejero de los Corleone. No hay mal que por bien no venga, coincidió Cloncito, a lo Sancho Panza, consigliere de don Quijote de la Mancha.

Cogieron la carretera al Mar. Prendiste el radio. Mierda, como siempre. Chismoseaban sobre la video consola Atari Jaguar. Pusiste un casete con boleros. Tito Rodríguez, *Llanto de luna*. Olga Guillot, *Soy lo prohibido*. Marco Antonio Muñiz, *Escándalo y no hagas caso de la gente, sigue la corriente y quiéreme más*. Pasaron por los moteles de Robledo. Reproche amagó con entrar a uno. Fingiste que te reñas. Start Fitzgerald no movió un músculo de su cara patibularia.

¿Subimos por Pajarito?, preguntó Reproche. No. Quiero comprar verduras en San Cristóbal. Abriste la ventanilla. El aire olía a cebolla. Lo mío es el campo, suspiraste. La carretera culebreaba, el precipicio a la izquierda y la montaña a la derecha con cultivos de hortalizas, flores y verduras. Había dos o tres campeches con canastas a la orilla de la calzada. Pará aquí, le ordenaste a Reproche. Start Fitzgerald se bajó primero, chequeó a lado y lado, hizo señas

de que todo estaba bien, y no dijo ni mu. Un cuchito de pocos dientes se acercó con timidez.

Cogiste cebollas cabezonas, zanahorias, rábanos, lechugas crespas y coliflores. Reproche se asombró. Es para los dueños de la finca, Wilson. Todos somos hermanos en el camino de la vida. Reproche guardó las verduras en la maleta del taxi, con fierros y munición para tumbar un batallón y plata para comprar otra catedral.

Le pasaste un billete de 500 al cuchito. Ay, patrón, yo no tengo pa' devolverle, todavía no he hecho el nombre de Dios. Tranquilo, don, quédese con la devuelta. Besó tu mano y se quitó el sombrero curtido por el sudor y la mugre. La Virgen lo acompañe, patroncito. Amén, contestó Reproche. Start Fitzgerald chupó panela y se montó al carro después de ti.

Treparon a Boquerón. La neblina los envolvió. Un camión de escalera se les cruzó en una curva, sus luces como luciérnagas en el ventisquero. Los limpiaparabrisas no daban abasto. Hacía un frío horrible, 15 o 16 grados. Llegaron al alto, un boquete en la montaña. A la izquierda, recostada a las lomas, había una fonda: zócalo oscuro, paredes biliosas, puertas verdes, ventanas de madera.

Start Fitzgerald chequeó el lugar. Reproche y vos caminaron enteleridos hasta el mostrador. Los pandequeses estaban tiesos, las botellas de cerveza rezumaban aguachentas, la cafetera humeaba con timidez, aserrín en el piso, friolera en el cuerpo, congojas en el alma. Odio la tierra fría, tiritó Cloncito.

Un guaro doble, por favor, pediste. Reproche te echó una ojeada reptiliana. Que sean dos. Start Fitzgerald negó con la cabeza, y chupó panela. El cantinero parecía mudo. De un guascazo se soplaron los aguardientes. ¡Salud, Patrón!, te dijo Reproche. Pediste otra tanda. Por una ventana al fondo de la fonda se colaba el paisaje: hilachas de cordillera entre racimos de niebla, montes sin talar, vertederos de aguas frescas, yarumos, guayacanes en flor. Qué desamparo, pensaste, olvidándote de que el campo dizque era lo tuyo.

Al lado de la ventana había una rocola. Start Fitzgerald metió unas monedas. Arrancó Julio Jaramillo. Darío Gómez se despachó con *nadie es eterno, nadie vuelve del sueño profundo*. Te acordaste de Héctor Fabio, Cloncito del alma. Aquí estoy y aquí me quedo, te consoló él desde su recóndito destino. Lagrimeaste sin pudor como cuando habías visto la foto en la primera plana de *El Tiempo*. Reproche y Start Fitzgerald se azaron. ¿Qué pasa, Patrón? Nada, parcero, esta vida que está llena de duras razones, y pediste nomás la del estribo.

Siguieron. El precipicio pasó a la derecha y luego volvió a la izquierda, un despeñadero casi sin fondo. Reproche prendió las luces. Metió segunda para no abusar de los frenos. Silbaba duro cuando veía venir un camión o una flota de Turbo. Start Fitzgerald ojeaba por la ventanilla de atrás, chupaba panela y no decía ni mu. Así llegaron a Palmitas. ¿Desayunamos aquí, Patrón?, sondeó Reproche. En Sanjerónimo. Los dueños de la finca mandaron matar sabaleta. Mejor tomémonos otro guarilaque.

La tienda de Palmitas era tan desangelada como la fonda de Boquerón. Tres mesas, taburetes, entrepaños de botellas empolvadas. Un balcón se abría a los infiernos del barranco entre bruma y harapos de sol. No tenían rocola. El mostrador de madera estaba tostado por la decrepitud. El tendero sonrió al verlos. Caballeros, los saludó con cariño en este día tan hermoso. Start Fitzgerald no dijo ni mu. Buenos días, amigazo, respondiste y le diste la mano al cucho.

En vez de vitrola había una placa de plástico: *Has heaven lost the last chance?* ¿Cómo fue? Ah, cosas de mi hijo anarco, dijo el cucho. ¿Narco?, saltó Reproche. No, no, no, anarco... anarquista. Significa algo así como *¿Ha perdido el cielo la última oportunidad?* Ese man lo que es es un casposo, gruñó Reproche. Fresco, Wilson, somos gente de paz. Para demostrarlo, facturaron otro par de guarilaques, con uchuvas y cascós de naranja como pasante.

¿Van de paseo? Umjú, contestó Cloncito. ¿Al Puente de Occidente? A lo bien. ¿Al Hotel Mariscal Robledo en Santa Fe de Antioquia? Umjú. ¿O a una finca? Cincinnati, calidoso, masculló Reproche, y se adelantó a pagar el trago con plata de su propio bolsillo. *Pa' cortarles la lengua a los habladores*, tarareó cuando se montaron al taxi.

Después de Palmitas se fueron en picada. Curvas en u y en doble u. Puentes añosos. Derrumbes de barro amarillo. Potreros verdes a sol y sombra. Mangos, tamarindos, mamoncillos. Cascadas. Quebradas. Reses trapecistas en filos inalcanzables. Cañadas con helechos y matorrales del buen Dios. Platanales sombríos. Cucarrones o grillos o libélulas contra el parabrisas. Perros ladrándole a las llantas. Niños barrigones. Desfiladeros a la izquierda, colinas a la derecha. Sin decir ni mu, Start Fitzgerald vigilaba la retaguardia. De pronto, abajo, a pleno bochorno, entre un llano de árboles y pastizales, la torre blanca de una iglesia y los tejados a dos aguas de un caserío. Sanjerónimo del Apocalipsis, anunció Reproche.

*Pueblito de mis cuitas,  
de casas pequeñitas,  
por tus calles tranquilas  
corrió mi juventud.*

El sol templaba sobre el asfalto cuando llegaron al vallecito. Había cacaotales, granjas avícolas y terneros soñolientos a la sombra de enormes piñones de oreja. Pararon en una cantina a la entrada del pueblo. Esta olla se llama Leticia, dijo Reproche. En el día es una tienda cagada y por la noche, un puteadero super bacano.

En la vitrola hormigueaban merengue, salsa o vallenato. Una mulata trapeaba el piso: baldosas rojas y amarillas en mosaicos: rombos, cruces, flores de lis. Cimbreaba las caderas a cada pasón de la trapeadora. Shorts y chanclas, esmalte de uñas verde escopolamina, piernas regordetas, cara granujosa o medio granujienta. Camiseta del Nacional, anudada por encima del ombligo y holgada en los pechos. Start Fitzgerald la vio y dejó de chupar panela. Amor a primera vista.

Reproche sonrió como una hiena, se le arrimó a la india y le preguntó cómo se llamaba. Deisy, contestó ella, sin dejar de menearse. Un ovillo de mosquitos empezó a zumbar alrededor de tu cabeza. Trataste de espantarlos: nada. Insistían en honrarte con el runrún de su vuelo. Los abanicaste sin que se largaran y sin que te acribillaran. Eso es buena suerte, don, dijo Deisy. ¿Qué vaina? Atraer mosquitos, don. Sí, claro, cómo no, roncó Cloncito, libre de todo mal y peligro en el limbo de su ausencia.

Estamos buscando la mejora de Luisé Hastamorir, dijiste. ¿La qué de quién? La finca de Luis Emilio Hastamorir. ¿Don Luisé? Sí. ¿La Contraria del Pueblo? ¿Cómo fue? Así se llama. Es una casa finca: por delante da a la calle y por atrás a una manga. Start Fitzgerald se babeaba con el acento calentano de la mulata. ¿Entonces cómo hacemos pa' llegar?, apuró Reproche.

Deisy dejó la trapeadora en un balde con agua sucia de jabón y salió a la puerta. Vea, señor, es muy fácil. Sigan por esa carreterita, pasen el puente del río hasta llegar a una ye. Cojan a la derecha y suban al parque. Crucen por el frente de la iglesia y volteen a la derecha por Calle Larga. ¿Cómo hacemos pa' saber cuál es Calle Larga?, dijo Reproche. Qué pregunta tan boba, replicó Deisy. Aquí todo mundo sabe cuál es Calle Larga. Start Fitzgerald cerró la boca con un chasquido.

Suban por ahí hasta el final. ¿Cuántas cuadras?, se atrevió Reproche. Varias, se rio Deisy. La casa de don Luisé es la penúltima. Blanca con zócalo rojo. Las ventanas, la puerta y el portón están pintadas de rojo porque don Luisé es conservador. Liberal, querrás decir, la corregiste. No, patrón<sup>21</sup>, conservador. Estás equivocada, princesa, los godos son azules, los cachiporros son rojos. ¿Seguro? Yo una vez me metí en política: un fiasco. dijiste. Pa' mí liberales y conservadores son la misma perra con distinta guasca, se enserió Deisy. Esta señorita me cae bien, aplaudió Cloncito. Es tan auténtica que parece falsa. O viceversa.

---

<sup>21</sup> Lo que es la vida: todo mundo te reconocía como patrón, duélale al que le duela.

La finca de don Luisé es una belleza, añadió la mulatica. ¿Vas mucho por allá o qué?, le preguntó Reproche, sonrisa de verdugo hambriento. A veces ayudo en la cocina. ¿Y aquí en Leticia solo estás de día? Usted lo que quiere saber es pa' qué soy buena, ¿cierto, papito? La picardía le camufló los granos de la cara. Start Fitzgerald, sin panela en la boca, oyó todo, taciturno.

Sanjerónimo parecía un espejismo<sup>22</sup>. Esta calle no debería llamarse Larga sino Jarta, se lamentó Reproche. Pasaron cuadras y cuadras. A la final coronaron. En la puerta de la casa los esperaban un señor, una señora, un niño y un animalito.

El bicho era una chanda. Estaba en el umbral, mitad amo, mitad esclavo. Movía la cola con suspicacia. El niño parecía indefenso: langaruto, ojizarco, legañoso. Pasaba una mano por la cabeza del perro y le echaba las orejas para atrás. La señora era una cucha recucha. Setenta años o más. Vestido de medio luto y cotizas de cabuya. El señor, menos veterano que la mujer, era moreno, seco, altivo. Pelo entrecano, alisado con gomina. Manos anchas. Botas negras de cuero.

---

<sup>22</sup> Un pueblo feo con ganas, pero se las da de café con leche, porque ahí dizque nació Atanasio Girardot, héroe del Bárbara, aquel que arengó a la tropa en verso y tal:

*Permita Dios poderoso  
que yo plante esta bandera,  
donde se mece altanera  
la del español odioso,  
y yo moriré dichoso,  
si tal es tu voluntad.  
¡Compañeros, avanzad,  
nos espera el enemigo,  
venid a buscar conmigo  
la muerte o la libertad!*

¡Sopas!, se carcajeó Cloncito. ¿Ese ñero qué venía siendo? ¿Guerrillo o trovador? Prócer de la patria, dijiste. ¿Qué es eso?, preguntó Reproche. Un partero con güevas. Start Fitzgerald se quitó la cachucha, y no dijo ni mu.

Te bajaste antes de Start Fitzgerald. ¿Don Luis Emilio?, le tendiste la mano al cuchillo. ¿Don Ezequiel?, contestó él. Es propio: Ezequiel Benavides Ayala, mentiste sin problema<sup>23</sup>. Para usted yo soy Luisé, dijo Luis Emilio. Y yo, Quiel, concediste de buen genio.

Start Fitzgerald se plantó en el andén del otro lado. Reproche abrió la maleta del carro y sacó las verduras. La señora las recibió como un estorbo. Ella es Orfamay, mi hermana, dijo Luisé. La mano de la cucha era callosa, curtida por el trajín doméstico o la camándula.

Luisé señaló al niño. Él es Mingo, mi ahijado. Se llama José de la Buenaventura de Domingo, pero le decimos Mingo. El chiquillo se pegó a la falda de Orfamay. Es nieto de ella. La mamá se le murió en el parto. Trataste de acariciarle la cabeza. Se escurrió detrás de la abuela. Y este es Nevado, dijo Luisé. Nevado como el perro del Libertador Simón Bolívar. La chanda empezó a dar vueltas en redondo como un trompo que quiere morder la pita con que lo pusieron a bailar.

Entraron. Nevado y Mingo adelante, Orfamay detrás y Luisé a tu lado. Te mostraron la casa. Tejas centenarias. Paredes blanqueadas con cal. Qué frescura, susurró Cloncito. ¿Ya te estás jartando del purgatorio?, te reíste. ¿Cómo dice, don Ezequiel? Nada, nada, don Luisé, yo aquí pensando en voz alta. Mingo te taladró con sus ojos de huérfano.

---

<sup>23</sup> Con los saltimbanquis del comercial en el parque Astorga fuiste Obdulio Espinosa. Ahora en Sanjerónimo serías Ezequiel Benavides Ayala. ¡Qué caja!, te celebró una vez Fania. ¿De dónde sacas esas chapas tan mañés que te ponés? Pues, de mis sueños, ¿de dónde más?

La sala olía a moho de tierra caliente. Era una habitación franciscana: dos sillas de madera y una mesa con un florero de lirios. Nevado estornudó varias veces. Mingo le acarició el lomo al desgaire. Salieron a un corredor que rodeaba el patio por tres lados.

El patio era un tierrero con parches de grama costeña. Pegado a un muro de calicanto y debajo de una mata de plátano, había un pozo en forma de octógono, ya verde y lamoso. Coincidencia tan coincidencial, observó Cloncito. No captaste la idea. El pozo... ¿Qué cosa? Tiene ocho lados como el secreto mejor guardado del lumpen proletariado. ¿Cuál secreto? ¿Cuál lumpen? Cloncito tronó los dedos. *Agúzate que te están velando*, se quejó. Nevado curioseó inquieto. El Octágono, por todos los dioses... los ocho bancos... la plata encaletada... Por fin caíste: ¡Gloria a Dios!

El agua del pozo fluía a una cuneta de ladrillos y corría hasta desaguar por un sumidero debajo de una esquina del corredor. Ese es el icaco y esas son las grosellas y aquel es el chirimoyo, dijo Luisé con solemnidad y señaló unos árboles que no conocías. ¿Le gusta el pensil, don Ezequiel? ¿El qué? El jardín... Un pensil es un jardín, explicó Orfamay. Umjú. Fíjese bien en los capullos del rosal. ¿Acaso no son una belleza? No están mal, ensartó Cloncito. Orfamay señaló más matas, ene enes del reino vegetal, colgadas del techo en canastillas de metal y florecidas a tutiplén.

Esta es la pieza de Orfamay y Mingo. Y esta es la mía, dijo Luisé. Para usted reservamos la más grande, se ufanó Orfamay. Pensabas en otras vainas. ¿Seré capaz de vivir aquí? ¿Me adaptaré al campo? ¿Esto sí será lo mío?

¿Tantas flores, tantas maticas de monte? Los muebles eran bastos. Lacados de azul. Siguieron por el corredor. Columnas de madera, pintadas de rojo liberal. El comedor, protegido por un enrejado de macana con anjeo, tenía una mesa de seis puestos y taburetes vieneses del siglo diecinueve. Usted decide dónde van a acampar sus amigos, dijo Orfamay. ¿Amigos?, se desconcertó Cloncito. Los hombres duros no bailan ni tienen amigos.

Losas de ladrillo en el piso, menos en la cocina, donde habían despilfarrado cemento hasta nivelar el suelo con mortero. Fogón de leña, a media candela, otro de petróleo, estufa eléctrica y poceta sin baldosines. Al lado se abría una puerta descomunal. Este es su baño, dijo Orfamay.

Jacuzzi, sauna, turco, bañera de mármol brocatel, grifos de plata, lámparas de neón, mayólicas, trono real y dos lavamanos. La casa es antigua, pero tiene su encanto, presumió Orfamay. ¿Le muestro el resto?, saltó Mingo ¿El resto? El solar y la manga. Es propio, dijiste. El niño se alegró. Su sonrisa mueca fue música para tus oídos.

El solar era en declive, desyerbado con esmero entre tapias de bahareque. Una malla de alambre lo separaba del gallinero. Siete u ocho gallinas recocchaban con una docena de pollitos. Las cluecas empollaban en nidos de paja. Un gallo vanidoso reinaba sin reinar desde una estaca. Lleno de cogollos verdes se alzaba un níspero. Había papayos, totumos, zapotes, naranjos, limoneros, mandarinos, una enredadera de badeas. Y además una huerta con tomates, cebollas, lechugas y yerbas curativas. Un tamarindo señooreaba sobre aquel remanso de paz.

Unos marranos monos comían guineos y se revolvían en la pocilga. Amarrados a botalones y pegados a las tetas de sus mamas, los terneros espantaban moscas, tábanos y moscardones. La mañana olía a patria boba: boñiga de vaca, cagajón de bestias, estiércol de cerdo, rila de gallina.

Mingo era rodillijunto y patiapartado, con costras en codos o rodillas. Se metió entre el ganado y presentó a las vacas. La Chola. La Ratona. Prudencia. La Muñoz. La Guaracú. Chavela. Atrás había un novillo. Ese es Rafa Márquez. Le sobó el morrillo. Se agachó y le cogió las ubres a la Abejorra. Fíjese bien, don Quiel, las vacas tienen ordeñador y los toros tienen orinador, dijo mientras apuntaba a la morcilla rosada de Rafa. Pa' eso es que eso, respondiste y le picaste el ojo. Mingo se carcajeó, los dientes bien cariados. A este niño le sobra cariño, aunque lo tienen como descuidado, sentenció Cloncito.

Orfamay se quedó ordeñando. Fueron hasta el portón del solar. Salieron a un potrero. Esta manga es la manga de Mingo, dijo el niño. Es de mi padrino hasta donde la vista alcanza. Era un terreno fértil, moteado de piedras negruzcas, maizales, platanales y guaduales.

*Lloran, lloran los guaduales*

*porque también tienen alma.*

Mingo cogió por un camino. Vamos a la quebrada, te invitó.

El pasto relucía. Los grillos saltaban sobre la yerba. Allí el aire olía a honestidad, modestia y perseverancia. Me vale verga, dijo Cloncito. ¿Escaparé a la sombra de odio que nos separó a los dos?, susurraste. ¿Podré rehabilitarme? ¿De qué? Si yo no he hecho nada.

En un saladero se toparon con unas bestias. ¡Las yeguas!, gritó Mingo. La negra es La Pizarra del tío Luisé. La otra es Margarita Maluca, la potranca de Mamá Orfa. Te arrodillaste y miraste por debajo de los animales. No tienen orinador, dijiste. El niño soltó una carcajada. Forajido, sí. Se arrimó a un muleto que pastaba despreocupado. Pachicho tiene, pero sin criadillas. Es un buey, aclaró. Lo caparon cuando novillo. ¿Este niño, qué?, se embelesó Cloncito. Nevado movió la cola, satisfecho con la suerte de sus genitales.

Luisé y Mingo espantaron una caterva de zancudos. Zumbaron alrededor de tu cabeza sin rozarte ni con el pétalo de sus alitas. Señal de buena suerte, don Ezequiel, dijo Luisé, mientras se daba cachetadas para librarse de la engorrosa nube. Nunca cambies, rogó Cloncito.

Mingo quiso mostrarte un nacimiento de agua. Mañanita, dijo el padrino. Vamos a desayunar. El niño obedeció sin chistar y enfiló hacia la casa, seguido por el perro. Los cadillos de la grama se pegaban a tu bluyín. Saltaron por encima de una acequia. Vea las icoteas, don Quiel, dijo Mingo. Las tortuguillas buscaban las orillas para asolearse. El niño se arrodilló, agarró una y la besó en el caparazón. Son amigas mías. A desayunar, apremió Luisé.

Orfa sacó la vajilla: porcelana de Limoges, cubiertos de plata, mantel de lino, individuales y servilletas con sus iniciales. Sirvió una comilona: sabaleta frita, yuca asada, huevos revueltos con asaduras o mollejas de gallina, arepas de maíz pelado y quesito, tinto cerrero o café con leche postrera, trozos de panela, mantequilla recién batida y bananitos pasos.

Start Fitzgerald y Reproche repitieron dos veces. Mingo no les quitaba el ojo. ¿Están enfierrados?, te preguntó cuando salieron a campanear. Calle esos ojos, Buenaventura del Domingo, lo atajó Orfa. Más les vale, dijiste. ¿Y usted carga aparato, don Quiel? Te serviste un tercer pocillo de tinto cerrero. A mí no me desampara el ángel la guarda de la Santa Muerte. Amén, corroboró Cloncito.

Te alzaste la camiseta, sacaste la Sig Sauer P229 y la pusiste sobre la mesa. Mingo se encaramó al taburete para ver mejor. ¿Me enseña a disparar? Ni se le ocurra, culicagao, se enfureció Orfa. Guarde esa cosa, por favor.

Fresca, misiá Orfamay. Sólo la cargo por precaución. Hombre prevenido vale por dos. Ciento, te secundó Luisé. Soldado avisado no muere en la guerra. Qué filosofía tan barata, bostezó Cloncito..

Orfa recogió los platos sucios y salió contrariada para la cocina. Luisé se fue detrás. Nunca pelean de verdad, don Quiel, te tranquilizó Mingo. No parecen hermanos. Luisé volvió con un envoltorio en un poncho. Lo abrió sobre la mesa. Era un revólver pavonado con una lechuza grabada en la cacha. Lo conseguí cuando el general Rojas Pinilla era el jefe. No lo uso desde eso.

Cogiste el arma y la revisaste con experticia. Es un Iver Johnson, calibre treinta y dos, martillo exterior, una joya, don Luisé. ¿Dónde lo tenía escondido, padrino? El cucho encogió los hombros. Si le gusta, don Ezequiel, se lo regalo. ¿Cómo fue? Mientras usted viva aquí, ¿yo pa' qué ese cachivache? Es propio.

Le hiciste siesta al desayuno. Te tendiste en una hamaca y cerraste los ojos en el sosiego de la casa. En un momento te quedaste dormido. Soñaste con Chila, la tarotista. No usaba baraja ni era negra ni ciega. Ahora veo hasta por el ojo del culo, se burló. Te palpó la cara. No hay legañas. ¿Legañas? Lagañas, pues, Pablitoescobar. Eso significa que todo saldrá bien. ¿Nunca te equivocás? ¿O sea? Confundir mocos con lagañas. Chila te frotó las sienes con los pulgares enjoyados. Y empezó a apretar. Apretó y apretó y apretó. Viste chispas, estrellitas, rayos, centellas. Una brisa capciosa meció la hamaca. Despertaste. El sol machacaba el pensil. Orfa te llevó una limonada. Te la bogaste de un trago y te quedaste viendo las florecillas del icaco y las grosellas

maduras y las rosas del rosal y el chirimoyo y oyendo el rumor del chorrito del pozo y el pío pío de los pollitos en el gallinero.

Al rato Luisé y vos se acomodaron en unas mecedoras. Mandaste a Start Fitzgerald por heladas. Botaron caspa hasta el atardecer. Mingo y Nevado daban vueltas como custodios. Ya por la noche, llamaste a Reproche y le diste instrucciones. Usted se me devuelve con mucho cuidado, sin perder el juicio en fondas, cantinas o puteaderos, ¿oyó Wilson? Sisas, Patrón. Allá se me pone a órdenes de Cayetano. Start Fitzgerald lo acompañó al taxi. Los oíste secretar. Mingo atisbaba. Start Fitzgerald volvió con un morral y una tula. Desempacó una carpa, la armó en el pensil del patio, al pie del icaco, y acampó sin decir ni mu.

De sopetón volvieron los mosquitos, zumba a la zumba. Orfa prendió un cacho de palosanto, palo bendito. No te picaban. ¡Buena suerte la suya, señor!, dijo Orfa. Ofreció mazamorra con bocadillos de guayaba. No, gracias, doña. Estoy mamado, perdón, cansado y me voy a dormir. Start Fitzgerald prendió una Coleman y la colgó de una varilla de la carpa. Parecía un boy scout en su primer Jamboree. Mingo y Nevado fueron a pillarse la vuelta.

Tu cama no tenía colcha de retazos sino un cuero de vaca. Y en vez de colchón, un entarimado dispareso. La almohada era de plumas de ganso. Te quedaste en pantaloncillos y te acostaste bocarriba con las manos en la nuca. Había rumores minúsculos, bordoneo de insectos, revoloteos de pájaros o de murciélagos, bisagras sin aceitar, mugidos de vacas y terneros, chapoteos de sapos en las acequias, recital de grillos, chirridos de chicharra, pastoreo de

alacranes en el zarzo, tejemaneje de arañas, zigzagueo de culebras, pío pío de pollitos insomnes en la noche y el quiquiriquí de un gallo trasnochado.

La fatiga te pudo. Sentiste la almohada como un cabezal, cada vez más fuerte y opresiva. ¿Estoy delirando? ¿A mí qué me pasa? El que nada debe, nada teme. ¿O es al revés? ¿El que nada teme, nada debe? Tenías encalambradas las piernas y el cuello. La almohada mutó en un fardo absurdo. ¿Adobe o costal de huesos? ¿Un mastodonte? ¿Un ángel caído?

El gallo quiquiriqueaba.

Héctor Fabio, parce, hipaste. Te lo juro por mi madrecita hermosa: no fue mi culpa. Cloncito encogió las cejas y no dijo ni mu, como Start Fitzgerald.

***Soy el tipo más malo que jamás ha existido***

Un día.

Una noche.

Otro día.

Otra noche.

Un año.

Uno más

Menos uno.

Bisiesto.

Nuevo bisiesto.

Noches.

Días.

*En los días que uno tras otro son la vida, la vida  
con tus palabras, alta, tus palabras, llenas de rocío,  
oh tú que recoges en tu mano la pradera de mariposas.*

El gallo no tenía horario. A veces su quiquiriquí rompía el conticinio<sup>24</sup>, se arrepentía y repuntaba a las 6 menos cuarto. Mingo le puso un nombre irrefutable: Gallopinto.

*El gallo pinto no pinta,  
el que pinta es el pintor,  
el gallo pinto, las pintas pinta  
por pinta-pintor.*

Las primeras noches, el cuero de vaca te rascaba en la espalda y las nalgas te ardían. Te habituaste de a poquitos, vos. La calentura no estaba en las sábanas sino en la voz de tu conciencia. No te soltaba la hijueputa. Te acosaba con sermones o rapapolvos. Yo no hice eso, te defendías a rajatabla. Usted sí, gonorrea, retoño del Enemigo Malo. Yo no fui. Mentiroso, bellaco, cabrón de cabrones, farsante. Usted es el hombre más malo del mundo. Escupe cuando otros lloran. Que no. Que sí. ¡No y no y no! ¡Sí y sí y sí!

Cloncito se lucía como abogado del diablo. Pablitoescobar no sabía lo que hacía. ¡Oigan a este!, se sofocaba la voz de tu conciencia, y arreciaba su cantaleta mientras te ponías a contar ovejas, vacas, hortalizas, icoteas, Marleys. El sueño no llegaba. Cuando estabas a punto, irrumpía Gallopinto con sus clamores de desengaño.

---

<sup>24</sup> Conticinio Del lat. *conticinium*. m. p. us. Hora de la noche en que todo está en silencio. *Diccionario de la Lengua Española*, 2014

Dabas vueltas, te cubrías con el cuero de vaca, cada vez menos chuzudo. Te levantabas cuando oías a Orfa cacharreando con los bártulos en la cocina. Quitabas la tranca a la puerta de la pieza, salías al corredor en bata de baño y pantuflas, atisbabas la carpa en el pensil a ver si ya Start Fitzgerald estaba ready para otra jornada de espionaje, surveillance o metomentodo. Te saludaba con la mano. Bostezabas como Nevado, un rugido de hambre y sed. Entrabas al baño y te anidabas en la bañera de brocatel hasta que Orfa anunciaba, no sin jactancia, el desayuno está servido, don Ezequiel.

Te secabas con una toalla de algodón, mansa por dentro, arisca por fuera, y en bata de baño, todavía chorreando agua, ibas al comedor. Buen provecho, damas y caballeros. Mingo sonreía con su dentadura estropeada y Nevado batía la cola. Star Fitzgerald no decía ni mu sentado en la grama junto a la carpa en el pensil, vergel o jardín de las delicias, la chirimoya, las grosellas, el icaco y la badea.

Café cimarrón con leche postrera, huevos revueltos, arepa de chócolo y quesito. Todo hecho por Orfa. Una mañana le preguntaste a Luisé por qué no le conseguía una sirvienta. Mejor sola que mal acompañada, respondió. Orfa se levantaba tempranísimo, incluso antes de Gallopinto. Rezaba un rosario, letanías aparte. Se ponía a hacer manjar blanco paisa. Leche, fécula de arroz, panela. Cuando la mezcla empezaba a hervir, se ponía a batir con una cuchara de palo, dale que dale, dábale arroz a la zorra el abad. Batía y batía y batía por los siglos de los siglos. In sæcula sæculorum. In fæcula fæculorum.

Esto no es manjar blanco valluno, renegaba Cloncito. Nevado se encaramaba al poyo de la cocina y olfateaba con las orejas paradas buscando aquella voz que tal vez oía y no veía. No hablés tan duro que asustás al Perrito, le solfeabas a Cloncito y hundías una cucharita en el postre aún sin cuajar.

Entonces se ponían a chismosear: murmuraciones de vereda, insidias de parque, patrañas de potrero. Orfa se sabía todos los chismes. Quién con quién, qué para qué, dónde es dónde, cómo sin cómo, cuándo con cuándo. Mientras tanto Mingo masticaba y masticaba y masticaba la arepa de chócolo hasta llenar la boca con un bolo descomunal. ¡Caramba y zamba! ¡Buenaventura del Domingo, vaya al baño ya! El niño paraba de mascar, agachaba la cabeza y salía a devolver lo que había acopiado. A este carajito no le gusta comer, se preocupaba Luisé. Por eso es tan langaruto.

Mingo volvía con cara de alivio. Ya no tengo hambre. Luisé amagaba con darle Emulsión Scott, aceite de hígado de bacalao, sabor a cereza. Nevado se escabullía mientras el peladito lloraba con lagrimones de cocodrilo. Este niño es un histrión, celebraba Cloncito, bufón él mismo. El perro huía con el rabo entre las patas. ¿Histrión? Sí, clarísimo: un actor del putas.

La gresca terminaba sin vencedores ni vencidos: Mingo machacaba la arepa hasta tragársela. Luisé te servía más tinto cerrero. Orfa retiraba los platos. Nevado volvía al lado del niño. Start Fitzgerald no decía ni mu. Cloncito se desperezaba. Vos, a lo Vito Corleone, fantaseabas con escapar y ser feliz.

Otra vez.

Aunque la felicidad esté sobrevalorada.

Tan sobrevalorada.

¡El morral, Buenaventura del Domingo! Mamá Orfa despachaba a Mingo para el colegio, una granja por la carretera vieja a Metrallín. Estaba en 4º, campeón de redacción y lectura. Lerde para vestirse, ponerse los alpargates, cepillarse los dientes, peinarse y montarse al Land Rover de Luisé, una antigua de 1961, encarpada, gris ratón, en perfectas condiciones mecánico hormonales.

Poco antes de las 7 y media salían al soco. A Luisé siempre le traqueaba la caja de cambios cuando metía segunda. Nevado, Orfa, Start Fitzgerald y vos se estremecían, cerraban los ojos y esperaban a que el jeep desapareciera Calle Larga abajo. Después entraban a la casa y seguían con las usanzas diarias.

Start Fitzgerald te daba el informe de la noche. Parte sin novedad, Patrón, y se mordía la lengua para no añadir ni mu. Después se iba de borondo por el pueblo. Andá por la sombrita, le recomendaba Cloncito cuando lo veía culebrear por la mitad de la calle a plena resolana.

Era tu espinaca. Se recostaba a los mamonicillos en el parque y fisgaba los cambalaches de la gente. Entraba a heladerías, bares o cantinas y se pillaba las charlas de los clientes. Apuntaba las placas de carros, colectivos y busetas. Echaba ojo a las rondas de los carabineros. Se metía a la iglesia y se atragantaba con las confesiones de las beatas. Por las noches, iba a riñas de

gallos o a peleas de boxeo a puño limpio. Coqueteaba con Deisy, la mesera de Leticia. Sin condón, ni pío, lo prevenía Cloncito, endurecido por su experiencia con Fania.

Después del comadreo con Start Fitzgerald, llamabas al Carebonito. ¿Cómo va la vuelta? Cayetano botaba escape como una lora mojada sin importarle que los teléfonos estuvieran chuzados o triangulados por la DEA. Te lo imaginabas entrepiernado con su esquiva consorte. Tiraba caja un rato y después hablaba de negocios, *the state of art*, según diría Celia Cruz<sup>25</sup>.

Caye se enfurruñaba porque no lo invitabas a Sanjerónimo. Apenas me aclimate. ¿Te vas a quedar mucho? Dios proveerá. No me azare, Patrón. Usted hace falta por acá. ¿No me acabás de decir pues que todo va bien y mejorando? Sí, claro, pero la chiripiorca de los pelados... ¿Cuál chiripiorca? A veces los combos se timbran y se aletean por cualquier güiro. La hora de los combos ya pasó, Caye. Ahora toca hacer bisnes con menos escarapela. No entiendo... Ay, mi consigliere de guerra. Hay que facturar y facturar y facturar. Menos visaje. Pasame a Fania. ¡Pablito, mor! Ponele mucho ojo a Caye, no dejés que la embarre. Lo que vos digás, papi. El Carebonito volvía al teléfono y repasaba las instrucciones. Primero la plata, después la gente. Chaolín, colgabas antes de que empezara a chismosear del Medallo.

Luisé volvía del colegio con el corazón a tambor batiente. Ese culicagado es el más pilo de la clase, pero no prueba bocado. Sólo come mandarinas. En un día se traga hasta una docena. Nevado batía la cola.

---

<sup>25</sup> *My English is not very good looking. ¡Azuquitar!*

¿Vamos a dar un vueltón o qué?, proponías. Sika, parce, contestaba Luisé a lo Start Fitzgerald en sus escasísimos despilfarros de palabras.

Salían alrededor de las diez. Luisé en La Pizarra y vos en Margarita Maluca, la yegua de Orfa. A Mingo se le desabrochó una risotada cuando te vio montado la primera vez. Parece un maestro de escuela, don Quiel. El que calla, otorga, oíste los hormigueos de Cloncito, metiche desde la otra orilla. Margarita Maluca era pajarera con fobia a los camiones de escalera y a los bueyes cargados de caña. Tampoco le gustaba que La Pizarra fuera adelante y coceaba a los perros del camino. ¿Se pueden acortar los estribos? No, patroncito. Largos son mejores para sostenerse con fuerza y no dejarse tumbar. ¿Esta belleza es arisca? Orfa se carcajeó a gusto. Es una humildad de ser. ¿A usted lo que le molesta es el galápago, cierto? En ese momento te diste cuenta de que tenías una silla de mujer.

¿Los Hastamorir son millonarios?, le preguntaste a Luisé para salir del trance. Él se llevó la mano al pecho. Nosotros somos pobres con plata, que no es lo mismo. Ricos hijuemamas, aunque ahí caiga yo, se rio Cloncito. Tenemos hijuelas por todo el valle de Sanjerónimo: La Contraria, el trapiche de Los Ciegos, el bosque de cedros en Poleal, los potreros de Quimbayo, los terneros de Pantanillo, la marranera de La Manguita.

Chismoseaban de las noticias en radio y televisión: *sucesos banales*: balaceras, capturas, fleteos. Luisé sacudía la cabeza, cambiaba de tema y se ponía a echar cuentos de los Hastamorir<sup>26</sup>.

Un antepasado mío fue compañero de Atanasio Girardot, dijo mientras abría un portillo. ¿Atanasio Girardot? ¿El del estadio en Metrallín? El mismo. ¿De qué me está hablando, don Luisé? El coronel Atanasio Girardot nació acá en Sanjerónimo y mi tataratataraabuelo Domingo de Paúl Hastamorir estudió con él en la Escuela de Varones. ¿Con quién?, chistó Cloncito. Con Tacho Yirardó. Así se pronuncia el apellido Girardot. ¿Yirardó? Ajá. Lucharon juntos en la Campaña Admirable de Simón Bolívar. Usted me está mamando gallo, don Luisé. ¡Cómo se le ocurre, señor! Los hechos constan en el archivo del municipio.

En septiembre de 1813 las tropas patriotas acampaban en Naguanagua, al pie del monte Bárbula en Venezuela. Bolívar ordenó copar el cerro. Tacho Yirardó marchó envuelto en una bandera granadina, ya hecha trizas por los fusilazos realistas. Domingo de Paúl lo siguió machete en mano. Tacho ondeó el trapo y se largó a gritar *Permité, oh, Dios Poderoso, que yo plante esta bandera donde se mece altanera la del español odioso*. Sin aire correteó hacia

---

<sup>26</sup> Su árbol genealógico era una maraña tan incestuosa como la hojarasca de los Buendía en Macondo.

el filo. Dios Todopoderoso se hizo el loco. Una bala le atravesó el corazón<sup>27</sup>.

Soltó el pabellón y rodó por el risco.

Mi tataratataraabuelo, la mirada encharcada de admiración o espanto recogió la bandera. Con un esfuerzo de ciclope la plantó en la cumbre del Bárbula. *Compañeros, avanzad, venid a buscar conmigo la muerte o la libertad*, gritó. Vio el cadáver de Tacho Yirardó. Vio a los españoles, escabulléndose por las faldas del cerro. Se arrodilló al lado del muerto y le levantó la cabeza, los ojos abiertos a la gloria inmarcesible del júbilo inmortal. Compita, mire cómo corren esos cacorros, le murmuró al pobre Atanasio. Bolívar ascendió a Domingo de Paúl a capitán. Al final de las guerras, el capitán Hastamorir volvió a Sanjerónimo. Se dedicó a la compraventa de tierras o ganados y a la fanática reproducción de sus genes.

Se instalaron a la sombra de un guadual. Cada cual en lo suyo. Luisé, ensimismado en los recuerdos de su estirpe. Cloncito, jonjoleando con el purgatorio de la cristiandad. Y vos sintiendo que algo se iluminaba dentro de ti. Es fácil jurar voy a escapar y ser feliz. Hacerlo es farragoso. Escapar tiene trastornos y percances. ¿Y para qué la felicidad? ¿Para quién?

Otra vez cabalgaron hasta el llano de Aguirres. Soltaron los frenos a Margarita Maluca y a La Pizarra para que pastaran mientras ustedes se extasiaban con la verdísima hondonada, un mar de pangola en la transparencia de la media mañana. Pensar que hace años esto era el arrozal más fértil..., dijo Luisé. ¿Cómo fue? Una tía mía trajo los primeros cogollos de arroz a

---

<sup>27</sup> *Cuídate Juan que por ahí te andan buscando  
Son muchos hombres no te vayan a matar...  
Juan charrasqueado.* Víctor Cordero Aurrecoechea, 1945.

Sanjerónimo. Los sembró aquí y después los esparció por todos lados hasta que nos volvimos el principal cultivador de arroz en la Nueva Granada, lo que hoy es Colombia.

Doña Bárbara Teresa Sofía Isabel Sara Orfamay del Santo Domingo de Resurrección Hastamorir y Aguirres inventó el manjar blanco de tierra caliente y el postre de natas, dijo Luisé. Odiaba las faldas y el corsé, era machorra y quería un exorcismo para sacarse el Diablo. Cuando vengo a este llano, me la imagino encorvada sobre las hileras de plantas, las pantorrillas blancas como una provocación para los peones. Hmm, se regocijó Cloncito. ¿Y era tía suya? Sí, señor, tía tataratatarabuela, la Marquesa de Aguirres. ¿Eso cuándo fue? Hacia mediados del siglo XVIII. Historia patria. ¿También consta en el archivo del pueblo? Amén. Estudien, vagos, aconsejó Cloncito de todo corazón.

A cambio de los cuentos de Luisé, le contabas anécdotas de tu pasado heroico: los hipopótamos en la hacienda Nápoles, remolinos en el Nus, pactos con la Virgen de los Sicarios... Ambigüedades de un pícaro con suerte. Él asentía suspicaz. Ahora tengo lo que necesito y necesito lo que tengo, le aclarabas. Pero no me negará que le está haciendo falta un caballo...

No sabías nada de hípica. Los chalanes de los Ochoítas montaban unas bestias que descrestaban a todo el mundo, menos a vos. Te parecían artificiales, pomposas, procreadas para desfilar en Las Margaritas, el estadero del viejo Fabio, no para trajinar en La Contraria del Pueblo. Los caballos de Gacha eran pretenciosos, derrochaban algo agreste y desconfiado al andar, como su amo. Los animales de los rejoneadores, Oky Botero o Dayro Chica, se movían como mascotas, corpulentos, cabizbajos, cagados de miedo.

Fuiste con Luisé a un palenque junto a la gallera. Quiero una yegua como La Pizarra. Mejor un macho bien arrecho, don Quiel, opinó Mingo, que no se perdía ni la movida de un catre. ¡Chito, culicagao!, bramó Luisé. ¡Ay dónde lo oiga Orfamay! El peladito tiene razón, indicó Cloncito desde su canapé extraterritorial.

Había poquito para escoger, cuatro táparos y un corcel rojizo. ¿Qué tal el alazán?, propuso Mingo, y señaló al caballo colorado que retozaba por el palenque. Canelo puro, reparó Luisé. Fino, buena alzada, paso mixto, trochador y galopero. Y con esa marca blanca en la testuz. Parece una mancha de Límpido, dijo Mingo. El alazán meneó la cabeza: su crin cobriza semejaba la encopetada cabellera de una drag queen con el orinador a la vista. Negociaron con el dueño, Ñopo Suescún, un cuchito socarrón, amigo de Luisé. En par

pelotazos cuadraron la vaina. Chan con chan le diste melón y medio y él les dio a Ima, príncipe del tongo y la conga.

Ima en quechua quiere decir gandul, explicó Ñopo Suescún. ¿Gandul? Holgazán, perezoso, vagamundo. No, no, no, mentiras mías, corrigió al momento sin bajarle a la marrullería. Ima quiere decir ¿cuál? ¿Cómo fue? Es por mamar gallo. Cuando me preguntan cómo se llama el macho, yo les contesto ¿cuál? Pues ese, me dicen. Con cara de yo no fui, les repito ¿cuál? Me miran como si fuera bobo. Este, don Ñopo, dicen. Por tercera vez yo digo ¿cuál? Los que logran captar el doble sentido, se carcajean conmigo. Los demás se emputan. ¡Viejo pa' güevón este güevón! Pobrecitos, güevón es el que cree que hay güevones. ¿Usted dónde aprendió quechua, ¿don Ñopo?, preguntaste no sin cierta ingenuidad. En la guerra de Corea, ¿dónde más? Yo mismo domé a Ima. Sin darle fuete ni hacerle sangrar el hocico<sup>28</sup>.

Lo llevaron de cabestro por Calle Larga ante la mirada patidifusa de los parceros de Mingo, unos culicagaos tan boquisucios como él. Orfa encerró a Nevado para que no se trenzara con el recién llegado. Este es Ima, doña Orfamay, dijiste. El alazán, displicente y travieso como un actorzuelo de telenovelas, atravesó el pensil y se metió al solar. Luisé le picó caña y le dio aguamasa. Repelió los zancudos en el anca y relinchó contento.

Esa tarde fueron a pasear. Luisé en La Pizarra, el niño en Margarita Maluca y vos en tu alazán. Salieron hacia La Muñoz, una quebrada que se

---

<sup>28</sup> A paso más lento, llegó hasta Escuinapa,  
y por Culiacán, ya se andaba quedando,  
cuentan que en Los Mochis ya se iba cayendo,  
que llevaba todo el hocico sangrando.  
José Alfredo Jiménez. *El corrido del caballo blanco*.

despeñaba por la manga de Mingo. Ima se acomodó al paso de las otras bestias. Nunca imaginé que montar a caballo fuera tan bacano, se asombró Cloncito. Ahora entiendo a Gacha ¿Padrino, vamos al Llano?, preguntó Mingo pelando una mandarina oneca.

Buscaron un vado en la Muñoz. La Pizarra y Margarita Maluca, con jactancia, lo cruzaron de bien en mejor. Ima vaciló: el rumor del agua, las puntas de iceberg de las piedras negras o blanca, tus aspavientos, el pavor de ultratumba de Cloncito.

Siguieron por un maizal hasta toparse con un puente cerril. El río Aurra, informó Luisé. Un torrente más arisco que La Muñoz. Ima se adelantó a La Pizarra y a Margarita Maluca y cruzó el armazón de piedra y madera. ¡Joder y jolines!, aclamó Cloncito. ¡Joder y jolines!, coreaste, sugestionado por el tono y el estilo del difunto. La trocha empezó a serpentear junto a la orilla del río. Llegaron a un broche. Mingo lo abrió y lo cerró sin bajarse de Margarita Maluca. Pasaron a un potrero de pangola, liso como una mesa de billar. Se pusieron a apostar carreras.

Pronto iban al galope. Cloncito se zangoloteaba y abarcaba tu barriga con brazos ya macilentos por falta de sol. Apretabas las riendas y cogías la cabeza de la silla con la impresión de que la muerte los perseguía a mansalva. Ima se desbocaba cada vez más. Los berridos de dicha de Mingo contrastaban con los jadeos de Cloncito. De súbito, entre la pangola, apareció un alambrado. ¡Cuidado!, gritó Luisé, y a duras penas frenó a La Pizarra.

Pensaste que se iban a quebrar el culo. Jalaste las riendas. A Ima le importó un mango biche y siguió galopando. Alcanzaste a divisar las púas en la alambrada. ¡Shakirita!, rogaste, *por ti me he convertido en una cosa que no hace otra cosa más que amarte*. Y te encomendaste al Glorioso Niño de Atocha. Ima alzó sus manos, se impulsó con las patas, saltó el obstáculo y sobrevoló sin plumas, mero Pegaso tropical.

No batió alas ni paró las orejas. Pataleó en el aire, como un buzo de apnea. Y voló y voló y voló cual garza morena. El alucine. Estamos muertos, precisó Cloncito sin soltarte la barriga. Desde arriba atisbaste a Luisé y a Mingo, los sombreros echados para atrás, las bocas rumiantes, sus monturas dando vueltas de aturdimiento. Ima flotó con levedad en la tibieza de las brisas. ¿Estaré soñando? No, estamos muertos. *¡Muertos, muertos, los toreros muertos!*, insistió Cloncito al ritmo de una canción de siglos atrás.

Contemplaste el paisaje debajo de ti. Los guadales, los pozos cristalinos en el Aurra, *las espumas viajeras como las ilusiones que te depararon dichas pasajeras*, la nostalgia de lo no vivido, la saudade de la niñez perdida, un camioncito por la carretera a Sopetrán, los arrozales de la tía tataratataraaaaabuela de Luisé, las carcajadas semi desdentadas de Mingo, la calladera de Start Fitzgerald, los reproches de Reproche, la cara bonita del Carebonito, las tetas musicales de Fania Eugenia, la dulzura de Marley, la vida nueva, el paraíso que te tenían prometido.

Todo lo que sube, baja, dijo Cloncito. Ima, malacostumbrado a los chiflones y a las aves carroñeras, se cansó de revolotear por encima de la pangola. Buscó un sitio para anidar. Te aferraste al cabezal, te santiguaste y pensaste en tu madrecita santa, no en Shakirita *bruta ciega sordomuda torpe traste y testaruda* ni en el niñito de Atocha. El aterrizaje forzoso azaró a las bestias de Luisé y Mingo. ¡So, so, so!

Sentiste un guarapazo en la nalga. Abriste los ojos, bocarriba sobre la pangola. Viste rayos y centellas o estrellas fugaces y agujeros negros o nebulosas no identificadas en el profundo sur del Universo, y era de día. Viste la ansiedad de Luisé y Mingo. ¡Patrón, patrón! ¡Don Quiel! Margarita Maluca corcoveaba y pateaba junto al alambrado. También vislumbraste, efímera y casual, la silueta desahuciada de Héctor Fabio, Cloncito del alma. ¿Qué pasó? Nada, Patrón, te consoló Luisé. Ima lo tumbó. No, don Quiel, Ima lo salvó, contradijo Mingo, con las riendas del alazán entre sus manos. Saltó como un campeón.

Mingo y Luisé te levantaron. Sacudiste el polvo en los bluyines, amarraste los cordones de los tenis, te chantaste el sombrero vueltiao y palmeaste a Ima en la mancha blanca de la testuz. No dijiste nada sobre *los cerros verdes y el azul del cielo*, la carretera, los techos de las casitas, el humo de las cocinas, los charcos del río, la turbulencia del presente, el no futuro.

Parpadeaste varias veces y volviste a ver lo visto a ciegas en el vuelo de tu alazán sin plumas. Te acordaste del Niño Jesús en el templo de Shakirita en Sabaneta, la sonrisa de sanguijuela recién nacida, la vírgula del pipicito, *sigue tu camino y deja hablar a la gente*, tu alucinación. ¿A mí qué me está pasando? Mejor dejé los santos quietos, Patrón, aconsejó Cloncito.

Orfa se asustó mucho. ¡Virgen santísima, siquiera no le pasó nada, don Ezequiel!, gimoteó, secándose las manos en el delantal. Start Fitzgerald se puso pálido como una nevera vieja, y no dijo ni mu. Llamaste a Cayetano y le contaste el cacharro. Me caí del caballo. ¿Cuál caballo? Cuál. Eso, ¿cuál? Cuál. El que dijiste, home. El Carebonito era literal hasta el pie de la letra. Pues, cuál, ya te dije. No mame gallo, Patrón. ¿Cuál caballo? Siguieron así como en el cuento del gallo capón<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> Un juego infinito en que el narrador preguntaba si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando contestaban que sí, el narrador decía que no había pedido que dijeran que sí, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando se quedaban callados el narrador decía que no les había pedido que se quedaran callados, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y nadie podía irse, porque el narrador decía que no les había pedido que se fueran, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y así sucesivamente, en un círculo vicioso que se prolongaba por noches enteras.

Gabriel García Márquez. *Cien años de soledad*.

Ima y vos congeniaron. Juntos galoparon por el llano de Aguirres o la manga de Mingo y trocharon hasta El Hato, Poleal o Pantanillo o se pasearon por las callecitas del pueblito viejo bajo la luz de la luna o la cerrazón del sol. Con Mingo en Margarita Maluca, pécora a la que le cogiste cariño, un apego platónico, obsoleto o ruin.

Una mañana Mingo pidió permiso para montar a Ima. Fuiste por la silla, una hermosura de la talabartería de Ñopo Miranda, tocayo de Ñopo Suescún. Mingo la desdeñó y se montó a pelo. Empezó a dar vueltas por el solar, entre los mugidos de las vacas y el estupor de los terneros. Este muchachito es un chalán de categoría, se enorgullecíó Luisé. El alazán y el niño parecían un solo sujeto, ya no Pegaso sino Centauro.

Mamá Orfa apareció con un frasco de Leche de Magnesia Phillips. Hora del purgante, mijo. Creíste que Mingo iba a escupir. Negativo. Pidió que le llenaran un pocillo con el remedio. Luisé protestó. ¿Qué vas a hacer, culicagao? Orfa fue a la cocina por un pocillo de peltre, lo llenó con la magnesia y lo puso encima de un platico. Mingo jaló la crin de Ima, se arrimó a su abuela, cogió el plato con el pocillo y trochó un rato sin derramar ni una gota. ¡Chalán de chalanes!, vitoreó Luisé. Orfa se persignó, se santiguó y bendijo al nietecito con fuerza y fe: Dios te salve, Mingo María, lleno eres de gracia. Este niño tiene pinta de presidente de la República, dijiste. A mí que me esculquen, se rebeló Cloncito. Mi reino ya no es de ese mundo.

Tu felicidad desató la gula de las malas lenguas. En la casa de Orfamay Hastamorir, en La Raya, vive un mafioso, murmuró una vecina cuando supo que pagabas de contado el alquiler. Es igualito al Patrón del Mal, apuntó otra.

El guardaespaldas es mudo y le echa los carros a una mesera de Leticia, dijo la tendera de enfrente de la casa.

Los chichipatos empezaron a asomarse a La Contraria del Pueblo. Don Luis Emilio, que por favor le diga a don Quiel que si nos pasa un billetico pa' la natillera de la Alcaldía. Don Quiel, patroncito, háganos el catorce de patrocinar esta rifa para los cojos de Sanjerónimo. Don Ezequiel, amigazo, necesitamos gualdrapas para el Santo Sepulcro. ¿Gual... qué? Forros de seda para los costados del sarcófago. No, mejor cómprenos sábanas y fundas de almohada para la casa, protestó Orfa. Y unas riendas bien bonitas para Ima, propuso Mingo, y peló la enésima mandarina del día.

Cayetano se emberracó. El palo no está pa' cucharas, Patrón. Se vivía la *cosecha roja* de la guerra contra el narcotráfico. Sangre, sudor y lágrimas. Fania le arrebató el teléfono al Carebonito. La producción está en crisis, la distribución se volvió un bollo, la comercialización es un fiasco. Sisas, Pablito, corroboró Cayetano, vamos llevando del bulto. Ni los putos políticos nos quieren ayudar. Deberíamos romperles la cara, marica, maldijo Fania. Negativo, Caye. Toca reinventarse. ¿Cómo fue? No es nada personal, son sólo negocios, dijiste a lo don Vito Corleone. Sed como el sándalo que perfuma el hacha que lo hiere, los aplacó Cloncito, rufián de esquina en el más allá.

No podías ni querías volver a Medallo. Empezaste a hablar de resiliencia. ¿De dónde sacaste esa vaina?, preguntó Caye. Estudien, vagos, se rio Cloncito. La resiliencia es la habilidad para recuperar el estado anterior a cualquier perturbación. ¿Volver a ser lo que fuimos?, se entusiasmó el

Carebonito, fanático de *la hediondez de la pólvora*. Honestos narcotraficantes.

¡A la resiliencia, compañeros!, arengaste, como Tacho Yirardó en el Bárbara.

Entonces el Carebonito y Fania se pusieron a innovar.

Calidad total.

Planeación estratégica.

Comunicaciones integradas de marketing.

Visión 360°.

Maricadas.

*Ganar amigos e influir sobre las personas.*

Cacorraditas así y asá.

A punta de cabalgatas y chácharas en el pensil, Luisé y vos también se volvieron uña y mugre, conectados por una sincronía intemporal. Óigame, don Luisé, ¿le puedo decir una vaina? Hágale, don Quiel. Usted para mí es como un padre. El cuchillo tragó saliva, se levantó del taburete y te abrazó calidoso. Y usted es como un papá para Mingo. Par de ternuritas, masculmó Cloncito, celoso el hijuemedre. Bendito y alabado sea mi Dios, aceptaste de buena voluntad.

Te habituaste a la insipidez de la inercia.

Desayunaban en familia: Luisé, Mamá Orfa, Mingo, Nevado y vos. Más Cloncito, obvio. Y Start Fitzgerald en la carpa.

A veces llevabas a Mingo al colegio en el Land Rover. Volvías con ajustes del mercado: plátanos verdes, aguacates, papas criollas, café, panela, aceite, arroz, solomito.

Desde la media mañana hasta el almuerzo cabalgabas con Luisé por aquel valle anchuroso y presumido. Chupaban caña de azúcar o tomaban guarapo. Revisaban cercos, contaban *ganados*, le echaban veterina al orinador de los terneros.

Almuerzo: sancocho, sabaleta frita, frisoles con garra, carne asada, sardinas en lata con ensalada de papa, jugo de tamarindo.

Siesta en la hamaca.

Limonadita de piña.

Tardes con Mingo: parqués y dominó o ajedrez y estrella china, mandarinas, baños en la quebrada, poca televisión, lecturas<sup>30</sup>.

Comida: arepa con mantequilla, cuajada, aguapanela en leche, bocadillo de guayaba.

Merienda: media de Aguardiente Antioqueño con pedacitos de coco o Chivas Regal a palo seco.

De la indolencia al ocio. De la postergación a la pereza. De la molicie a *esta es la vida que nos merecemos* al precipicio del todo *me importa un culo*. Se *me acaba el argumento y la metodología*. Start Fitzgerald, versado en tropeles, se acomodó al sedentarismo sin decir ni mu. Orfa se apiadó de él y una mañana, después de lavar los trastos del desayuno, le dijo que bien pudiera desarmar la carpa, coger sus corotos e instalarse en el caney, una pieza con entrada y salida a Calle Larga.

La vida en La Contraria del Pueblo fue como descalzarse y hundir los pies en el barro. Te dejaste crecer el bigote, engordaste doce quilos, aguzaste la marrulla, renunciaste a sufrir por los bordoneos de la noche, volviste a la infancia entre guayabas y racimos de bananos y el recuerdo de los gritos de misiá Hermilda, ¡Pablito! ¿Adónde te escondiste, culicagao?

---

<sup>30</sup> Libros antiguos de una tía de Luis Emilio: pastas duras, letras perfiladas con remates achataados o agudos, papel envejecido de buen talante gracias al clima. Psicologías o pedagogías del siglo XIX, historias de la Revolución Francesa, discursos teológicos, manuales de apicultura o silvicultura, poesías patrióticas, Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez, breviarios contra la masonería, sonetos de Rubén Darío. Como para pegarse un tiro con el revólver de Luisé. Mingo te prestó *La historia interminable*, de Michel Ende. Lo leyeron muchas veces, en voz alta, el peladito apoyado en tu hombro ante los ilusorios arrozales del Llano de Aguirres o en las noches de zancudos insomnes.

Plata nunca faltó. Cayetano gestionaba los réditos del Octágono. Se anticipaba a las calamidades, cuando unos paquetes se embolataban en el mar Caribe o cuando unos desagradecidos confiscaban la mercancía aún en flor. Gajes del oficio, te consolaba, sin preocuparse por el billete. En esta vida todo es igual a nada y nada es igual a todo. Invertía, compraba, vendía, alquilaba, negociaba, testaferraba, lavaba, disimulaba, siempre en superávit. El narcotráfico es lo más rentable del capitalismo, declaraba. Invulnerable e invencible, añadía el sabelotodo de Cloncito.

Eso sí, no le hallaban la comba al palo de la resiliencia ni conseguían reinventar el negocio. Varias veces Fania y Cayetano planearon viaje a Sanjerónimo para explicarte las razones del estancamiento de los bisnes. Te negaste en redondo. Ya qué. Fania se molestó. No se me aletee de a mucho, mamacita. La finca fue tu guarida. Paraíso de sombras y luces. Refugio de la soledad. Confabulación de nostalgias. Te desentendiste de ilusiones y angustias. En tres palabras, te volviste rústico<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup> rústico, ca

Del lat. *rusticus*, de *rus'*campo'.

1. adj. Perteneciente o relativo al campo.  
2. adj. **tosco** (l poco trabajado, sin pulimentar).  
3. m. Hombre del campo.

*Diccionario de la lengua española*, 2014.

Cuando te decidiste a salir a la calle comprobaste que, vistas por detrás, todas las muchachas de Sanjerónimo se parecían entre sí. En shorts o en sandalias. En bluyines y con blusas de manga sisa. Incluso a espalda desnuda. La misma contextura, pelo teñido, piernas fuertes y redondeadas, tobillos traqueados por tenis y estribos, caras equitativas, tetas sin silicona.

Un domingo muy temprano Mingo te acompañó al parque. Trolearon por Calle Larga como turistas. Primero fueron a la tienda de Jelo, donde el niño compraba chicles bomba o chocolatinas Jet y hacía los mandados de Orfa. Dos cuadras abajo, te presentó a Mingo Granados, un patriarca justo y tierno, recostado en un taburete de cuero a la puerta de su casa. ¿Quién es?, preguntaste, embrollado por la coincidencia de nombres. Es mi otro padrino, dijo el niño Mingo. Buenos días, señor, saludaste al viejo Mingo. Buenos días por la mañana, don Ezequiel, que la Virgen lo陪伴e.

No pensaste en Shakirita *bruta ciega sordomuda* ni en su sustituta, María Auxiliadora. Mejor te acordaste de Marley: no era virgen (un parcero le pudo en 10°) ni santa ni beata. Cerraste los ojos y volviste a ver su esbeltez de bachiller inconclusa, la sonrisa de semidiosa silvestre, la consistencia de sus bluyines ceñidos, su sensualidad a flor de piel.<sup>32</sup> Se te atarugó el pecho.

---

<sup>32</sup> *Juventud, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro...  
y a veces lloro sin querer...*  
Félix Rubén García Sarmiento, Rubén Darío.

Mingo te mostró las fachadas de los hostales, la notaría del circuito, las cantinas, la carnicería con bofe y ristras de chorizos, la Normal de Señoritas, el atrio de la iglesia, el almacén de Ñopo Díaz, tocayo de Ñopo Suescún, caballista, y de Ñopo Miranda, talabartero. Sanjerónimo del Apocalipsis es comarca de Ñopos y Mingos. Se sentaron en una banca a ver los leones de la fuente sin agua, el busto de Atanasio Girardot, el malaventurado Tacho Yirardó, enroscado en la bandera, *compañeros, avanzad, venid a buscar conmigo la muerte o la libertad*, la casona de la Sociedad de Mejoras Públicas, el fragor de la melancolía, el hastío de un pueblo calentano.

Viste gente en muletos que encabritaban a Nevado, campesinos de cotizas de algodón y costales a la espalda, mujeres con cachirulas en la cabeza o misales en las manos, muchachos de camisas abotonadas hasta el primer botón y ponchos terciados al hombro. Después aparecieron más personas, emparejadas por la pachorra de un domingo de pentecostés o de adviento, taciturnas o parsimoniosas.

Mire, don Quiel, ahí viene mi profesora de Instituciones, advirtió Mingo. Era una flaca blanquita, cintura larga, pelinegra, cola de caballo, tetirredondita, delicada, miope. Mosca muerta, deploró Cloncito. Le calculaste treinta y pico años, bien llevados. No está mal, pensaste. Puro mal de vereda: pasado un tiempo en el pueblo las mujeres en tu camino te parecerán requete chimbas, dijo Cloncito. La maestra tenía falda de algodón, ceñida a las caderas nada demacradas, el ruedo unos centímetros por encima de las rodillas, sandalias blancas y blusa de flores tropicales.

Mingo saludó con amabilidad. Señorita Clamidia, buenos días. Le presento a don Ezequiel Benavides Ayala. Ella retribuyó con una inclinación de cabeza, la mirada camuflada por las gafitas. ¿Clamidia?, te desconcertaste. Qué nombre tan romántico. Sí, es una enfermedad venérea, contestó ella sin inmutarse. Ah, con razón, farfulló Cloncito, mordiéndose los labios para no morirse de risa, aunque ya estaba bien muerto. Clamidia Pulgarín Miranda. Sonrió confianzuda, nada tímida para una maestra de escuela rural. Se liaron en palabras mientras Mingo iba por una paleta de mandarina a la salsamentaria de la esquina y Nevado lo seguía como la sombra a Bolívar.

Esa noche soñaste con Clamidia. Estaban solos y juntos entre las brumas del amanecer. No te enseñaba Instituciones ni te explicaba los derechos fundamentales de la Constitución de 1991 ni te ilustraba sobre los tres bueyes en la separación de poderes. Tampoco mencionaba la consigna de preferimos una tumba en Colombia antes que una cárcel en los Estados Unidos.

Estaba en pelota, de espaldas a ti, nalgas bonitas, espalda nítida, piernas cerradas, teticas primorosas. Te le arrimaste: con una mano le ceñiste la cintura y con la otra, rozándole los hombros y los senos, le agarraste el sapito el mojicón mojiconcito. Se consumió de la dicha. No me dejes, imploró como en una canción aún no oída de Aterciopelados. Nunca, balbuceaste. Quédate conmigo. Siempre. Atacaste el sapito el mojicón mojiconcito y hundiste un dedo en el cogollo de almíbar de la chimbita floreada. Siempre estaré contigo. Hombre que miente, hombre que corona, comentó Cloncito.

Ibas a visitarla a su casa, por La Ronda, un callejón paralelo a Calle Larga. Le llevabas cucas de la panadería de Pura, la hermana de Ñopo, el talabartero, y charlabas con ella hasta que su mamá Jesusita Miranda se ponía a rezar el Rosario. Algunas tardes la recogías en el colegio, junto con Mingo, comían mandarinas o tomaban sorbete de badea en un puesto del parque.

Una madrugada mientras cuadrabas la hora con el quiquiriquí de Gallopinto te diste cuenta de que tu reloj de pulso, Rolex Submariner de acero inoxidable, atrasaba siete minutos o más. Start Fitzgerald llevó el aparato al relojero, Jhon Jairito, un mechudo bizco, en un local al lado de la Alcaldía. El relojero destapó el aparato y olió la carcasa. A esta máquina le metieron un atado ni el hijuemíchica, dijo. ¿Un qué?, se excitó Start Fitzgerald. Un amarre. ¿Un qué? Vea le muestro.

Pieza a pieza desarmó la estructura. Debajo del volante encontró un papelito. Con unas pinzas lo sacó y lo desdobló. Cogió una lupa potentísima: "Satanás de los infiernos. Te suplico que traigas junto a mí a Quiel Benavides, de manera que amarres cabeza con cabeza y ligues labios con labios y acoples vientre con vientre y acerques muslo a muslo y encadenes lo negro con lo negro y cristalices mis deseos amorosos, Quiel conmigo, Ezequiel Benavides Ayala, hoy y mañana durante todo el tiempo de la eternidad." ¡Qué conjuro tan berraco!, exclamó John Jairito y se santiguó. Start Fitzgerald te entregó el Rolex y una fotocopia del sortilegio al 150%.

Orfa se puso las gafas de leer. Esto es cosa de Clamidia, dijo sin dudar. No es una mosquita muerta, como aparenta, sino una víbora de Poleal.

*Cuando el amor llega así de esta manera*

*Uno no se da ni cuenta...*

Botaste el papel arrugado y seguiste liándote en palabras con la tarántula. Luisé te insinuó que favorecieras el conjuro. Mándele mensajitos. Con Mingo empezaste a enviarle versos copiados de un cuadernillo de poemas de un tal Amado Nervo, entresacado de los libros de la casa.

*Todo amor nuevo que aparece*

*nos ilumina la existencia,*

*nos la perfuma y enflorece.*

Una tarde, después de la lucha de clases, Clamidia te correspondió con tacto:

“Quiel: Me pica el gusanito de ti. Te pienso mucho. Te deseo. Te quiero comer, te quiero beber. Quiero hacerte el amor en tu bañera, en la manga de Mingo, en los charcos de La Muñoz, tú arriba y yo abajo. Quiero que me llenes con tu fluido natural. Quiero que nos gocemos. Quiero verte ya. Quiero que pongas tu mano en mi flor y que me metas los dedos hasta que salgan gritos y gemidos de placer. Me atiendo pensando en ti. Tengo sed de Quiel. Deseo tus manos, tu pelvis, tu culo, tu chimbo. Tus labios. Te deseo por delante y por detrás. Clam.”

Con ella aprendiste a no venirte ahí mismo: te enseñó a pichar como en videos porno. Vas a acabar conmigo, te franqueaste una noche, al borde del abismo sobre el cuero de vaca de tu cama. Ojalá, contestó Clamidia y se trepó otra vez. Te agarró la mecha a medio parar y se la enchufó hasta el fondo, más

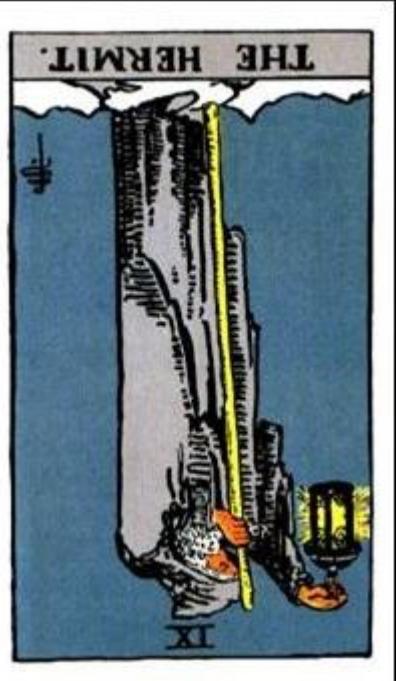
allá del punto G. Chilló como una gata y te montó a su gusto. Le cogiste un cariño verdadero, que ni se compra ni se vende<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> Por descuido, quedó preñada. Le dijiste que lo botara, y se encolerizó. ¡Mostro! ¡Matarife! Si de veras querés tener el bicho, pues tenelo, te defendiste. Y así nació Dominica (45.5 centímetros y 5 libras 600 gramos). La hija de la mafia, se requete emputó Fania cuando supo de la buenaventura. Esta mujer siempre ha sido celosísima, reflexionó Cloncito. Dominica fue un remanso de ternura con la inocencia real o ficticia de su carita de ángel.

Te acordaste de la negra Chila. ¿Qué habrá sido de ella? Entrecerraste los ojos y viste un viejo con un farol. ¿Cómo es que era? Llamaste a Fania. Contestó en medio de una algarabía. Estaba comprando bisuterías en El Hueco. Te besuqueó un rato. ¿Para qué soy buena, mor? Pasaste por alto la falsa coquetería y le preguntaste por tu tarot. La tarde del tarot vos apuntaste vainas en una agenda, ¿cierto? No se acordaba. Apenas llegue a la casa, busco y te llamo, ¿vale? Es propio, dijiste, y colgaste antes de que volviera a babosearte con sus besos casquilleros.

A las tres o cuatro horas te devolvió la llamada. De chiripa encontré la agenda. *No me regañés*, suplicó. *De chimba me salvé*. Entre mis cartas de Tarot, ¿había un cucho con un farol?, averiguaste con prontitud. Pasó hojas de la agenda. Sí, dijo al rato, el Ermitaño. ¿Al revés o al derecho? Pasó más páginas. ¿No te acordás, mor? Pues pa' eso te llamé, zonza, le reviraste a lo nativo de Sanjerónimo.



Yo creo que era al revés, dijo luego de pensar un rato. Eso da lo mismo. ¿Qué significa? Perate, busco. Más traspapeleo. Fania leyó. Invertido, el Ermitaño representa soledad, aislamiento, retiro, distanciamiento. Pasar más en soledad, descontaminarse de la vida ordinaria. Es el insilio. ¿Segura? No recordabas esa palabra tan rara. Fania porfió. Aquí dice eso, insilio, lo contrario de exilio.

El Ermitaño se parecía a Luisé, pero sin barba ni cayado. Tal vez porque el cucho vestía de negro o porque a veces andaba cabizbajo, meditabundo o retraído. Tenía casi 75 años, y aparentaba muchísimos menos, sesenta y pico. Orfa iba a cumplir 71: la cara arrugada y las manos pecosas no desmentían lo bailao. Luisé era solterón. Novio de Eleuteria Rendón desde hacía 57 años. ¡Inaudito!, detonaste cuando Orfa te contó. El noviazgo más largo del mundo. Récords Guinness. Tampoco es pa' tanto. Eso es común por estos lares.

Felicitaste a Luisé por la perseverancia de su idilio. La monogamia no es ningún problema, contestó, cicatero. Hasta Cloncito abrió los ojos. Además, estoy pensando en casarme, añadió. Ya era hora. Quiero darle un regalazo de bodas a Eleú. ¿En qué está pensando?, preguntaste, todo güevón es metido. Comprobó que nadie oyera y susurró: Pues la alcaldía. ¿La alcaldía? Sisarras, Patrón, la alcaldía de Sanjerónimo.

Válgame, Dios, se estremeció Cloncito. Pero no tengo billete pa' la campaña, volvió a murmurar Luisé. Alzaste los ojos al Creador. En el cielo había una nube en forma de 8. El Octágono, se apresuró Cloncito. Yo pago, don Luisé, no se afane. Casi se va de para atrás. ¿A mis espaldas? Sí, señor, sin que usted se dé cuenta de que un elefante entró a la sala. Ay, Pablito, digo, Ezequiel, Dios le pague. Dios, no, advirtió Cloncito. El paganini va a ser usted con contratitos de la Alcaldía. El que paga pa' llegar, cobra pa' quedarse. Bien dicho, dijo Luisé.

A la lata organizaron la tramoya. Reproche y un socio de traqueteos, Metronidazol, llegaron una mañana con el taxi repleto de quincalla: billete, banderines, afiches, cachuchas y camisetas con el eslogan *Hastamorir alcalde*. Start Fitzgerald repartió la parafernalia entre los transeúntes con un recorderis de antología: don Quiel se sentirá feliz (y agradecido) al saber que usted, estimada amiga o apreciado amigo, votará por el doctor Luis Emilio Hastamorir en las próximas elecciones de alcalde. ¿Vale? Pasacalles, carteles, folletos, calendarios con la foto de Luisé a caballo, carrieles de piel de nutria para los caudillos de barrios y veredas, billullo por kiltones. El Carebonito se lamentó. Estamos botando corriente. Fania, menos amarrada, dijo que era una oportunidad de negocios, siempre y cuando después enhebraran bien los contratos.

Los gamonales pusieron reparos. Luisé les parecía cuchísimo, bisoño, pasado de moda, mal polvo y poca leche. Ignoto, lo despreció una cacica de La Raya. El ignoto Luisé. Cloncito consiguió un Pequeño Larousse Ilustrado. *Ignoto, ta. Del lat. ignōtus 'desconocido'. 1. adj. No conocido ni descubierto.* Un puto N. N. Non Nominatus. Un equis ahí. No hay problema, dijiste. Le consignamos un par de milloncejos de pesos a la cabrona esa y santo remedio pa' la poca leche. Igual con otros garajes electorales. Luisé y vos se tomaron

fotos con cada incumbente en los cambalaches de plata. Porque sapos hay en todas las lagunas.

Ñopo Maturana, tocayo de los otros Ñopos, se hizo el digno. Era un mulato cuarentón, cultivador de uvas y cabecilla político de sí mismo. Yo no me vendo por unos denarios. Dolaretes entonces, reviró Cloncito. Primero muerto, pero nunca mamerto. Nosotros no somos mamertos, se desesperó Mingo. Ah, ¿no? ¿entonces qué vienen siendo ustedes? ¿Recogedores de café? ¿Monjitas de la caridad? Somos socialdemócratas sin partido. Ah, ya por eso. De todos modos, prefiero morir de pie a vivir de rodillas. Por favor, ¿aquí quién está hablando de morir? ¿O de matar? Como sea, no cuenten conmigo: yo soy libertario. Se despidieron de mano. Buenas tardes, Ñopito. Buenas tardes, Minguito. Le entregaste un cuadernillo con el proyecto de gobierno de Luisé. Hmm, farfulló y, sin pena ni gloria, lo arrugó.

Hicieron un mitin junto al busto de Tacho Yirardó. Start Fitzgerald, Reproche y Metronidazol arrearon gente. Ustedes qué quieren, parceros, ¿champán o aguapanela? ¿Plata o plomo? Confiscaron cédulas. Voten por *Hastamorir alcalde* y se las devolvemos después. Luisé se tomó fotos con campeches ásperos o piadosos, se abrazó con las putas de Leticia, cargó culicagaos y, siguiendo el ejemplo de Start Fitzgerald, no dijo ni mu.

En esas apareció Ñopo Maturana. En una esquina al frente de la iglesia había un chuzo de mala muerte. Ahí se instaló y pidió una Pilsen helada. Ibas a saludarlo. Mingo te agarró del codo. No, padrino, que sufra. A lo bien. Unos panas de Ñopo empezaron a aclamar a su candidato. *Gane o pierda, Maturana*

*gana*. Se callan o los callamos, chilló Cloncito. ¡No pasarán! Start Fitzgerald no aguantó y mandó a su socio.

Metronidazol mostró el cobre. Abofeteó a Ñopo, un sopapo por cachete. ¡Negro ni mi caballo porque de noche me espanta! Gritos, puños, patadas. ¡Mera hecatombe!<sup>34</sup>. Los refuerzos de Start Fitzgerald, una docena de jayanazos, sacaron rulas y machetes o peinillas y patecabras. Ñopo Maturana llamó a la Policía. Cuatro carabineros bajaron desde el comando y se asomaron al bonche. Todo bien, señores agentes, dijo Start Fitzgerald en un exceso de locuacidad mientras el combo de Metronidazol levantaba a puntapiés a los ñeros del otro bando. Reproche aflojó una lana. Los policías volvieron al cuartel. Peace and love.

6.402 votos por *Hastamorir alcalde* y 552 por *Gane o pierda, Maturana gana*. Victoria. Mayorías silenciosas. Colombianos de bien en acción. Sanjerónimo será el nuevo Mónaco de Colombia, proclamó Luisé, en el umbral del Palacio Municipal. Lo aclamaron con sevicia (sic). Uff, siquiera no tuvimos que usar motosierras, se complació el beato Cloncito.

---

<sup>34</sup> Del lat. *hecatombe*, y este del gr. ἑκατόμβη *hekatómbē*. **1.** f. Mortandad de personas. **2.** f. Desgracia, catástrofe. **3.** f. Sacrificio de 100 reses vacunas u otras víctimas, que hacían los antiguos a sus dioses. **4.** Sacrificio solemne en que es grande el número de víctimas.

*Diccionario de la Lengua Española*, 2014.

Al día siguiente de la posesión, Luisé diligenció el primer contrato. Hecatombe S.R.L., una empresa fantasma de Cayetano en Metrallín, ofreció bruñir la estatua de Tacho Yirardó, cambiar las bancas, podar y abonar las matas, remodelar los andenes, arreglar la fuente, peinar a los leones, alimentar a las palomas y reciclar la basura del parque. A un costo imperceptible: casi la mitad del presupuesto municipal.

Nadie protestó o denunció. Ni Ñopo Maturana ni Orfa, tan pulcra ella, ahora Primera Dama. Mingo, ya adulto, supervisó las obras. En menos de un mes, el parque era un adefesio más feo que el anterior. Vamos bien, se frotó las manos Cloncito. El Carebonito los apuró por más contratas. Entonces cerraron negocios o negociados en Sanjerónimo, Sopetrán, Santa Fe de Antioquia y pueblitos vecinos. La corrupción es contagiosa, aun en sus justas proporciones<sup>35</sup>.

Entonces Luisé se concentró en su boda.

“Orfamay Hastamorir Aguirres y José de la Buenaventura de Domingo Hastamorir se complacen en participar a usted(es) el matrimonio de su hermano y tío abuelo Luis Emilio Hastamorir Aguirres con la señorita Eleuteria Rendón, ceremonia que tendrá lugar en la iglesia Nuestra Señora de Las

---

<sup>35</sup> Modus operandi. Dar plata a políticos y después recuperar el billete gastado (*¡invertido!*): adiciones a contratos, exenciones, subsidios, créditos, compras ficticias, cobro por bienes y servicios no prestados, sobreprecios en mano de obra, concesiones del alumbrado público y el matadero municipal, alimentación y transporte escolar. Gana-gana.

Candelas de Sanjerónimo del Apocalipsis el viernes 19 de marzo de 2004 a las 5 a.m. Admisión estrictamente reservada."

Eleuteria acababa de cumplir 69 años. Parecía una momia chibcha sin narigueras ni poporos. Sufría artritis reumatoide en las manos, llenas de pecas y manchas. Además, padecía el calvario de unas várices mal cuidadas. Usaba gafitas con marco de oro, como Clamidia, pero no veía ni culo. Vivía en una casa a mitad de Calle Larga y no le faltaba nada gracias a Luisé. En el solar tenía una pocilga con marranos monos. Orfa la quería como a una hermana y Mingo le decía tía Eleú. Los novios te pidieron que fueras su padrino.

La noticia se regó como pólvora. Llegó a las orejas de varios lambericas de prensa, radio y televisión en Metrallín. Fania llamó alarmada. ¿Se va a casar el dueño de la finca y vos no nos contás nada? Dueño, compadre y amigo. ¿No te estarás encaprichando con ese pueblo cagado, mor? Primero te enfermás de mal de vereda, después te metés en política y ahora vas a apadrinar a un outsider. ¿Un qué? Un intruso, un desconocido, un forastero. Estás equivocada: aquí el forastero soy yo. ¿Estoy invitada? Negativo, se anticipó Cloncito.

La penumbra de la madrugada disipaba el rocío sobre las hojas del icaco. Destellos de luz se colaban por entre las palmas del solar. Gallopinto probaba su quiquiriquí con la persistencia de un pordiosero. Orfa empezó a mover trastos para despertar a los hombres de la casa.

Mingo, ya un muán de veinte años, estudiante a distancia de Derecho & Ciencias Políticas, abrió el portón del solar, peló la primera mandarina, silbó con estridencia y llamó a las vacas para un ordeño tempranero. Nevado, achacoso como Bolívar en la Quinta de San Pedro Alejandrino, ladró desganado y se sentó a esperar la salida del novio. Clamidia, Dominica y vos se metieron a la bañera de brocatel para un chapuzón de entrada por salida. Todos juntos salieron por la novia.

Afuera parecía domingo de Pascua: banderas tricolores y verdolagas, arcos de flores, ramilletes de azucenas y rosas amarillas, altares con pirámides de cirios. Metiches desde La Raya hasta el parque. Se asomaban con los ojos salpicados de sueño o sonrisas de enhorabuena para Luisé, alcalde hasta morir. Frente a la casita de Eleuteria estaba la papayera de Sanjerónimo, un montón de cuchos, copetones desde las cuatro y media.

Pediste *Las Mañanitas*. No es el día, Patrón, contestaron entre risas. Y eso que pagabas la rumba. Arrancaron a tocar *Flor de azalea*, de Zacarías Gómez Urquiza y Manuel Esperón, no en la voz atigrada de Jorge Negrete sino

con la ronquera de Benito Juárez Segundo, peluquero, cronista de nativas, librero de segunda.

*Como espuma*

*Que inerte lleva el caudaloso río*

*Flor de azalea la vida en su avalancha te arrastró...*

Esa es la canción de Sanjerónimo, se animaron Orfa y Mingo.

*Quisiera ser*

*La golondrina que al amanecer*

*A tu ventana llega para ver*

*A través del cristal...*

Eleuteria caminó lacrimosa, titilante en la alborada y dio las gracias con un par de pestaños de vieja doncella en flor.

La banda los siguió: velas, globos de papel y antorchas de petróleo. ¡Vivan los novios! Voladores y pabellones en el cielo oscuro. En la puerta de la iglesia estaba la delegación de Medallo: el Carebonito, Fania Eugenia, Start Fitzgerald, Metronidazol y Reproche: vestidos de cachaco. Fania parecía la novia, con un brevísmo traje veraniego. Ese huevo todavía quiere sal, renegó Cloncito aflojándose el corbatín. Cogiste del brazo a Eleuteria Rendón. Avanzaron por entre el gentío. Una falange de camarógrafos, reporteros de radio y escribidores se agolpaba en el atrio. Orfa se indignó. ¡Respeto, por favor!, gritó y empujó a unos fotógrafos. ¡Déjenlos en paz! Más los acosaron. En la iglesia no cabía un alma. Al pie del altar, muy tieso y muy majo, esperaba Luisé, pálido de pesadilla, en un frac alquilado y con una banda de burgomaestre terciada desde un hombro. Eleuteria volvió a pestañear con vetusta coquetería.

Ella y vos recorrieron el pasillo. La papayera arremetió de nuevo con la flor de azalia. Te sentiste bendecido por la gracia de un nuevo amanecer. *Si naciste pa' martillo del cielo te llueven los clavos.* La vida es un soplo. El padre Gregorio Jiménez, a quien nadie se atrevía a decirle Ñopo como a los demás Gregorios del pueblo, los apuró con una seña. El gesto se te pareció a los modales de los forzudos de la DEA cuando montaban a los extraditables en el vuelo a USA. Pensaste en el pobre Cloncito, transferido al más allá sin previa

expatriación a una mazmorra en North or South Carolina. Sentías su presencia, embutido en las veinte varas de lienzo de la levita.

Eleuteria estaba vestida con una batica de medio luto, alforzas en las mangas, decoro de cabo a rabo, modestia de principio a fin. Luisé la acogió con una sonrisa. Cuídala mucho, dijiste, y pusiste las manos pecosas de la cuchita en las manos callosas del cucho. La algarabía se acalló cuando la banda borracha volvió con la canción de Negrete en la voz de trueno de Benito Juárez Segundo.

*Pero al salvarte*

*Hallar pudiste protección y abrigo*

*Donde curar tu corazón herido por el dolor...*

La misa empezó a las 5:45 a.m. en punto. Los rayos del sol se escurrieron por las claraboyas del techo y se encharcaron sobre las baldosas del piso con su incolora y engreída luz. El padre Gregorio, un sardino buenmozo de la vereda Hoyo Rico, despachó el canon sin incurrir en errores. Hablad ahora o callad para siempre, tronó. Nadie dijo nada. Suavizó el tono: Hermanos y hermanas, hablen ahora o callen para siempre. Fania codeó al Carebonito y Metronidazol le cuchicheó una obscenidad a Reproche. Repito por tercera y última vez, hablad ahora o callad para siempre.

Entonces un arcángel aleteó...

Una cuchita sesentona, sentada en las bancas de adelante, se puso en pie, alzó una mano y pidió la palabra. Hablo ahora para no callar por siempre, gagueó. También vestía de medio luto como Eleuteria, menos cajeteada. Padre

Gregorio, farfulló, yo soy Purificación Areiza, Purareiza, la verdadera y única mujer de Luis Emilio...

Se hizo un silencio pre Big Bang. En seguida estalló la escandola más escandalosa. ¡Puta! ¡Zunga! ¡Perra canequera! ¡Zorra saltatapias! ¡Sacrilegio! ¡Blasfemia! ¡Silencio!, puñeteó el padre Gregorio sobre el altar. La cucha no se amilanó. Tengo sesenta años, dijo. Nací en mil novecientos cuarenta y cuatro en la Loma de Los Ciegos, vereda de Pantanillo, acá en Sanjerónimo. Los improperios arreciaron. Gregorio pegó otro puñetazo. Eleuteria se desfiguró. La cogiste por un codo, pues Luisé estaba turulato. Yo soy la hembra de Luis Emilio desde los catorce años, hace ya casi medio siglo, balbuceó Pura Areiza. Orfa agarró a Eleuteria por el otro brazo, y entre ambos la sostuvieron.

El padre Gregorio, Ñopo Jiménez para los escasísimos ateos, masones o agnósticos de la parroquia, se desgañitaba. Con cólera batió un incensario. El recinto rebosó de palosanto, toses, estornudos, náuseas. Purareiza reanudó su memorial. Tengo un hijo con Luisé. Se llama Manuel Areiza. Va a cumplir cuarenta años y no vino porque es muy orgulloso. Tiene cuatro hijos con tres mujeres distintas, de tal palo, tal astilla.

Las reporteras de televisión se arañaron con brutalidad, los camarógrafos pujaron por acercarse a la cucha, los invitados no creían ni lo que oían ni lo que veían, el padre Gregorio se encrespó como Moisés con las tablas de la ley. Luisé nos ha sostenido todos estos años, tartajeó Purareiza. Nada nos ha faltado. Él es mi varón y yo soy su hembra.

Sólo te pido, querido Luis Emilio Hastamorir Aguirres, que dejemos de mentir y que vivamos juntos como Dios manda, concluyó Purareiza. Se acalló el bullicio. Luisé se santiguó. La hora llegada, farfulló. Agachó la cabeza, se persignó, dio la espalda a Eleuteria, bajó del altar en par zancadas, cogió a Purareiza por la cintura y salió de la iglesia. Orfa y Mingo se quedaron súritos. El Carebonito, Fania Eugenia, Start Fitzgerald, Metronidazol y Reproche miraron desconcertados. Todo vale verga en este mundo de mierda, dijo Cloncito en voz baja.

Entre el humero lograste divisar a Luisé montado en La Pizarra con Purareiza al anca. Benito Juárez Segundo los despidió, cómo no, con *Flor de azalia* cantada a capella. La batica de medio luto se desvaneció en la perfección de la mañana.

El Enemigo Malo replegó sus alas.

Volvió la cadencia ineluctable de la vida.

***Lo que tiene que pasar, pasa***

Respuestas de don Ezequiel Benavides Ayala, benefactor de *El Sanjeronimita*, al cuestionario Marcel Proust (Domingo 20 de julio de 2008)

| <b>Preguntas</b>                         | <b>Respuestas</b>                   |
|--|-------------------------------------|
| El aspecto principal de su personalidad  | Nunca mostrar miedo                 |
| La cualidad que más admira en un varón   | La lealtad a prueba de balas        |
| La cualidad que más admira en una hembra | El silencio                         |
| Su principal característica              | La constancia                       |
| Lo que más aprecia en sus amigos         | Obediencia pronta e inmediata       |
| Su principal error                       | Desconfiar de mí mismo              |
| Su ocupación favorita                    | Hoy, la hamaca. Antes, el polvorín. |

|  |  |
|--|--|
| Su sueño de felicidad                          | Hacer lo menos posible   |
| ¿Cuál sería su mayor infortunio?               | Fueron los balazos que mataron a mi partero del alma, Héctor Fabio Baena Callejas, Cloncito.                           |
| ¿Qué le gustaría ser si no fuera lo que ya es? | Escritor de novelas policíacas   |
| ¿Dónde le gustaría vivir?                      | En dos partes al mismo tiempo, Envigado, Antioquia, mi patria chica, y Sanjerónimo del Apocalipsis, mi patria adoptiva |
| Su color favorito                              | El rojo de la sangre azul  |
| La flor que más le gusta                       | La flor de azalia  |
| Su pájaro favorito                             | La golondrina  |
| Sus autores favoritos en prosa                 | Mario Puzo.  |
| Sus poetas favoritos                           | Los poetas son jartísimos.   |
| Sus héroes favoritos en ficción                | Vito Corleone, en <i>El padrino</i>  |

|                                   |                           |
|-----------------------------------|---------------------------|
| Sus heroínas favoritas en ficción | Ninguna. Hasta el momento |
| Su compositor favorito            | José Alfredo Jiménez      |
| Dicho o frase que lo caracteriza  | ¿Champaña o aguapanela?   |

Respuestas de don José de la Buenaventura de Domingo “Mingo” Hastamorir al cuestionario Truman Capote en *El Sanjeronimita* (domingo 17 de agosto de 2008)

—**Si tuviera que vivir en un solo lugar, sin poder salir jamás de él, ¿cuál elegiría?**

—Sanjerónimo del Apocalipsis, ¡Antioquia!

—**¿Prefiere los animales a la gente?**

—Conozco gente muy animal.

—**¿Es usted cruel?**

—Cuando chiquito le metía candela a unas icoteas de la finca de mi padrino Luis Emilio Hastamorir. Pero fue sin querer.

—**¿Tiene muchos amigos?**

—Más les vale...

—**¿Qué cualidades busca en sus amigos?**

—Honestidad y modestia.

—**¿Suelen decepcionarle sus amigos?**

—¿Sabe algo que yo no sepa?

—**¿Es usted una persona sincera?**

—Cuando me dejan.

—**¿Cómo prefiere ocupar su tiempo libre?**

—Batiendo huevos de gallo.

—**¿Qué le da miedo?**

—El más allá.

—**¿Qué le escandaliza, si es que hay algo que le escandalice?**

—La displicencia de María Auxiliadora.

—**Si no hubiera decidido ser lo que es, ¿qué habría sido?**

—Oficial de detective.

—**¿Practica algún tipo de ejercicio físico?**

—Mojar la mecha (Carcajadas homéricas).

—**¿Sabe cocinar?**

—Hervir agua.

—**Si *El Sanjeronimita* le encargara escribir un artículo sobre «un personaje inolvidable», ¿a quién elegiría?**

—Dos. Mi padrino Luis Emilio y don Ezequiel Benavides Ayala, mi otro padrino.

—**¿Cuál es la palabra más llena de esperanza?**

—Coito.

—**¿Y la más peligrosa?**

—Diarrea.

—**¿Alguna vez ha querido matar a alguien?**

—Siguiente pregunta, amiguito.

—**¿Cuáles son sus tendencias políticas?**

—Reformista sin partido.

**—Si pudiera ser otra cosa, ¿qué le gustaría ser?**

—Maestro de Justicia de Qumrán.

**—¿Cuáles son sus vicios principales?**

—La paja.

**—¿Y sus virtudes?**

—La procrastinación.

**—Imagine que se está ahogando. ¿qué imágenes le pasarían por la cabeza?**

—Mamá Orfa dándome leche de magnesia Philips en un pocillo de peltre en el corredor de la casa de La Contraria del Pueblo, acá, en Sanjerónimo.

Orfa te mostró la cédula. Nació en 1933: apenas tenía 71. Usted no está tan cucha, doña Orfamay. La procesión va por dentro, don Quiel. La fuga de Luisé con Purareiza la hirió en lo más puritano de su alma biliosa y la mortificó hasta morir, valga la redundancia. No volvió a mentar al hermano traicionero ni a su moza vil. Prohibió hablar de ellos. Son una vergüenza para los Hastamorir Aguirres. Una bofetada al abolengo de esta casa. Mingo y Nevado lloriquearon. Hasta La Pizarra, vagabunda en los pastizales, extrañaba al viejo. Quiero que mi cuñada viva con nosotros, se pronunció Orfa. ¿Cuñada?, se intrigó Cloncito. Eleuteria Rendón es y será mi cuñada por siempre. Sí, que venga la tía Eleú, dijo Mingo, bañado en lágrimas de icotea.

Eleuteria se instaló en la casa con sus pertenencias: una maleta de la talabartería de Ñopo Miranda, baticas de medio luto, mantillas negras de seda, zapatones de cuero y dos libracos, la Biblia y un devocionario de Don Bosco. Orfa dispuso para ella la pieza contigua al comedor, tan grande como la casa en que Eleú vivió los casi sesenta años de su noviazgo. Ay, Orfamay querida. Este rancho es su rancho, tía, sollozó Mingo, propenso al lloriqueo o al sarcasmo. Consolaste a la novia no robada. Todo saldrá bien, prometiste como en las películas gringas.

Vivir es cambiar.

Pillo sin escrúpulos, te fuiste transformando en un ser de luz.

Las aguas lustrales del insilio te purificaron y reconciliaron con la existencia.

*Arriesgando la bolsa y la vida*, le confesaste tu pecado a Orfa. Te arrodillaste: Yo soy el que soy, y no puedo ser otra cosa, misiá Orfamay. Yo soy Pablitoescobar. ¿El famoso Pablitoescobar? El mismo que suena y truena, confirmaste, paladín es paladín. Pensaste que te iba a escupir con saliva espesa. Frotó las manos en el delantal y se arrodilló. *Bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos*, proclamó. Cloncito le vio el aura, un arcoíris al revés.

Entrelazaron las manos en una alianza nueva y eterna. Después te bendijo con la Oración del Niño Jesús de Atocha, *astro divino de excelsa majestad, te saludo y adoro y te suplico me dispenses tu clemencia*. Lloraron un rato. Bienvenido a esta sagrada familia.

Permiso para hablar, Patrón, dijo Start Fitzgerald. Te desperezaste en la hamaca, estiraste los brazos y abriste un ojo. ¿Qué pasa, home Estar? Es que me encoñé con Deisy, Patroncito. ¿Con quién? Con Deisy Espinal, la mesera de Leticia. El amor es un invento del imperialismo yanqui, se carcajeó Cloncito. Le pido permiso para traérmela a vivir en el caney, balbuceó Start Fitzgerald, su frase más larga en años. ¡Ay, juemíchica! Ni Orfa ni Eleuteria pusieron problema. Ese muchacho es un ángel.

A Deisy le convenía el machuque con Start Fitzgerald. Se veía menos granujosa, menos granujienta. Las piernas ya no parecían tan cascotas. Las uñas, ya no verdes escopolamina sino rojo ají pajarito, relucían en los dedos rollizos. Tu otro angelito de la guarda, aunque embarnecidio por culpa de la vida sedentaria, aún conservaba la marrulla indígena, la agilidad y la puntería de tiro fijo. ¡Qué parejita tan linda!, los abrazó Orfa. A Eleuteria se le escaparon unas lagrimitas. Deisy le estampó par de besotes a las cuchas y se fue a arreglar el tálamo.

Pagaste otras reformas, a riesgo de cagarte el cambuche. Ampliaste el comedor: un deck sobre el solar y el gallinero. Hiciste una piscina, doce metros de diversión. Le pusiste baños al caney y a la pieza de Eleuteria. Cogiste goteras y arreglaste el techo, desgastado por la virulencia del clima. Exterminaste ratas, cucarachas, alacranes, alacrancitos. Adaptaste una pieza

como jardín infantil y en un cobertizo adecuaste estanterías para los libros de Mingo, narcotizado por la lectura. Orfa, Mingo, Eleuteria Rendón y Nevado de Bolívar. Start Fitzgerald y Deisy Espinal. Clamidia, Dominica, Nefertiti y vos. Nefertiti era la gata de Clamidia<sup>36</sup>. Tres familias distintas y un solo clan verdadero.

Hogar dulce hogar.

Si vamos a volvemos decentes, apresurémonos con las hecatombes, aconsejó entonces el Carebonito. Es propio, dijiste. Enriquecerse es glorioso, aportó Mingo. No lo digo yo, ni más faltaba. Lo afirma Deng Xiaoping.

¿Te acordás del periódico de Carlitos?, preguntó entonces Cayetano. Clarísimo. *quIndio Libre*. Una porquería. Basura de basuras. Burrada tras burrada. Sea como sea, ese periódico es un ejemplo por seguir, trató de conciliar el Carebonito. ¿Qué proponés, home? Crear Nueva Hecatombe S.R.L., comunicaciones integrales.

---

<sup>36</sup> Y un violonchelo. Porque Clamidia estaba enamorada de ese instrumento. Tocaba zarabandas y bournés de J. S. Bach. Madrugaba a ensayar todos los días a las 5 y media en el corredor del solar. Repetía los mismos errores y no se dejaba ganar por los quiquiriquíes de Gallopintico y Truhan, nietos de Gallopinto. La oías boquiabierto sin entender nada. Dominica le seguía el ritmo con sus manitos de mazapán.



Y un emprendimiento para hotelería y turismo, transporte terrestre, aéreo y/o marítimo. Tercera Hecatombe S.A.

Estamos condenados al éxito, pronosticó Cayetano.

¿Se entiende? Tres hecatombes.

1) Hecatombe S.A.S: obras públicas.

2) Nueva Hecatombe S.R.L.: mera logia a lo *propaganda due*.

Y 3) Tercera Hecatombe S.A.: logística etcétera.

Inflaban los presupuestos hasta topes inconcebibles. Ejemplo: para la repavimentación de la carretera vieja al río Cauca, transitada sólo por nostálgicos del canto de chicharras, plantearon una obra faraónica: pavimento impermeable, puentes, señalización electrónica, paraderos biotérmicos, viaductos, túneles en un terreno casi plano. Mingo, alcalde suplente hasta morir, aprobó las obras. Él mismo supervisó los trabajos, interventor ad hoc y ad honorem, atentísimo a las consignaciones en las cuentas de Hecatombe S.A.S. para desde ahí transferir a los bancos del Octágono.

Nadie vio nada, nadie oyó nada, nadie dijo nada. Poquísimos carros rasguñaron la vía, ninguna flota a Urabá se metió por ahí, ninguna jaula de ganado anduvo por esa trocha. Papaya partida, papaya comida, dijo Cloncito. Cayetano recomendó que asfaltaran hasta el Puente del Paso, a la entrada de Santa Fe de Antioquia. Enriquecerse es glorioso, reiteró Mingo.

Al cabo de unos meses se anunció en privado que el proyecto, como el país, era inviable por falta de licencias ambientales, erosión de las tierras, deterioro de la biosfera. Nadie devolvió el billullo. Cada incumbente se contentó con la porción alícuota del botín<sup>37</sup>. ¡Peculado por apropiación a favor de terceros agravado y contrato sin cumplimiento de requisitos legales! Mea culpa, se languideció Cloncito, pero sin arrepentimiento.

Hecatombe S.A.S extendió operaciones al valle de Aburrá bajo la gerencia de la doctora Fania Eugenia Montoya Celis. Obras por valorización o por asignación a puro dedo. Ampliación de contratos. Créditos a contratistas solventes y en problemas. Falsas indemnizaciones a vecinos seudo afectados. Créditosgota a gota. ¿Champaña o aguapanela? ¿Plata o plomo?

Nueva Hecatombe S.R.L.: darse bomba no es pecado ni delito. Fania encontró un *quIndio Libre* en el closet de Héctor Fabio. Y un ejemplar de *Medellín Cívico*, el pasquín de Hernando Gaviria Berrío, tu tío mamerto y materno.

---

<sup>37</sup> parte alícuota. f. parte que es divisor exacto de una cantidad o número. 3 es parte alícuota de 12.

*Diccionario de la Lengua Española*, 2014.

# **MEDELLIN CIVICO**

DIRECTOR:

**HERNANDO GAVIRIA BERRO**

SUBDIRECTOR:

**CARLOS VELASCO**

RELACIONES PUBLICAS: **ANTONIO HENAO**

Teléfono: 49 12 24 — Apartado Aéreo 5973

En BOGOTA: Director **EDUARDO BOTERO**

Oficina: Carrera 19 N° 22-05 — TELS: 44 11 11 y 81 39 56

editorial uryco - calle 50 (coiombia) n° 56b-15 - tel: 425669 - med.

## ***Editorial***

Los periodicuchos amenazaban con desbaratarse entre los dedos. Son derelictos, murmuró Mingo. ¿Derrequé?, preguntaste. Buques abandonados en el mar. Cloncito y Fania suspiraron al unísono. Estos pasquines son unos adefesios, dijo Mingo. Vos de dónde sacás tantas palabras raras, ¿ah, parce?, se enojó el Carebonito. De los libros, Caye. Adefesio quiere decir despropósito o disparate o extravagancia. ¿Se pueden mejorar? Sí, hacemos benchmarking. ¡Por favor!, renegaste. Tenemos con qué, se animó Cayetano. Hagámosle, pues, dijiste. Conozco al sujeto idóneo, dijo Mingo. Otra palabrota, suspiró el Carebonito. Tanta leedera nos va a meter en problemas, seguro, parce.

Mingo se refería a Benito Juárez Segundo, peluquero, traficante de libros leídos, fotógrafo amateur, cronista de nativas. ¿Se acuerdan de él? ¿El

tenor de la banda borracha cuando la boda fallida de Luisé y Eleuteria Rendón?

Sipi. El de la flor de azalia, confirmó Cloncito.

Benito Juárez Segundo no era enano como su homónimo mexicano.<sup>38</sup> Era altísimo, escuálido, careplancha. Seco pero simpático. Yo creo que es gay, los previno Cloncito. Nosotros somos adanistas, dijo Mingo. ¿Cómo fue?, se volvió a emputar Cayetano. Hacemos las cosas como si nadie las hubiera hecho antes. ¿Eso somos?, se enterneció Fania. ¿De verdad verdad? Es el dueño de la peluquería La Esperanza Beat, añadió Mingo.

Decidieron sondarlo. Cuando llegaron al salón de belleza en una callejita por la trastienda de la Hostería Los Cedros, Benito Juárez Segundo estaba ocupado con el corte de una muchachita. Siéntense, por favor, los invitó con su voz aseñorada de cantor en brasas.

Era un local rectangular, dividido en mitades, a la derecha la peluquería y al otro lado la librería de libros viejos, sin nombre, quasi incógnita. Montones de volúmenes cacrecos, apilados en un orden sólo reconocible por el librero, libros ya hojeados u ojeados, libros y más libros y más libros<sup>39</sup>. La peluquería sí parecía un nido de amor. Espejito, espejito, dime quién es el más bonito. Benito Juárez Segundo vestía de azul Agustín Lara.

---

<sup>38</sup> No más latinajos, ¡puta madre!, rugió el Carebonito. Por los clavos de Cristo...

<sup>39</sup> ¿Para qué los libros,

para qué, Dios mío?

Si este amargo libro de la vida enseña,

Que el hombre es un pobre

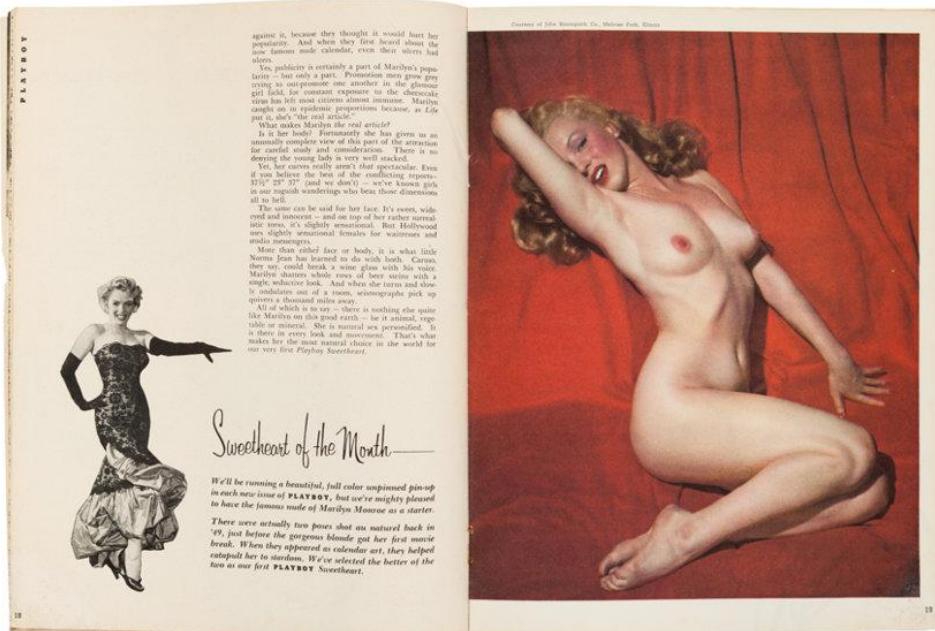
Pedazo de leña

Que arrastra en sus ondas, fugaces el río.

¿Para qué los libros, para qué, Dios mío?

Ricardo Nieto.

Se pusieron a ver revistas, *Cromos*, *Vanidades*, *Cosmopolitan*, crema y nata de la frivolidad. Sería dichoso si pudiéramos hacer algo así, suspiró Mingo y mostró las páginas de una *Semana*. En cambio, a mí me encantaría que el periodiquete fuera así, dijiste:



Imaged by Heritage Auctions, HA.com

La clienta se revolcó el pelo, sonrió al espejo, pagó y se fue. ¿Para qué soy bueno, caballeros?, preguntó Benito Juárez Segundo. ¡Mucho marica este maricón!, se destempló Cloncito. Mingo expuso el negocio. La cara langaruta del peluquero se adelgazó un poco más. Carraspeó, pestañeó (no parpadeó, eso es pa' varones), tomó jugo de tamarindo, pestañeó de nuevo y dijo que lo iba a pensar. Si no es mucha molestia, desde luego. Desde luego.

Una semana después volvimos a La Esperanza Beat. Benito Juárez Segundo abrió un portátil Toshiba, se sentó en la silla principal, aclaró la garganta y confesó que toda su vida había soñado con la oportunidad de hacer algo nunca antes visto en aquel pueblito. Algo contra mojigatos, rezanderas,

machos, cabrones, montañeros, borregos... Calmate, ventarrón. Algo subliminal. Ay, no, otro Mingo, se ofuscó Cloncito. Estoy mamado de tantos sabihondos

Lo nunca antes visto era *El Sanjeronimita*. ¿El qué?, cojeó Cloncito, que ese día sólo quería poner pereque. Mingo y vos miraron a Benito Juárez Segundo con perplejidad. Ese es el gentilicio de los nacidos en Sanjerónimo del Apocalipsis, Antioquia. La voz engolada del tenor los hipnotizó. Desplegó un dummie.

El periódico, semanal por ahora, traerá foto reportajes y crónicas sobre la vida de la gente sencilla, explicó. ¿La vida de quién?, lo interrumpiste. Los pobres, don Ezequiel. El editorial saldrá en primera página. Y entrevistas a celebridades. Alternaremos dos interrogatorios clásicos del periodismo universal.

Primero usaremos el cuestionario Proust, unas preguntas a Marcel Proust en 1924. No tenías ni puta idea de quién era el tal Prus. De un papirotazo Mingo te espantó el capote: Yo estoy leyendo *El mundo de Guermantes*, tercer tomo de su auto ficción. El peluquero asintió satisfecho. Y usaremos el cuestionario Truman Capote, de 1972. Mingo inclinó la cabeza. Cloncito bostezó de mal talante. Yo me encargo de todo, concluyó Benito Juárez Segundo. Es propio, articulaste en medio de la hipnosis. Mingo estaba descrestado. ¿Cuándo arrancamos?, preguntaste. Lo más pronto posible. ¿Qué vas a hacer con la peluquería y la librería, ah?, dijo Mingo. Dios proverá.

A su manera, Cayetano y Fania cayeron bajo el maleficio del tenor. Cuadraron preproducción, producción y postproducción con una litografía en Metrallín. Distribución gratuita. ¿Gratuita?, se alarmó Cloncito. Es propio, contestó el Carebonito. Así canalizaremos unos dinerillos. ¿Canalizar? Lavar, hermanolos. *El Sanjeronimita* será lo que tiene que ser, una lavandería.

El debut fue el siguiente 20 de julio, Grito de Independencia. Benito Juárez Segundo se fajó un editorial farragoso, plagado de latinajes y eufemismos: ubérrimo, hebdomadario, pulquérrimo, defenestraciones, revolución molecular disipada, ecuanimidad, adláttere y homo sus (sic). Te entrevistaron con el cuestionario del tal Prus, preguntas berraquísimas de responder, incluso con la ayuda del mismísimo ahijado, Mingo de tu corazón.

No era viernes como en 1810 sino domingo. Muy temprano en la mañana, Reproche y Metronidazol despertaron al pueblo con tandas de voladores y pabellones de la más rancia estirpe paisa: mucho ruido de trueno, pocas nueces de colores. Start Fitzgerald y Deisy salieron a repartir el periódico. No rindió. Mandaron por una nueva camada y después por otra. Yo les dije, dijo Cayetano. Estamos condenados al éxito, como los publicistas de antaño. ¿Antaño?, rugió Cloncito. A este se le pegó la güevonada de Mingo.

Alquilaron un galpón al frente del Hospital. Escritorios, archivadores, computadores, una máquina para picar papel, una greca, un frutero con mangos y mandarinas. A dar bomba, pues. Publicaban *renders* de obras ilusorias. Anunciaban inauguraciones de caminos vecinales a los putos desbarrancaderos de las veredas. Escribimos contra todo, menos contra nosotros mismos, proclamó Benito Juárez Segundo en un arranque de sinceridad.

A riesgo de perder amigos y/o ganar enemigos, glorificaron al Presidente Eterno, primo lejanísimo de Cayetano. ¡Eso es!, gritó Cloncito. Ese cuchillo es una joya, te excitaste. ¡Uribe, amigo, estamos contigo!, coreó Mingo. ¡Uribe, patrón, eres un varón! Benito Juárez Segundo, Mingo y vos se cogieron de las manos, bailaron en círculo alrededor del computador principal y cantaron con grande fervor ¡Uribe, paraco, eres un berraco! Cloncito eyaculó, creo.

En Santa Fe de Antioquia quemaron varios paquetes de *El Sanjeronimita*. Y en Sopetrán casi acuchillan a Metronidazol. Respondió con la ley del Talión<sup>40</sup> y apuñaló al agresor. Costó un billete sacarlo del calabozo. Enfrentó a la multitud delante del cuartel de policía. Alzó un puño y gritó ¡Viva Pablitoescobar! ¡Calle esa jeta, güevón, y váyase a ordeñar!, le gritaste, putísimo con el mundo entero. Start Fitzgerald, Reproche y Metronidazol bajaron la cabeza. El Carebonito se escurrió detrás del celular. Ay, mor, no te pongás así, rogó Fania.

Puñalada va, puñalada viene en medio de la mayor cordialidad, alcanzaron el poder y la gloria. Nos aclaman por doquier, recalcó Benito Juárez Segundo. Somos una *lavandería real bajo tierra*, exclamó Fania sin esclarecer el jeroglífico. Vamos muy bien, certificó el Carebonito.

Ir a la oficina del periódico se volvió un hábito profesional. Benito Juárez Segundo instituyó (!) una Reunión Diaria de Estrategia y Segmentación, REDES: lluvia de ideas, chismorreos, lectura (o escritura) de anónimos, quejas, reclamos, calumnias, refundación de la patria, descalificación de izquierda(s) y/o derecha(s), el sancocho más hijueputa. En un futuro no muy lejano a esto lo llamarán fake news, predijo Cloncito con su bonhomía ultraterrena.

Benito Juárez Segundo era incansable. Y audaz. Hagámosle bulla a la comunidad LGTBI, propuso. ¡Maricón!, se erizó Cloncito. Este tenorcillo sólo quiere a sus congéneres. ¿Cómo fue?, se sorprendió Mingo.

---

<sup>40</sup> <sup>23</sup> *Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida,*

<sup>24</sup> *oj por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie,*

<sup>25</sup> *quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.*

*Éxodo*, capítulo 21.

Publicaron un reportaje contra los cacorros del pueblo, encabezados por Ñopo Maturana, opositor a las hecatombes. Authentic fake news. *Aquí están, estos son los bujarrones*. No hubo que explicar la palabra, vaya vaya. Desde el púlpito el padre Gregorio Jiménez, Ñopo Jiménez los señaló de enemigos de la paz. ¡Lacras de alcantarilla!, matraqueó feroz. El que tiene rabo de paja, que no se arrime a la candela, reventó Benito Juárez Segundo. *El Sanjeronimita, prohibido para todo católico*, tituló en la siguiente edición. El empujón que nos faltaba para la fase dos, dijo en la siguiente REDES.

¿Fase dos?, se confundió el Carebonito. ¿Eso no es un club de estriptís en Medallo? ¿Vos lo conocés o qué?, chistó Fania. Es famosísimo, gagueó Cayetano con las manos en la masa. Por favor, se descompuso Benito Juárez Segundo. No estoy hablando de putas. No son putas, son estriptiseras, se autodefendió el Carebonito. Sí, confunda, pero no ofenda, se carcajeó Cloncito a lo lejos.

La fase dos eran Radio Yirardó FM y Radio Bárbula AM. Compraron una casa de dos pisos por los lados del matadero, una construcción de ladrillos y concreto al peor estilo de la arquitectura calentana. La primera Hecatombe se encargó de las reformas y la segunda pagó chan con chan. Por las ventanas del segundo piso se alcanzaban a ver la torre de la iglesia, los tejados, las copas de los tamarindos, los tanques de Eternit, las banderas en el cuartel de Policía. También se divisaban unas fincas que pronto serían avasalladas por el progreso, o sea, por la marcha irreparable del concreto, el asfalto y las varillas de hierro.

Pablito, mor, fijate, ahora damos empleo como si fuéramos emprendedores, se vanaglorió Fania. La neta, dijiste. En vez de un cartel de narcóticos ahora comandás un pool de empresas ficticias. Una nueva frontera. No más caletas, no más carrerones, no más dinamita, no más balazos.

Radio Yirardó FM y Radio Bárbula AM se volvieron las preferidas del occidente antioqueño. Recibían llamadas en directo, llantos o risas, denuncias, acusaciones, señalamientos, desahogos, catarsis de medianoche, chistes, chismes, asuntos parroquiales, la vida es fabulosa, pero... Ponían música caliente o fría, tangos, corridos, reguetón ton ton, merengue, salsa y, claro, a Darío Gómez, sanjeronimita ilustre, *nadie es eterno en el mundo*, despecho de despechos.

Las emisoras fueron otro golazo de Nueva Hecatombe S.R.L. Nada ni nadie nos detiene, suspiró Cloncito. ¿Ahora qué sigue?, le preguntaste a Cayetano. Tierra, agua, fuego, aire, los cuatro elementos. ¿Cómo fue? Prosigue lo siguiente, Cayetano se hizo el sibilino (sic). La Tercera Hecatombe S.A. ¿Te lo explico con plastilina?, terció Fania, insigne gerente. Ínclita *capitis*, remachó Benito Juárez Segundo.

Tercera Hecatombe S.A. no tenía ni visión ni misión. Ya pa' qué, chasqueó Cayetano. Queremos es lavar plata. El nuevo emprendimiento se encargó de moteles, hostales, campings, casinos. Y transporte terrestre, marítimo y aéreo. Compraron mansiones coloniales en Santa Fe de Antioquia, casonas alrededor de Sopetrán, Sucre, Olaya o Liborina, fincas en las

e stiraciones de las serranías o junto al río Cauca. Buses, camionetas, taxis, colectivos, lanchas, botes, ferries, avionetas, helicópteros.

¿Champaña o agua panela? ¿Plata o plomo?

***Si te ahorcan, siempre te recordaré***

*(Retratos hablados o reservas del sumario)*

## Orfa

Mamá Orfa no era fotogénica: cara de agriera, canas ceñidas al cráneo con una moña jurásica, ojillos recelosos. Pasaba por santa. Reía poco y rumiaba con altanería el abandono del marido, un carismático teniente coronel de la reserva que salió un domingo a comprar cigarrillos y no volvió jamás. Rezaba el Rosario como última rebeldía. Le habría gustado ser papisa en el Vaticano. Soy más dura que un rejo, decía, sin perdón ni olvido.

Acá en este retrato sobresale el icaco del pensil, cuya sombra cubre a retazos la cabeza de la matrona. Ella no tiene afán. Viste de medio luto, bata gris con botones negros y cuello de cisne. Se está secando las manos en un delantal de algodón: alza el mentón mientras soslaya la mirada del fotógrafo. Parece decir no se equivoque, caballero. Sin embargo, el semblante revela algo amoroso o tierno, una abuelita resentida y compasiva.

Cuando te volviste sanjeronimita, le propusiste que te vendiera la finca. Querías borrar el pasado con el plumazo de un notario, darle una vuelta de tuerca a tu vida, formar un hogar para Clamidia, Dominica y Nefertiti, olvidar lo fortuito y lo perverso. Orfa bajó los ojos, mera marrulla. ¿Usted pa' qué quiere este pedazo de tierra, ah?

Lo que pasa es que me gusta todo, dijiste. ¿Todo? El amanecer, los quiquiriquíes de los nietos de Gallopinto, el ordeño, las vacas, los terneros, el rocío en los totumos, las icoteas de la acequia, la quebrada, el río Aurra, la acidez de las grosellas, el olor de la boñiga fresca, la lisura de los pastizales, los trapiches, los caminos bajo guadales, cedros o piñones de oreja, los crepúsculos de telenovela, los rumores de las noches de luna llena, el sosiego del alma, todo me encanta, misiá Orfa.

Hagamos esto, dijo ella. Paseme la plata, ponga la finca a su nombre y déjeme vivir aquí con Mingo, Eleuteria y Nevado hasta que la muerte nos separe. Me parece justo y necesario. Se dieron la mano. El perro de Bolívar ladró satisfecho.

Orfamay atesoró los billetes debajo del colchón y vos te dedicaste al mantenimiento de la finca. Le cambiaste el nombre: no más La contraria del pueblo: ahora La buena ventura. Podaste el pensil, hiciste desmalezar la manga de Mingo, modernizaste la pocilga y ampliaste el gallinero con más gallinas en las perchas y otros gallos dormilones. Renovaste el techo de la casa, teja a teja, viga a viga, carcomido por el comején del arca de Noé.

Aunque en su lactancia les enseñaron que leer la Biblia era pecado mortal, Orfa y Eleuteria navegaban en las páginas menos áridas y más fantasiosas, José y sus hermanos, Sodoma o Gomorra, Moisés y las tablas de la Ley. Después de la siesta se sentaban en el corredor del solar. Orfa leía en voz alta y Eleuteria la escuchaba embelesada. Una tarde dieron con el Eclesiastés. *Hay un tiempo para todo, un tiempo para amar, y un tiempo para*

*odiar; un tiempo para la guerra, y un tiempo para la paz.* Ibas con Mingo a bañarte en la quebrada cuando las oíste. ¿Cómo fue?

La curiosidad mató al gato. Te acordaste de las Sagradas Escrituras de Héctor Fabio en el closet de su pieza. Pediste al Carebonito que con Reproche te mandara el libro. Al cabo de tres semanas y media estabas tan encarretado como las cuchas. Orfa sonrió sin separar los labios, un melindre de Gioconda andina tropical.

## Luisé

Luis Emilio Hastamorir Aguirres era como un poste del alumbrado, *vertical, inquebrantable, firme sobre roca, tormenta en el silencio, mansedumbre en la conjura.* Reservado o enigmático, severo y tenaz, férreo o sólido: patriarca estricto y ecuánime. Nadie dudaba de la justeza de sus decisiones.

Aquí lo vemos amañado en La Pizarra. La potranca tiene la cabeza erguida y la vanidad le chorrea por los ollares. Aunque brillan como el oro, los estribos son de cobre. La silla fue trabajada por Ñopo Miranda. Las riendas y el cabestro también pasaron por sus manos prodigiosas. Luisé está vestido para ir a misa: saco y pantalón de paño negros, camisa blanca, corbata negra, sombrero negro, flor de azalea en el ojal: indumentaria de tierra fría para el bochorno de esta calentura.

Parece un donjuán incomprendido. Ni una gota de sudor empaña su rostro mestizo, mitad mulato mitad chapetón, acostumbrado a la pleitesía y a la obediencia. ¿Por qué lo respetaban si era casi negro?, preguntarán los inexpertos. ¡Pues, hombe, porque era rico! Coca Cola mata tinto. Tiene las manos pecosas cruzadas con desidia sobre la cabeza de la silla: parece

resignado, como su hermanita Orfa. Sumiso o estoico. ¿En qué coños estará pensando?

Durante cincuenta y siete años, chan con chan, visitó a Eleuteria en su casita de novia perpetua: 684 meses, 2.964 semanas, 20.805 días, sin contar los 29 de febrero.

Un día escapó y no se supo más.

Dejó un baúl repleto de papeles viejos, partidas de bautismo, certificados de policía, minutas de terrenos en los confines del Llano de Aguirres, un árbol genealógico de los Hastamorir, fotografías de sus padres y abuelos, semi daguerrotipos de postergado linaje. ¿Por dónde andará? ¿Con quién montará a caballo? ¿Se llevó el revólver de bucanero sin bandera? ¿De qué vivirá?

### **Eleuteria Rendón.**

Aquí está la novia. Vestidito de medio luto, florilegio de azalias sobre un blanco lienzo de nubes, y cotizas de cabuya. Las piernas aguantan con estoicismo el atroz laberinto de las várices. Los codos nudosos y los brazos escuálidos despuntan en el apocalipsis del atardecer.

El sol poniente alcanza a tamizarse hasta el zaguán. Una mano sarmentosa en la barandilla de madera en el portón de su casita de solterona. Con la otra mano trata de protegerse los ojos. También está tratando de sonreír. El rictus desdice la intención de ocultar los dientes, ya desahuciados de tanto chupar panela. Con fijeza mira a la cámara en un anonimato ominoso o amargo. Tiene arrugas en la frente y en las mejillas, garabatos en la piel.

Inspira lástima, una piedad reprimida en la negrura del vacío. La imagen parece bucólica. Es un simulacro de desolación, el semblante de la precariedad de la vida pueblerina.

*Quisiera ser*

*la golondrina que al amanecer*

*a tu ventana llega para ver*

*a través del cristal.*

No se ven las jorobas de los marranos monos en la pocilga, ni la camándula en una muñeca ni la medallita de la virgen del Carmen terciada al cuello, no Shakirita de tus súplicas sino Carmen Tea, patrona de buseros, camioneros o chóferes del común.

Es difícil saber cuándo tomaron la foto. Quizás antes de la injuria. Después de aquel martirio se le amansaron los rasgos y la amargura resbaló con sus lágrimas. Se acuarteló en La buena ventura, y allí se quedó. No salía ni a la iglesia. Fe sin esperanza ni caridad. Orfamay y Mingo la querían *como quiere a las lágrimas la pena*. La cuidaban como a un chifonier antiguo. Luisé jamás le mandó recados de remordimiento.

## Pura Areiza

¡Puta Areiza! le gritaron en la madrugada de aquel 19 de marzo entre las bancas de Nuestra Señora de Las Candelas. No se acobardó: reclamó a Luisé con el mismo arrebato de las penumbras de su ranchito. ¡Él es mi varón! ¡Yo soy su hembra!

Esta es su foto de carné. Nativa de turbulenta belleza. Muñequita de ébano. O de caoba, para no exagerar. No se le distingue el organismo (sic): se percibe la densidad de la figura, torneada a punta de agasajos de la lengua y los dedos de Luisé, amo y señor de su puerta de jade.

La nariz es pulida y bien enrazada: mulata, india, mestiza. Se entrevera en el rostro con simetría. Los ojos almendrados y oscuros parecen canicas de pedernal. Miran sagaces o convincentes. De los labios, mejor ni hablar. Basta ver la esponjosa muequecilla, para saber que son mero engaño. La capul, azabache como la mirada, le tapa la mitad de la frente. Una chiquilla de la Escuela de Párvulas. Recatada o burlona. Díscola y mojigata. Arrogante o soberbia. Humilde y espontánea. La triste y cándida flor de azalia de esta comarca de tamarindos, badeas y totumos. Purificación Areiza.

Ojo al parche: la calle de atrás de la iglesia se topa con un portillo en el alambrado de la manga de Mingo. Entre un par de matarratones es un paso

para el ganado. Hace añares, una mañana neblinosa, Luisé salió por ahí montado en la mamá de La Pizarra y arreando un buey igualito a Pachochó. Sin desmontar, abrió el broche, arreó al capado y después pasó con la yegua. Una colegiala surgió por la callecita mojada por las lluvias de la madrugada. Quedó súbito. Hey, mocosa, farfulló casi sin aliento. Adiós edad, adiós dignidad, adiós gobierno. No le importó que Pura Areiza tuviera catorce años ni que viviera casi a gatas con la mamá (Santos Areiza) y una hermanita boba (Paloma) en un rancho de bahareque y techo de paja enfrente del portillo de la manga de Mingo. Buscó en la alforja y sacó unos chicles bomba. Vea, niña, tome pa' que se entreteenga. La chiquilla sonrió y agarró el regalo. ¿Pa' dónde va? Iba para la escuela, pero ya no. ¿Y eso? Ahora voy pa' donde usted mande, patrón. La montó al anca, soltó al buey en la manga y cerró el broche.

Fueron a los pozos de la quebrada. Y a los charcos y a los guadales o al sombrío de los piñones de oreja y a la casa del trapiche de Los Ciegos o al pontón del río Aurra y a los zaguanes de Calle Larga o a la disipación y el fornicio o al escalofrío y al hervor de los sentidos. Fue un amor de sofoco, encalambrados en las carnes nudas, las lenguas desbocadas, el esmero de las ganas, los ronroneos de gata golosa, los bufidos de desahogo.

Se revolvían madrugada a madrugada en la estera de paja de Purareiza sintiendo la lozanía del piso de tierra debajo de sus abrazos sin linderos. Los sudores olían a media luz y las sustancias de la colegiala segregaban una fragancia forestal.

Pura floreció: su cuerpo maduró con la tersura de un icaco y la redondez de un níspero. Cuando cumplió veinte años quedó preñada. Luisé le confió el secreto a Orfamay. Ella cantó dos o tres trisagios y juró que nunca le contaría nada a nadie, mucho menos a Eleuteria, virgen y mártir. A cambio, exigió que Luisé velara por la familia de Purareiza: ella, la mamá Santos, la hermanita Paloma y el hijo por nacer. Amén, dijo Luisé, de rodillas delante de un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús y con las manos enlazadas en un medallón de su madre.

Nació puntual, el niño, Manuel Areiza. Parto natural, con Pura pujando en cuclillas sobre el lecho de la procreación, la estera de paja, combada por el peso del calambre de los cuerpos. Santos Areiza, la desdichada abuela, hizo de comadrona. Hubo lágrimas de dicha, desde el recién nacido hasta la idiota de la casa. Luisé permaneció impávido, mareado por una emoción que no volvería a sentir en su jedionda vida, y jedionda es apenas un decir.

## **Nevado**

A la final le dio sarna y quedó tullido. Tuvieron que sacrificarlo. Vos mismo le pegaste un tiro en la cabeza con la Sig Sauer P229, tu ángel de la Santa Muerte. Lo enterraron en el solar junto a la tapia de la manga. Orfamay desparramó unas gotas de agua bendita sobre la tumba recién cavada. Hicieron una pila de piedras, y en coro dijeron hasta siempre, y *aquí se queda la clara, la entrañable transparencia de tu querida presencia.*

En esta fotografía en blanco y negro se reconocen sus rasgos de aristócrata callejero. Acompañó a Mingo toda la vida. ¡Gloria al general Simón Bolívar! Lo mismo al capitán Tacho Yirardó, héroe del Bárbula, otrora vecino de esta municipalidad.

Nevado era o, al menos, se creía un varón.

Una noche estaban de tertulia. Orfa, Eleuteria, Mingo, Clamidia, Dominica, Nefertiti, Nevado, Start Fitzgerald, Deisy: familia que merienda unida, permanece unida, Dios los cría y el Diablo los junta, dime con quién andas y te diré quién eres, etcétera. Alfonso Díaz y Pacho Granados, dos vecinos de La Raya, acurrucados en unas perezosas de lona, despachaban media de ron con Coca-Cola, papitas fritas, chismes, fantasmas, duendes.

Orfa y Mingo tocaban *La negra noche* en guitarra y tiple, jeremíaca de Pedro Infante y Lauro Uranga. Clamidia trataba de seguirlos con el violonchelo. Mingo, templando la voz a lo Benito Juárez Segundo, hacía acrobacias con la tonada.

*La negra noche tendió su manto*

*Surgió la niebla, murió la luz*

*Y en las tinieblas de mi alma triste*

*Como una sombra llegaste tú.*

Start Fitzgerald y vos cabeceaban de aburrición. Dominica oía todo con curiosidad, ojos abiertos al abismo del mundo. Eleuteria repasaba en silencio las pepas de su camándula. Pacho Granados y Alfonso Díaz brindaron hasta el fondo. ¡Salutis frutis, última vez que me emborracho! Las hojas de las matas del pensil no se movían bajo los tachones de las estrellas. Ardor en la piel. Sudores lentos. La luna, altiva en su dudoso calendario.

Algo cayó del cielorraso de cañabrava. ¿Qué fue eso?, se asustó Deisy. Alfonso Díaz se llevó la mano a la nuca. Nevado ladró como en la batalla de Boyacá: ¡jarre, Simoncho, que los chapetones nos van a quebrar el culantro! Pacho Granados se levantó de la perezosa, se puso las gafas para ver de cerca, se aproximó a Alfonso, le examinó el cuello y gritó: ¡Tenés un alacrán!

Tan alto como una vara de premios, Alfonso se paró de un tirón, se pasó otra vez la mano, hizo un ademán brusco y lanzó el alacrán al piso. Era grande o parecía arisco, las patas aferradas a las baldosas de ladrillo, la cola enroscada con el aguijón en ristre, el dorso repleto de crías. A Nefertiti se le

erizaron los pelos del lomo. Es una alacrina, dijo Deisy. Start Fitzgerald, fierro en mano, y Mingo se salvaguardaban detrás de la falda de Orfa. Una alacrina ni la hijueputa, confirmaste. Alfonso Díaz desenfundó un machete. Hay que matarla. En el cuello ya se le veían ronchas de las picaduras de los alacrancitos de la alacrina. Sí, pero no así, dijo Pacho Granados.

Los alacranes son tan orgullosos que prefieren matarse a que los maten, explicó. Se suicidan si los acorralan con fuego. ¿Cómo fue? Abrazaste a Clamidia y a Dominica. Se clavan el aguijón ellos mismos. Fake news, lo desmintió Mingo. Mera leyenda urbana, mejor dicho, pura leyenda rural.

Pacho Granados fue a la cocina y volvió con un montón de periódicos viejos. Pidió que inmovilizaran a la alacrina sin hacerle daño. Alfonso apuntaló al bicho con la punta del machete y lo retuvo mientras Pacho hacía rollos de papel y los ponía alrededor del animal. *Todos estaban a la espera*, como en un cuento caribe. Sacó una caja de fósforos y prendió candela a los periódicos. Nevado ladró arisco, como en San Pedro Alejandrino.

Un anillo de fuego cercó a la alacrina. Dio vueltas buscando por dónde escapar y ser feliz. Cuando no encontró salida se quedó quieta en el centro del redondel de llamas. Se clavó el aguijón en el dorso entre sus crías.

Si tienes rabo de paja, no te arrimés a la candela, moralizó Cloncito con absoluta desvergüenza. Nevado esperó a que el fuego se apagara y después se meó encima del cadáver. Toma lo tuyo, perra, decían sus ladridos. Mero prócer de la patria.

## **Clamidia**

¿Es un recreo? No. Suspendieron clases para retratarse. Los niños ríen inocentes en la creencia de que son inmortales, invencibles, invulnerables, fe en un porvenir que no prevén y en una fatalidad que no malician. Los colores Kodak no se han desvaído: se ven los raspones en las rodillas de los chiquillos o los zurcidos de las medias caídas sobre los tobillos de las niñas.

La profesora es Clamidia Pulgarín Miranda, la mamá de Dominica. Fíjense en su blusa de algodón rosado. Reparen en los pantalones blancos y flojos, prehistóricos slacks de los años 60's del siglo pasado. Fíjense otra vez en la blusa: debajo de esa tela palpitan las tetas más hermosas que tus ojos han besado o tus manos han visto, oh, Pablitoescobar. Reparen de nuevo en los slacks: ¡langaruta de tus cuitas!

Se quitó las gafitas para (son)reír (a carcajada tendida) como los pupilos Tiene el pelo suelto con las puntas hacia afuera. Está recostada en un pupitre macizo. Atrás, en el tablero verde, escrito con tizas de colores, se lee V Año, o sea, Quinto Año, último de la escuela primaria. Es un retrato sine die, sin fecha, postergado en las turbulencias del pretérito.

## **Nefertiti**

A veces despertabas a las cinco de la mañana, antes de que los nietos de Gallopinto encabronara al mundo con sus clamores, y te ponías a jugar con Nefertiti. Le hacías campo en la cama y le pasabas los dedos por el lomo, los costados y la cabecita. La gata se estiraba y ronroneaba. Clamidia, de sueño precario, abría los ojos. Estás loco, Quiel, te regañaba con dulzura<sup>41</sup>. Chequeaba un radio reloj Sony, bostezaba y se volvía a dormir, no sin antes repetir que estabas más loco que una cabra. Son las cinco y catorce, y vos jugando con una gata, no jodás.

Esta foto de Nefertiti o Neferneferuaten fue a media mañana en el pensil: mera reencarnación de la esposa del faraón Akenatón. Gracias al influjo de siete o nueve vidas ronda espectros que sólo ella ve. Es cavilosa, gata curandera. Acariciarla reduce el estrés. Cultiva el importaculismo. Su relación con otros vertebrados de la finca es indulgente. Desde que llegó se entendió con Nevado de Bolívar, del cariño a la suspicacia pasando por la divina indiferencia del plano terrestre. Bendita félida...

---

<sup>41</sup> Clamidia nunca creyó que fueras Pablitoescobar. Para ella siempre fuiste Quiel, Quielcito, Ezequiel o, en casos de riñas conyugales, Ezequiel Benavides Ayala.

## **Dominica**

Esta es la bebé más linda del mundo. Gordilla hermosa. Merengue fresco. Repollito de mazapán. Gelatina Royal. Tu hija, natural. Balbucea tu nombre, Apá, y frunce los labios con arrumacos. Aunque tendría nueve o diez meses, en esta foto parece una matrona de 67 años sondeando a los nietecillos, satisfecha de la vida, serena ante la vecindad de la muerte perniciosa e ineludible.

Fue un percance. Querías que Clamidia abortara. Se negó de plano. Aceptaste y cediste. La niña nació por cesárea. El doctor Mariano Roldán, médico en año rural, no te dejó entrar al parto. Te señaló una banca de madera en el corredor del hospital.

Dominica trajo luz y esperanza a tu alma indigna. Las cosas como son, no como uno fantasea. Las carantoñas de la bebita acabaron de transformarte. Dominica se muerde los labios o persigue tu mirada, y tu ser se estremece de sosiego. No quieres que crezca. Que sea siempre una princesa de biberón en pañales. Que cuando grande estudie arquitectura o diseño de moda o cinematografía o música, cualquier vaina menos balística. *Impossible is nothing.*

Preferiste vivir en paz en vez de correr a la lata por montes, callejones o techos, con la tomba pisándote los talones. Desilusionaste a Cayetano, a Fania, a los combos del valle de Aburrá, a los políticos, al Chapo Guzmán, a los vividores, a los periodistas, a la DEA, al mismísimo Bloque de Búsqueda. Eras, sos y serás un conformista, un atenido.

No nadas contra la corriente. Inconsecuente, sí, pero vivito y coleando. Sigues tu camino y dejas hablar a la gente. Aprendiste a gozar con las menudencias del día. Héroe anti-gánster o, al vesre, gánster antihéroe. Te desvaneciste en la neblina.

Punto aparte.

## **La Pizarra**

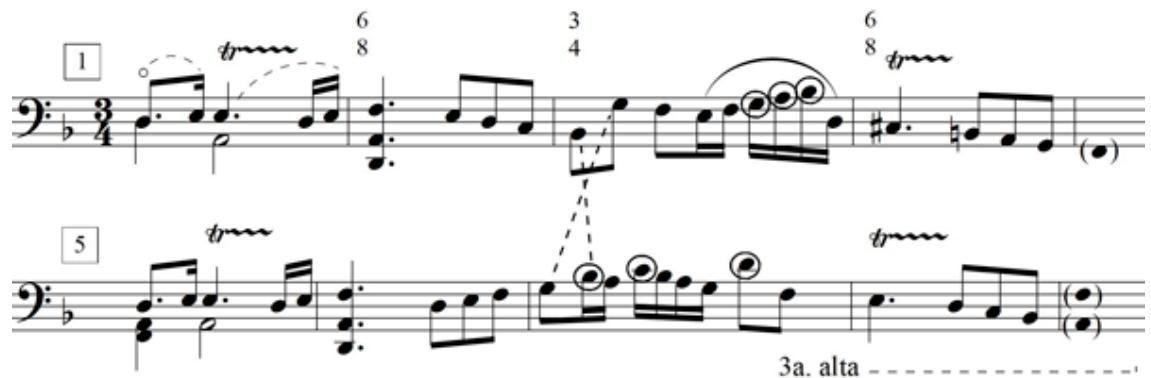
Negro ni mi caballo porque de noche me espanta. Luisé no tenía dioses: tenía agujeros. Nunca pasar por debajo de una escalera. Una chapola negra quiere decir que alguien cercano se va a morir. Soñar con un entierro significa matrimonio. Blanco que prueba negra, lo único blanco que vuelve a comer es quesito.

Fotografía por tercios. Adelante, la manga de Mingo. Atrás se ve media yegua, el lomo y los costados de la bizarra Pizarra. Y al fondo, en lontananza, matorrales verde amarillentos. El animalejo está pastando, y la cabeza se oculta detrás de las yerbas del primer plano. La cruz, el dorso, el lomo, la grupa y el anca son negrísimas, en contraste con el carácter de la jaca (sic). La luz del sol de media tarde matiza la crin.

Murió de melancolía. Cuando echó en falta a Luisé empezó a comer menos y a no beber tanta melaza. Ni Mingo con su carisma de encantador de serpientes pudo recomfortarla. Alfonso Díaz, el vecino, trataba de abrirle el apetito con viandas succulentas, yaguará o pangola.

Inútil.

Una noche se quedó dormida en el establo y no despertó ni con el quiquiriquí de los nietos de Gallopinto ni con los mugidos de los terneros en el ordeño ni con los gemidos del violonchelo de Clamidia.



Ni con los lloriqueos de Mingo.

Pobrecita...

## Cayetano Ramírez Vélez

Nunca lo agarró la tomba. Ni el Bloque de Búsqueda. Ni una foto de reo en una cárcel de varones. Nunca fue el recluso #128482. Nada ni nadie le averió la pinta de cristero en Durango o correveidile de Pancho Villa en Chihuahua o cantor de corridos en Guadalajara. Pizpireto del principio al fin.

Véanlo acá en el balcón del apartamento del Empire State Building, ya remotos los ángelus del asesinato de Héctor Fabio y su asunción al purgatorio. Mero playboy. Cuarenta y pico de años. La quilla de la nariz parece la hipotenusa de un triángulo rectángulo.<sup>42</sup> Cero alopecias. Nanay arrugas. Pelo castaño, motilado con tijeras, sin gomina. Seda en las cejas. Mirada clarividente. Pestañas ostentosas. Afeitado a ras. Labios de libertino. Hoyuelo en la cumbamba. Sonrisa tan seductora como la tuya. Mondongo en la cintura.

Apoya ambas manos en la barandilla: las uñas arregladas con primor son síntoma de buena vida. El tatuaje en el pulso de la muñeca derecha, , igual al de Fania Eugenia en su muñeca izquierda, no aparece en la foto. La puerta del balcón está cerrada, y en el vidrio se refleja la silueta de la retratista, sin duda, la mismísima viuda alegre.

---

<sup>42</sup> Ver nota 1 de página 5. Teorema de Pitágoras.

A pesar de su riqueza, vive en la moderación, negado para la ostentación, ejemplo de *low profile* para generaciones del presente y raleas infames del porvenir. Ropas de lino o algodón, *conditio sine qua non* de opulencia. Pocas bambas. Confía menos en el capital que en la ganancia o en la renta de la tierra. Incisivo a la hora de invertir. Frígido con las compras. Justiciero con los ajustes de cuentas.

Oh, consigliere de ayer, hoy y mañana.

Siempre listo, como boy scout.

Semper fidelis, como marine.

Parcero de parceros.

Tesoro, auténtico ángel de la guarda, anillo de poder, bálsamo, cómplice.

## Fania

*¡Quítate tú, pa' ponerme yo!*

Mujer del prójimo, *cocodrilo sagrado*.

Feromonas por cada poro.

Casquivana.

Quimera.

Quimerísima.

A veces mientras pichás con Clamidia pensás en ella. *Grandes emociones y pensamientos imperfectos*. Te la imaginás acostada en una cama de sábanas blancas, biringa, sumisa a tus deseos, como en esta fotografía que le tomó Cayetano. Los muslos están abrochados: resguardan el *tesoro perla entre tus piernas, reina de todos los moluscos*, conchita de ensueño, chimbita de secretos.

Sólo un rectangulito vertical sombra el mojicón de su monte de Venus. Allí la piel debería ser menos nativa. No es así: el color es homogéneo, melaza light, digamos, miel de abejas morena y densa. Las caderas, ahora que la entrepierna está atrancada por los muslos, no se ven ni anchas ni angostas. La postura corporal, decúbito supino, le conviene. El seno es una cautivadora

hondonada entre las tetas alabeadas. ¿Alabeadas? ¡Caídas del cielo, mi Señor!

La cabeza yace en la almohada, los ojos cerrados, bien cerrados. El brazo derecho está desparramado y el izquierdo doblado rozando el pelo suelto con las puntas de los dedos. Las facciones apenas se perfilan, finas, sexys, adictivas. El retrato incita al menos bellaco de los estupros, al coito consentido. El tiempo no puede con ella: es la hembra que tus parceros desean. Sigue usando minifalda, aunque las rodillas hayan sufrido insignificantes descalabros en su tersura.

¡Bollito de maíz tierno!

Al principio estuvo en contra de tu inxilio. Lo tuyo no es el campo, Pablitoescobar, alegaba cuando ponías por las nubes el clima de Sanjerónimo del Apocalipsis. Nada, vos sos un man de ciudad. El Carebonito la convació. Tenemos que cuidar al patrón, ahora que está vivo. Vivito y culiendo, se amargó ella. Y otra cosa, repicó Cayetano. ¿Qué? La lealtad, mor. Ni siquiera nos quiere ver, refunfuñó Fania. Por ahora. Ya verás: volveremos a estar unidos como antes. No en vano este tatuaje, , juramento de hermandad.

¿Dónde le tomaron esta foto a Fania? Las sábanas son blancas, de poquísimos hilos por centímetro cuadrado. ¿En un motel de la Carretera al Mar? ¿En una finca por los lados de Jericó? ¿En una cabaña de Isla Fuerte? No. Un día cualquiera se agotó la mercancía en Colombia. Vos y el Carebonito tuvieron que ir al Perú a un puerto en el Pacífico, a 200 kilómetros al sur de Nazca. El mar era helado, la playa huraña, llena de pedruscos puntiagudos, el

viento oblicuo. Alquilaron un piso en el hotel de turistas y se pasaron semana y media en travesuras de negocios y regodeos, Cayetano con Fania y vos con Lucy, tu Marley de aquella época.

Desayunaban lo básico, jugo de naranja, pan y café de achicoria. Almorzaban corvina asada con ensalada de palta y tomate, y cenaban lo mismo, aguacate, tomate y corvina, manjares afrodisíacos al parecer. Y follaban por las tardes con el poniente en el ventanal del balcón, entre la bruma gris y perenne del Pacífico, y al amanecer con el sol a las espaldas, un sol raquítico por encima de las dunas del desierto de arena, frío o ventoso y áspero como el desierto de agua.

Ahí fue.

Ahí fue el retrato.

## **Shakirita**

Salve, Regina, Mater misericordiae.

Vita, dulcedo et spes nostra, salve.

Ad te clamamus exsules filii Hevae.

Ad te suspiramus gementes et flentes in hac lacrimarum valle.

Eia, ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos  
converte; et Iesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exsilium  
ostende.

O clemens, O pia, O dulcis Virgo Maria.<sup>43</sup>

---

<sup>43</sup> *Dios te salve, Reina y Madre de misericordia.*

*Vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve.*

*A ti llamamos los desterrados hijos de Eva.*

*A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

*Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos  
misericordiosos; y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu  
vientre.*

*Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María.*

## **Héctor Fabio**

Los muertos hablan, siempre y cuando uno los escuche. Musitan verdades o nos avergüenzan con sus desprecios o ignoran los hechos e interpretan el mundo a la luz de sus brumas, la opaquísima luz de la confianza. Nos acosan con fantasmagorías de fuego en las cenizas de sus corazones. Héctor Fabio no es un alma en pena. Es un sosias leal y fiel. En esta instantánea ustedes posan como constancia de que coexistieron a pesar de las adversidades del prójimo.

Saque una lupa y comparen semblantes. El fruncido de labios es idéntico. La libido imperandi se insinúa en ambos con fuerza indomable. Los mostachos son copias de Photoshop. Las camisas de Palm Beach, gemelas univitelinas, fueron traídas por un propio. ¿Cuándo ustedes se sustituyeron mutuamente? ¿Antes, en o después de La Catedral?

Decidiste entregarte y acuartelarte en una cárcel a tu imagen o semejanza. Resolviste que Héctor Fabio te sustituyera en prisión y fingir, incluso in articulo mortis, que él eras vos. Para cuadrar la logística, se reunieron en la Cafetería La Vaguada, en el centro de Itagüí, una cuadra al oriente de la Estación de Policía, dónde más, pues.

Te sentaste a una mesa rinconera. Pediste un caféconleche y tres pandebonos. Héctor Fabio entró al rato, cadavérico como un arrocito en bajo. A su mandar, Patrón. Parecían un par de gotas, idénticos en todo: la voz, la mirada, los gases, el enigma. Sin azares, pues, Cloncito. ¿Pero cómo no voy a estar azorado si Start Fitzgerald me dijo que la vaina era de vida o muerte? A veces lo urgente es lo importante, te reíste. Pediste otro caféconleche y más pandebonos. Envenenaste las bebidas con unos chorritos del negro Johnny.

Los tombos entraban y salían a desayunar arepas de huevo o pasteles de queso o tortas de pescado con jugos Hit. Ninguno se fijaba en ustedes. O tenían mucha hambre o eran nulos para labores de inteligencia y constrainteligencia. ¿Entonces?, preguntó Héctor Fabio, ahora con tufo, tembleque de manos. Nomás dígame qué me toca hacer, Patrón.

Me quieren tostar, Heticor. ¿Quiénes? Todos y ninguno. Mi consigliere... ¿Consi... qué? Consigliere... Cayetano, pues. Ah, el Carebonito. Es propio. Un tira le sopló que unos pirobos me andan buscando para culiarne. Son muchos hombres. Como en el corrido de Juan Charrasqueado, se aterró Cloncito. Es propio, repetiste después de sorber aprisa el caféconleche envenenado.

¿Entonces qué piensa hacer, Patrón? Me voy a entregar. Gracias al padre Rafael García-Herreros, el del Minuto de Dios, voy a firmar un acuerdo con la Presidencia. En ese momento dos fulanos del ESMAD entraron a la cafetería con su parafernalia de combate. Se plantaron frente al mostrador y pidieron pasteles de pollo y huevos duros. Tampoco los miraron a ustedes. Ni los vieron.

El gobierno nos va a adecuar una finca en Envigado para instalarnos ahí. ¿Y yo qué velas tengo en ese entierro, Patrón? Pues, nada, me vas a representar allá. ¿Representar? Le echaste otro chorro de whisky al caféconleche. Hacerte pasar por mí. No me diga. Así como lo oyes. Te figuró, calidá. A Héctor Fabio no le gustó el proyecto. Se paró y se fue sin despedirse.

El padre García Herreros te recomendó a un cura amigo para convencer a Cloncito. Monseñor Teófilo Guarín, un sacerdote muy prudente. Te ayuda sin compromiso. Se citaron en La Vaguada. Monseñor usaba sotana de lana pura, desdeñoso del clima. Era alto, blanco, zarco, medio miope, nariz reptiliana, melena cobriza de león, bien plantado, otro carebonito, pero sin barriga. Le contaste el caso. Yo me encargo, dijo. No probó ni los pandebonos ni el whiscacho.

Cloncito y monseñor charlaron en el sigilo de un confesionario. Primero la rosa, después las espinas, lo previno el cura. Fíjate en lo que tienes, no en lo que careces, y le echó un carretazo sobre la abundancia y la prosperidad. Monseñor le dijo, *quid divinum*, que el amor de los padres volvía invulnerables a los hijos. Es una cita de un poeta alemán. Héctor Fabio besó las manos del sacerdote y recibió la absolución de sus fantasmas o sombras. *La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ti y permanezca para siempre.*

Cloncito *et al* se fueron para La Catedral. Te dedicaste a vivir como un pachá, la neta, a gozarte en exceso el trasero luminoso de Marley. Ellos se aclimataron a las ventiscas de la nueva caleta. Cambiaron chompas por ruanas

y cachuchas del Rey de Copas, el Atlético Nacional, por sombreros aguadeños. Jugaban billar, parqués, dominó. Bebían finura. Tiraban con fufurufas dizque de la high. Cuadraban y descuadraban cuentas. Torturaban y mataban o desaparecían y enterraban. Hacían lo que les daba la puta gana.

Mi Dios le da pan al que no tiene dientes.

Monseñor Guarín fue tu mensajero. Corre, ve y dile tal vaina a Cloncito. Oye, corre, ve y diles a los parceros que todo bien. Mira, oye, corre, ve y diles que no se aleteen. Vestido de clériman, con gorra de beisbolista y guantes de cuero, se encaletaba en un furgón de trasteos entre pasajeros menos conspicuos y subía a La Catedral. Confesaba y repartía la comunión, tramitaba quejas o reclamos, bostezaba en aquella olla de vicio e intentaba salvarles el alma a los falsos presos.

En rollitos de papel escribías instrucciones para cada incumbente. Tu ejército era una (con)federación de combos, unidos por la codicia o el miedo. Monseñor Guarín llevaba y traía rumores, chismes, patrañas, apóstol de los esclavos o esclavo de los apóstoles. *Sumas y restas* en una libreta de contabilidad, debe y haber en las caletas.

Un día las juergas se desbordaron. El presidente de la República ordenó el desalojo y mandó al Ejército. Fin de fiesta. Consabida leyenda urbana. Cloncito se salvó por un pelo. Disfrazado de señora embarazada se fugó por un alambrado y se refugió en una casita de El Salado.

Monseñor Guarín y vos fueron a charlar con él. ¡Cómo estás de repuestico, home Héctor Fabio! Cloncito no captó el sarcasmo. La buena vida,

Patrón, dijo sin ironías ni sátiras. Se atusó el bigote. Corroboró el libertinaje de los combos, la vagabundería de los carceleros ávidos de champaña en vez de aguapanela, los desmanes del climaterio, neblina, ventarrones, aguaceros, rayos, centellas, truenos, la porno miseria de una prisión de mentirillas.

Al segundo caféconleche, Cloncito dijo que quería devolverse. ¿Cómo fue?, te aleteaste. El padre Teófilo, aquí presente, cree que sufro el síndrome de Estocolmo. Te imaginaste lo peor: gonorrea, blenorragia, sifilis, sida, clamidia. No, nada de eso, puntualizó el curita. El síndrome de Estocolmo es el estado psicológico de una persona retenida contra su voluntad: se vuelve cómplice de sus captores.

Monseñor Guarín quiso disuadir a Cloncito. Piensa en tu señora, tan querida ella... ¿Cómo es que se llama? No me miente esa puta, por favor. En la cárcel uno se entera todo. Esa malparida se enmozó con el consigliere de este. Sin groserías, pues, calidoso. Monseñor Guarín se palmeó la frente. Así sí no se puede, Pablo. Cambiaste de tema: los peligros de la profuguez, la soledad, la clandestinidad, la persecución, la razón, el delirio. Yo ya no como nada, replicó Héctor Fabio. Entonces seguí encaletado, home. Dios te bendiga, se resignó Monseñor Guarín.

El Bloque de Búsqueda le pisaba los talones, y Cloncito se salvaba por una ventana, a lo Simón Bolívar en la nefanda noche septembrina. La DEA juraba que lo tenía en la mira, y él se subía al Renault 4 de Monseñor Teófilo Guarín y rodaba por El Poblado hasta perderse en un nuevo amanecer. Lo

perseguían a muerte, y él sacaba un comunicado de guerra en tu nombre y se volaba again and again. Hasta *el día señalado*, claro.

Murió por amor a tu familia. Start Fitzgerald les tomó esta foto en un chispazo de relajo, sin remordimientos ni culpas ni contriciones. Juzguen ustedes. Héctor Fabio aún no es un espectro en los despeñaderos del infra o supra mundo. Su mirada resplandece con devoción y pánico. Cree o no cree. Su voz retumba en tu cabeza: tu arcángel de la Santa Muerte.

## **Start Fitzgerald**

Hombre bueno tira a pendejo. Vivir en Sanjerónimo del Apocalipsis le ablandó la densidad. Miliciano sin milicia, se acogió a los criterios de la No Violencia. Metido en su carpa chupaba panela, limpiaba las boquifrías, vigilaba tus llagas. La pirotecnia de la Biblia lo atrapó. Leyó salmos o cantares del Libro, fascinado con el Eclesiastés y las paráboles del carpinterito.

Se organizó con Deisy sin decir ni mú.

Mingo, *cruel y desalmado*, le inventó un chiste. Start Fitzgerald se metía a un monasterio de cartujos con estricto voto de silencio: sólo podía decir dos palabras cada cuatro años. Al cuarto año, hubo asamblea de la comunidad. Alzó la mano. Con un gesto de cabeza, el abad le dio permiso. “Comida maluca”, dijo Start Fitzgerald. Pasaron otros cuatro años. Volvió a alzar la mano: “Cama dura”. A los doce años, insistió en pedir la palabra. El abad lo miró enojado: “Habla mucho”.

Grosero o siniestro. Culibajito y rencoroso. Aquí lo vemos sentado a una mesa de la Hostería Los Cedros en el parque, solo, sin sombrero ni cachucha, con un vaso de cerveza, la camisa por fuera del pantalón. Se ve cuajo y sediento, sumido en hecatombes o péridas vueltas. Tiene el porte de un rastafari afro gitano, sin trenzas ni piel aceituna. En otra mesa, detrás de él, se

alcanzan a ver las siluetas morrocotudas de María Auxilio Aguirre y Pacho Ricaurte, dueños de la hostería. Ni se imaginan quién bebe o simula que bebe a su lado, semejante guarura de escorpión, bilosso por dentro, cejijunto e inexpresivo.

Jamás se quejó del sedentarismo de su nueva vida. De la casa a la tienda de Gelo a la plaza de mercado al Éxito a Radio Yirardó. A pie o en el viejo Land Rover de Luisé, nunca a caballo ni en mula.

Pocas veces volvió a Metrallo.

Marido ejemplar.

## **Deisy**

La chismosa fue ella. No se aguantó las ganas y contó que en La Contraria del Pueblo vivía un man igualito al Patrón (del mal). Le suplicó a Start Fitzgerald que confirmara si era cierto. Él no aflojó ni mu. Entonces Deisy lo acosó a cabalidad. Se lo mamaba a cualquier hora dentro o fuera de la carpa, en el caney, en el gallinero, en la quebrada. Él resistió un poquito. Sisayas, parce, le confesó una tarde de sexo cochino en el deck detrás del comedor.

Deisy organizó tours. Los convidados entraban y salían en puntillas. Ninguna de las mujeres de la casa notó nada. Ni Cloncito, para no ir muy lejos. Los visitantes se infiltraban a tu intimidad, fotografiaban los actos domésticos y se iban en paz. Ella encaletaba la paga en la falda y contaba los denarios por la noche cuando Start Fitzgerald roncaba desguatado.

Vos montando a Ima en la manga de Mingo. Vos dándole tetero a Dominica en la mecedora de mimbre. Vos leyendo a Paulo Coelho. Vos rezando en la cocina con Orfa. Vos echándole maíz a las gallinas. Vos recostado en un taburete a la puerta de la casa. Vos chupando piña con Clamidia. Vos haciendo la siesta en la hamaca del pensil. Vos con Nefertiti en tu regazo. Vos con Nevado de Bolívar al pie del ordeño. Vos regando el grosellero y el icaco. Vos, varón domado.

La leyenda se propagó como verdolaga en playa. Pablitoescobar está vivito y culiendo. El padre Gregorio sermoneó lo evidente. A ese señor lo mataron el dos de diciembre de 1993. Es un hecho, y ningún católico lo puede desconocer y/o negar, clamó desde el púlpito. *El Sanjeronimita* no confirmó ni desmintió el bulo (sic). Nadie sabe lo nadie, pontificó Benito Juárez Segundo en el editorial *Pablitoescobar, ¿dónde estás que no te veo?*

Cuando los oyentes pedían explicaciones, Radio Yirardó y Radio Bárbula ponían *Nadie es eterno en el mundo*, del mentado Darío Gómez, rey del despecho y coterráneo (sic).<sup>44</sup> Fueron tendencia en Twitter los hashtags #EsUnSoploLaVida y #ErranteEnLasSombras. Ñopo Maturana, ahora alcalde hasta morir por cooptación, prohibió hablar de los muertos<sup>45</sup>. Y la leyenda del muerto no muerto creció *como crecen las sombras cuando el sol declina*.

El embeleco se descolgó por las lomas de Metrallín, como un culicagado en un tobogán. El muerto era un doble, decían los taxistas. El Patrón de Patrones vive y culea en una finca por la Loma del Asfixiadero en Sabaneta. Si quiere lo llevo pa' que lo vea con esos ojitos que se le van a comer los gusanos. ¿Ver para creer? No, al contrario, creer para ver.

---

<sup>44</sup> El uso del adverbio sic entre paréntesis (sic) es culpa del ecosistema vigente. La presencia casi omnímoda de redes sociales y medios de comunicación en nuestras vidas es un fardo. Escriben burgomaestre en vez de alcalde, fungir en lugar de ejercer un oficio o una función. Uso (sic) para deslindarme de tan detestable costumbre.

<sup>45</sup> Después de la fuga de Luisé con Purareiza hubo un vacío de Poder. Mingo fungió (sic) como alcalde. La oposición se rasgó las vestiduras, vomitó en el atrio de la iglesia, se arrancó los cabellos y se cagó en la batica a cuadros. Al cabo de una venturosa negociación, vos y Mingo pactaron que Ñopo Maturana sería el nuevo burgomaestre (sic) por aclamación popular, algo inexistente en la Constitución del 91 y en la centenaria de 1886. Aquí el que manda soy yo, dijiste sin ínfulas.

El Carebonito, dateado por Reproche, llamó a Start Fitzgerald y le pidió cuentas. No dijo ni mu. Eso es negocio de la moza de él, volvió a sapear Reproche. Cayetano la llamó y le pidió cuentas. Perdón, patroncito. Yo no sabía que eso no se podía. En penitencia, el Carebonito la castigó con una vacuna del 25%. ¡Es un robo!, dijo Deisy Treinta por ciento, entonces, por desobediente, vociferó el consigliere, familiarizado con la sumisión expedita.

La neta, Deisy te respetaba y te idolatraba. Incluso te temía. El que pone la plata, pone las condiciones. Nunca le faltó coquetería. Flirteaba con Reproche y Metronidazol. Calienta braguetas. Hierve huevos. Casquivana. El único retrato de ella es esta fotografía rasgada a la mitad. En la parte faltante, estaba su percanto de antes de Start Fitzgerald. Ahora sólo se ven cuatro dedos de una mano sobre el hombro izquierdo. Dedos roñosos, suficientes para pensar que ese ñero era un chichipato. A Deisy le brota *el ritmo raga tanga* por los poros con sensualidad barata y marrullería a flor de piel. Sale cavilosa, pensando quizás en los huevos de los nietos de Gallopinto. La mirada es lánguida, facciones aindiadas y proletas.

Start Fitzgerald se enamoró sin expiación, como un mochilero con su mochila.

## Iver Johnson



Este es Iver Johnson, calibre 32, martillo exterior, joya de la armería mundial. El diseño se ve arcaico, demasiado elongado, poco ergonómico. No es un juguete. El cañón y el tambor guardan una especie de pátina de jabón Rey o de pomada Cero, como si el último tirador hubiera borrado las huellas o los rastros de pólvora de ese postre disparo. El armazón, el gatillo y la culata emanan cierta luxuria de guerra civil.

Las armas igualan a los hombres. Nadie se escandalice con esta verdad de a puño. Igualan la rebeldía del campesino con la codicia del terrateniente

absentista (sic). Igualan al soldado con el guerrillo o con el paraco. Igualan a las damas con las damiselas, a los policías con los hampones, a Dios y al Diablo. Igualan a los civiles con los inciviles. A los débiles con los fuertes. Ojalá fuera demagogia. Es una simple confirmación en el espejo retrovisor de la existencia.



¿Búho o lechuza? ¿Sabiduría o muerte? ¿Guardián de almas? ¿Videncia o ceguera? Por eso les dicen lechuzas, dijiste cuando Luisé te regaló el revólver. Lechuzas o lechuceros. El cucho asintió con gravedad. Se lo compré a un detective del SIC cuando mi teniente general Gustavo Rojas Pinilla era presidente de Colombia por auto elección militar. Lo estallé poquitas veces.

En Sanjerónimo sabían que Luisé andaba armado. Salía a los saladeros y llevaba el lechuzo en una cartuchera al cinto. Iba a pagar la nómina de los peones al trapiche de Los Ciegos y en las alforjas cargaba el revólver por si las moscas. Si algún fulano aparecía por la casa a reclamar en un trato de

ganados, sacaba el revólver y se lo entregaba a Orfa. Hermanita, guardame el basilisco mientras arreglo aquí con el señor. Incluso cuando se volaba para el rancho de Purareiza no lo descuidaba, siempre en la cartuchera de cuero de novillo, filigrana de las manos de Ñopo Miranda, talabartero de talabarteros.

Un domingo fuiste con ella a bañarse al Aurra. En una canasta de mimbre, Purareiza echó el fiambre: huevos duros, papas cocidas, pan en tajadas, cocacolas, una botellita de Ron Metrallín, mantel a cuadros, destapador, navaja, servilletas de tela, vasos de papel y dos copitas de aguardiente.

Cogieron en el Land Rover por la carretera a Santa Fe, una cenefa polvorienta entre mangas o potreros. Llegaron al cruce del río. Antes del puente, a la derecha, había una trocha que bajaba hasta una vega de arena o cascajo. El sol de media mañana chispeaba esplendoroso, cielo azul tecnicolor, nubecillas en columpio, brisa calentana. El agua se empozaba de orilla a orilla.

Dejaron el fiambre en el jeep, se pusieron los vestidos de baño y juguetearon en el charco como compañeritos de escuela. Luisé quiso quitarle la trusa. Purareiza se negó. Me da pena, y se escabulló con su nadaíto de perro. ¿Sos bobita o qué? Vení que aquí nadie nos va a ver.

El contraste de la piel canela y la trusa blanca. Las espumas en el remanso. La hermosura nativa de Purareiza. El coito bajo la sombra de un piñón de oreja, en cuyas ramas sestean decenas de murciélagos. Ella bocarriba sobre la yerba, purificada por el deseo. Él encima, fiero como un toro.

La dicha.

Exhaustos o en éxtasis, tendieron el mantel, sacaron el fiambre y le dieron al condumio (sic). Brindaron con ron en las copitas aguardenteras. Comieron huevos duros y papas asadas. Lamentaron no haber llevado mayonesa ni salsa de tomate. Después retozaron desnudos sobre unas toallas hasta que la somnolencia los venció. Durmieron entrepiernados, ignorantes de la providencia de compartirse. Anhelaron quizás una vida en unión libre, próspera y campante.

Los alarmó el ruido de un motor. Los petardos del mofle de un camión de escalera trastabillaban por la trocha. Empezaron a vestirse a la carrera. Luisé tiró los calzoncillos al suelo, se puso el pantalón de dril y se ciñó la cartuchera. Con la prisa, Purareiza no encontró su vestido de etamina.



La chiva venía repleta de borrachos. Sus risas perniciosas asustaron a Purareiza, mal envuelta en una toalla. ¡Luis! ¡Luis! ¡Luis! Los borrachines no

vieron a Luisé, junto al campero. Chillaron, imitaron los gritos de angustia, se bajaron del camión y, retándose mutuamente, se acercaron a Purareiza. ¡Luis!, grito ella. ¡Luisssss!, la remedaron. *Cuando de pronto sonó un disparo como un cañón.*

Plantado en la playita, sin camisa, el pelo alborotado, la frente sudorosa, la mano derecha con el revólver en alto, Luisé dio unos pasos, se interpuso entre los machos arrechos y Purareiza y disparó al aire otra vez. El viejo aparato humeó como lo que era, una lechuza de coraje. El eco rebotó varias veces por la vaguada.

Los borrachos callaron al instante. Luisé calculó cuántas balas quedaban, cinco menos dos, tres, escogió a los borrachos más borrachos y los confrontó como un sheriff del Lejano Oeste, piernas abiertas, pies descalzos ampollándose por el resistero y el cascajo, cara hinchida de audacia, canas arriba, ganas abajo. ¡A ver, ¿qué se les perdió aquí, malnacidos?!

Purareiza dejó caer la toalla. Su fugaz desnudez hechizó a los intrusos. La lechuza en la empuñadura del arma pestañeó o parpadeó con ganas de dar más candela. Luisé repitió el insulto. El chofer llamó a los borrachos. Mejor nos vamos, muchachos, exclamó y se quitó el sombrero. Perdón, don Luis Emilio. El camión escalera reversó por la trocha. Ya a lo lejos se volvió a oír la bullaranga. Purareiza y Luisé se abrazaron, temblorosos ambos.

Último tiro del Iver Johnson.

**El ángel de la Santa Muerte**



Ya casi conoceremos su destino final.

Paciencia.

Por favor.

## Pablitoescobar

¿Obdulio Espinosa? ¿Ezequiel Benavides Ayala? Et al.

¿Vos quién sos?

*Contame tu condena*

*Decime tu fracaso*

*¿No ves la pena que me ha herido?*

Cuando el cogeculo prenavideño en la casa del Velódromo eras travieso e indomable. Ahora... Compara esta foto con el retrato (sic) de tu reseña carcelaria. Has cambiado a ojos vistas, diría Orfa.

*Vae victis.*

¡Ay de los vencidos!

Del bigote mexicanoide sólo quedan cenizas. Ni rastros de la barba de papá Noel. La flama de tus ojos se aplacó. La pelambrera se volvió ridícula. La sonrisa aún resplandece y tu memoria sigue siendo un prodigo. Aunque no se note, estás sordo, ese sí, el secreto mejor guardado del lumpenproletariado colombiano. Si acaso captas los ecos del universo es gracias a la tecnología suiza de tus audífonos, cabecitas de gorgojo en un frijol. También cojeas de la pierna izquierda, no por herida de guerra sino por el guarapazo cuando el gandul de Ima voló y voló y voló sobre el alambrado de aquel potrero.

En un quirófano del hospital de Sanjerónimo del Apocalipsis, el doctor Mariano Roldán, partero de Dominica, te hizo un bypass gástrico. Adiós buche de Maradona. En semanas (¡días!) bajaste cuarenta kilos, ¡vivir para ver!, y recuperaste la silueta veinteañera.

Cojo flaco sordo calvo canoso.

Mero Carroloco del ayer.

*Bad dog!* de Animal Planet.

La Palabra de Dios redimió tu alma, evangélico sin evangelios, pentecostal sin pentecostés, luterano sin Martín Lutero. Sólo hay un libro, le dijiste a Mingo, obsesionado él con los robots de Isaac Asimov. Atrévase a leer otras ficciones, padrino, te contestó. Orfamay y Eleuteria se santiguaron despavoridas. Suspiraste y replicaste con unos versículos del Salmo 7, anatema del báratro (¡doble sic!): *Cavó y ahondó una fosa, caiga en la fosa que hizo; recaiga su maldad sobre su cabeza, baje su violencia sobre su cráneo.*

Me retiro, se excusó Mingo y fue por más mandarinas.

Esta foto la tomó Fania cuando volviste a Medallo.

Metrallín.

Indios, tullidos y pordioseros.

Divas, diosas o nativas.

Edificios de apartamentos, quince pisos o más en las lomas de oriente o en las vertientes de occidente o en Laureles o en El Poblado y en Pajarito y en la Loma de los Bernal y más al sur profundo de estratos 5 y 6.

Carros último modelo y fiados, atrancados en las vías.

Esmog o calina en el cielo antes azul, ahora tétrico y escabroso.

La misma *gentecita del montón* con la misma codicia de siempre.

Te dio brega orientarte en ese enjambre. Volviste para quedarte. Volviste para no volver a irte jamás.<sup>46</sup>

Se había formado un despelote con unos combos en la parte alta de Robledo Kennedy. Se negaban a reconocer la jefatura del Carebonito y querían defenestrarlo (sic). Start Fitzgerald, Metronidazol y Reproche, armados hasta el último colmillo, te custodiaron como en una procesión de Semana Santa. Fania quería verte. Monseñor Teófilo Guarín, *amigo siempre amigo*, cuadró el parche: martes por la mañana junto a la estación Exposiciones, en la esquina de la carrera Bolívar con la calle 33, en donde no es 33 sino 37.

Fania llegó a tiempo. Buscó el taxi, TSK 614. Era el penúltimo en la fila. Una pordiosera se arrimó. Fania esculcó en la riñonera. Le dio unas monedas de \$200. Madrecita, agradeció la mendiga. Lo que es pa' uno es pa' uno, así se quite. Y lo que no es pa' uno no es pa' uno, aunque se ponga.

Los vidrios polarizados de las ventanillas estaban subidos. El aire acondicionado olía a suite de motel o a baño de restaurante chino. Fania se fijó en el chofer. Sesenta y pico años, ex obeso, canas crespas, peinadas de lado con un flequillo sobre la frente. Papada letal. Cachetón. Cejas grandes y peludas. Atisbió a Fania por el retrovisor: ojos obtusos, negros o marrones,

---

<sup>46</sup> *Todos vuelven a la tierra en que nacieron  
Al embrujo incomparable de su sol  
Todos vuelven al rincón de donde salieron  
Donde acaso floreció más de un amor.*  
Cesar Miró (Quesada) en la voz de Rubén Blades.

mirada baldía sin parpadeos. Ella se puso a llorar. Arrancaste despacio. En esas reapareció la pordiosera y empezó a pedir plata pa'l desayuno.

Bajaste la ventanilla y le estiraste veinte mil totes de una. La limosnera no se lo creyó. Fania se desconcertó. Tu fama de tacaño te precedía. Le pasaste un Kleenex para las lágrimas. Te quiso comer a piquitos. Preguntó por Clamidia y Dominica, a buen recaudo de Start Fitzgerald en un apartamento por la loma de Alejandría en El Poblado.

Doblaste a la derecha y cogiste por la 33 arriba. El carro era un KIA Grand Sephia. Silicona sin miseria en la tapicería. El retrovisor era ancho, con dos espejitos circulares en los extremos. Al frente del timón había un celular en un soporte, con Waze activado, y junto a la palanca de cambios una Tablet con Tappsi y Easytaxi. Detrás de los apoyacabezas de los asientos titilaban pantallas de video. Y desde los bajos fondos de los pedales subía el zenzún de un radioteléfono.

Fania se burló de la decoración. ¡Qué mañesada, mor!, dijo. Este carro no es mío, es de Reproche, replicaste. Tres calcomanías del Poderoso Deportivo Independiente Medellín DIM. Dos estampitas: el Ché Guevara en el legendario retrato de Alberto Korda y María Auxiliadora, mera Shakirita. En los tapasoles, un par de oraciones plastificadas e impresas en tipografías de fácil lectura.

La plegaria de la derecha, ante el asiento del pasajero, era mera brujería: *Multiplicame cuando sea necesario. Haz que desaparezca cuando sea menester. Conviérteme en luz cuando sea sombra. Transfórmame en estrella*

*cum sea arena. La otra, en el tapasol del conductor, era la Oración al Niño Jesús de Atocha: Glorioso Niño de Atocha, astro divino de excelsa majestad, te saludo y adoro y te suplico me dispenses tu clemencia en memoria del inefable gozo que sintió tu Santísima Madre cuando te recibió en sus brazos y cuando los coros angélicos entonaron jubilosamente por todos los ámbitos las dulces armonías del Gloria in Excelsis Deo, en señal de alabanza al Todopoderoso por tu venida al mundo para bien del humano linaje. Amén.*

El equipo de video sonaba durísimo. En la pantalla miqueaba un roquero:

*Podero so, podero so...*

*Podero so, podero so...*

Al escondido de Cayetano, fanático del Atlético Nacional, rey de copas, Fania era hincha del DIM, rey de corazones. ¿Esa canción es para un tifo del Medallo?, preguntó. ¡Cómo fue!, te reíste. Ese es Marcos Witt, pastor cristiano, cinco veces ganador del Grammy latino. ¿Qué?

*Podero so,*

*Podero so el León de Judá nunca perderá,*

*porque es el Podero so.*

Marcos Witt se esponjaba a lo Maluma con cuatro babies (sic...alíptico).

*Cristo es el Rey,*

*no hay nadie como él, es Poderoso.*

*Sobre Satanás Él tomó la autoridad,*

*es Poderoso.*

¡Ay, la voracidad de los Grammy!

Pasaron el puente de la 33, por el carril de la derecha, a correteo de tortuga. Manejabas a la defensiva, respetuoso de pares, cebras, franjas, flechas, indicaciones del Waze, y dócil a los pitazos de los azules y a los tombos en moto. Yo soy un mafioso que respeta las señales de tránsito, dijiste sin ponerte colorado.

El sonsonete del falso tifo era super pegañoso: *podero so, podero so*. Los semáforos de la 65 y de Unicentro en verde. Fania con la vista fija en el audífono, redondito como una uchuva. No hablaban: vos, esclavo del timón, ella, pendiente de signos no verbales, la mano en la palanca de cambios, el balanceo de la cabeza, los hombros agarrotados, las ojeadas por el retrovisor, el rictus de astucia, la exótica guachafita de Marcos Witt.

*Podero so, podero so...*

*Podero so, podero so...*

Se metieron por el deprimido de Bulerías y cogieron la avenida Nutibara al noroccidente. Ibas concentrado en los anuncios de la españoleta de Waze.

*Cristo es el Rey,*

*no hay nadie como Él.*

*Sobre el trono está coronado en majestad...*

Dos cuadras antes de la avenida Jardín, por la circular 74, frente a Crepes & Waffles, un man les hizo señas. Pantalón caqui, guayabera blanquísima, mocasines cafés, gorra de beisbolista. Paraste y quitaste los

seguros de las puertas. Cayetano, cara bonita y barrigota de balón bosú, *boths side up*, se trepó al asiento de adelante. Estaba recién descremado por Karla o por Cucú, hermanitas de leche de Fania. Buenas y santas, Patrón. Amén, Caye. El Carebonito giró la cabeza y con ojo clínico analizó a su novia moza amante barragana machucante. Buenas y santas las tengas, Fania Eugenia. Hola, Cayetano Ramírez Vélez. Traía un *Q'hubo*. Se lo pasó a ella. Vea pa' que se instruiga mientras yo hablo con el Patrón...

Era un *Q'hubo* viejísimo. Fania lo cogió con la punta de los dedos para no ensuciarse de sangre negra o tinta roja. *TRIPLE HOMICIDIO EN MORAVIA / EN UNA CASA MATAN A EXJEFE 'PARA' / 'Sancocho', como era conocido José de Jesús Pérez, fue el primer jefe paramilitar que recuperó la libertad por pena cumplida en el marco de la ley de Justicia y Paz.* La foto amedrentaba a píos e impíos.

Fania ojeó otros titulares: *LOS ATRAPAN EN EL MONTE POR EMPALAR A UNA JOVEN.* ¡Qué porquería! Linfa, dolor o pus, fútbol y ciclismo o boxeo. Crucigramas mal resueltos a lápiz y con tachaduras. En la página 24 estaba Columnista Sexual (sic), una sardina con pinta de monja, brazos cruzados sobre el pecho, pelo negro, largo y suelto, bonitica, seriota, dizque psicóloga. Resolvía consultas.

Mujer de 25 años, casada hacía siete: *Siento que no me gusta tener relaciones cuando mi marido me hace sentir orgasmos.* Fania leyó con incredulidad: *Pienso que es muy malo lo que estamos haciendo y me aterrnan las películas porno.* Yo juraba que hacer el amor era que el hombre se

*colocaba encima, pero no, es muy diferente, por el ano, sexo oral y otras posiciones. Ayúdeme, por favor. Espero su respuesta. Mil gracias.*

Respuesta: *La mente puede ser nuestra sierva o nuestra tirana. Hasta los animales cambian de posiciones durante el sexo, es algo completamente instintivo, no se lo inventaron las películas pornográficas.* Fania se tapó la boca para que Caye y vos no le pidieran aclaración. ¿Cómo fue? No, nada, yo aquí instruyéndome con este pasquín.

Rosa, 27 años, actividad sexual desde los 17: *Doctora, soy una persona que lubrica con facilidad, con un beso, hasta con mi imaginación. Mi problema es que no he podido tener un orgasmo y eso me preocupa. He probado con varios hombres y no logro el orgasmo. ¿Qué hago?*

Doctora sexual: *El orgasmo es como un novio esquivo, entre más lo busques y deseas que aparezca, más difícil va a ser conseguirlo.* Y agregaba: *Los músculos de la vagina encargados del orgasmo pueden fortalecerse contrayendo y relajando frecuentemente el músculo pubocoxígeo o músculo PC. Puedes identificarlo cuando estés orinando, cortando la micción y luego soltándola otra vez, hazlo en repetidas ocasiones durante el día y con el tiempo es probable que tu percepción del orgasmo mejore.* Fania no se dio por aludida. Mi músculo puboco... o como se llame... funciona como un resorte. Muy fino tu periódico, home Cayetano, resopló y le devolvió el tabloide.

El Carebonito lo guardó en la guantera.<sup>47</sup> Vos y Cayetano seguían echando pajarilla sobre una señora con cáncer de rizoma. ¿Cáncer de qué?

---

<sup>47</sup> *Tu nombre ha sido un reporte que guardé y en el álbum del olvido lo pégue.*  
Héctor Lavoe. Periódico de ayer. 1976.

También patalearon por el precio de la gasolina, insultaron a políticos políticos y políticos apolíticos o con nostalgia recordaron la Buñuelería Especial, en Envigado. Los mejores buñuelos del mundo, se saborearon, ambos, los dos.

Llegaron a Sanjuán y por ahí subieron hasta la glorieta de la 80. El radioteléfono zapateó. Patrón, habla Harley: ¡Mucho ojo! Un nueve cero dos en la ruta. El Carebonito agarró el micrófono. Confirme... Nueve cero dos en la vía. Un parcero enmaletado, padre. ¿Qué es un nueve cero dos, mor?, preguntó Fania. Un muñeco. ¿Un muerto? Positivo, mi reina: un muerto en la maleta de un carro. ¿Particular o de servicio público?, se aterró ella.

La tablet trinó. ¡Tappsi! ¡Tappsi! Cayetano descartó el servicio. El radioteléfono volvió a taconear. Patrón, aquí Tachuela, estamos líchigos de munición. Ahorita no, Davidson. ¿Munición es munición?, susurró Fania. Simpson, mor. Para dar chumbimba. ¿Sabés lo que es dar chumbimba? ¿Yo acaso soy Rosario Tijeras?

La carrera 80, entre la glorieta de Sanjuán y la estación Floresta, estaba despejada. Martes, ni te cases ni te embarques. Apagaste a Marcos Witt, le bajaste al aire acondicionado y te pusiste a hablar caspa sobre extraterrestres, tus únicas lecturas distintas al Libro. *Ciencia y ficción* al zoco. Materia o antimateria. Agujeros negros. Colonias terrícolas en Ío, luna lunera cascabelera de Júpiter. Philip K. Dick. *Blade runner* y *Blade runner 2049 por la sangrante herida*. Marcianos de Bradbury & androides de Asimov. En el semáforo de la estación Floresta del Metro juraste que el sueño de tu vida era ser abducido (sic) por un escuadrón de ovnis.

Fania se enfurruñó. Decime una cosa, Pablito. Hágale, mor. ¿Vos por qué estás tan flaco, ah, mor? Por el retrovisor ella vio tu sonrisa carcelaria, aún intacta y seductora. ¿Y los audífonos? No jodás al Patrón, Fania Eugenia. Dejala, home. ¿Al menos seguís siendo hincha del Poderoso? Vos y Cayetano se rieron con ganas. ¿Todavía te gusta *El corrido de Lucio Vásquez*? Eh, ave María, pues. ¡Qué memoria la tuya! El Carebonito manipuló el equipo de sonido hasta dar con Tony Aguilar:

*Su madre se lo decía,  
me lo avisa el corazón.  
  
No vayas Lucio a ese baile  
cuídate de una traición.*

Fania señaló las oraciones plastificadas: ¿Le rezás mucho a Shakirita? Ahora soy prosélito de la Asamblea del Reino de la Tercera y Última Sustitución. ¿Cómo fue? La Sustitución con mayúscula, dijiste y volteaste a mirar a Fania cual patriarca del Antiguo Testamento, fariseo del Sanedrín, maestresala del Templo de las transformaciones, sicario místico del neo ecumenismo, creyente del vacío, shakirista febril. *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*, recitaste. Juan, capítulo catorce, versículo seis. Fania suspiró hondo hondo.

Pasaron la glorieta de la calle Colombia. Dejaron atrás Los Colores y el paseo comercial Mediterráneo. Se atrancaron unos minutos en la 80 con la 65. Después empezaron a trepar por la Loma de Robledo, en primera, el motor del Grand Sephia a full revoluciones por minuto, falda tenaz,

incluso para percherones. Por un momento, los árboles del Parque de Robledo refrescaron la vista. Con un lacerado estertor coronaron y llegaron a la antiquísima e ingobernable Carretera al Mar.

El taxi corcoveó exhausto a punto de fundirse y se paró sin apagarse. De la inmunda aparecieron dos pelados en pantaloneta y camisetas hueseras, con cachuchas y tenis de maratonistas. Fania pegó un grito y se acurrucó, culi fruncida. Cerró los ojos detrás de las gafas oscurísimas. Ojos que no ven, corazón que no siente. Oyó al Carebonito. ¡¿Eh, pero qué se habrán creído estas gonorreas?! Amagó con sacar un fierro, listo a escupir plomo ventiado. Quietó, Caye, no se me aletee de a mucho.

Los pelados apuntaron al parabrisas y dispararon.

Clunc... Boom... Plaf... Splash...

Un par de chingletazos de agua jabonosa. ¡Son pistolas de agua!, se desaforó Fania. Vos y Cayetano se descosieron de risa. Alzaste un pulgar en señal de aprobación y pusiste el limpiaparabrisas, ris ras, tijeretazo va, tijeretazo viene. Con trapos de grima, los pelados limpiaron atrás, adelante, arriba, abajo, a los lados, no sin solvencia. Les transferiste un billetico de \$20.000, tu preferido para los habitantes de la calle, según llaman en Medallo a los gaminos que viven a la intemperie, comen sobrados, toman aguapanela de la noche, mean, cagan, se hacen la paja, duermen, enferman y mueren en las aceras, habitantes de calle, pues. Gracias, patroncito, exclamó uno de los falsos pistoleros y baboseó el papel moneda como si fuera una medallita de

María Auxiliadora de Sabaneta, sucedánea (sic de sics) de Shakirita. Plata es plata, dijo el Carebonito y les chutó otros veinte mil pesos.

A Fania no le tocó de otra. Se quitó las gafas y revolvió en la riñonera entre un montón de monedas de \$100, \$200 y \$500 hasta encontrar una limosna de \$20.000, bendito y alabado sea mi Dios. Cogiste el billete de Fania, lo desarrugaste y lo traspasaste por la ventanilla. Hubo risas, relax relax, ustedes, a la sombra del aire acondicionado, y ellos en la cochina carretera a los lejanísimos volcanes de lodo y a las playas de areniscas en Necoclí, Capurganá o Arboletes.

El motor relinchó un tufillo de gasolina extra y se estabilizó. Siguieron a nado de tortuga detrás de una buseta de San Cristóbal de la Culata. Frente al motel Penthouse, pusiste la direccional a la izquierda, como si fueras a entrar.<sup>48</sup> Revisaste el mapa de Waze, comprobaste los espejos y, en una maniobra digna de tus glorias de corredor de carreras, giraste a la izquierda en U, entre pitos, hijueputazos y frenadas en seco de los conductores de atrás, y te devolviste por donde habían llegado.

Cloncito, roncador y quitasueños, despertó de golpe. ¿Dónde estamos? En Medallo. Vinimos a resolver un bollo con un combo rebelde. ¿Díscolo? Demasiado. ¿Con quién estás hablando, Pablito?, se intrigó Fania. No, nada, yo aquí pensando en voz alta y por el retrovisor le picaste un ojo. Antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces, se carcajeó Cloncito.

---

<sup>48</sup> Hay sexo en el baño, sexo en la cama,  
sexo sin ropa, sexo en pijama.  
Nadie como tú. Calle 13.

Te reincorporaste a la corriente de vehículos, congestionada de sólito (sic de Gabriel García Márquez). Al salir de una curva, te orillaste detrás de una Toyota Prado, estacionada sobre la berma. Las puertas se abrieron al mismo tiempo. Start Fitzgerald, Reproche, Metronidazol y un man nuevo, Alcanfor, se bajaron alertas o sonrientes, la percepción es la realidad. Todos se abrazaron con palmaditas en la espalda, visajes de bienvenida, chistes maricas de machotes.

¡Patrón, increíble!, casi se desmayó Alcanfor, el man nuevo. Una sonrisa Colgate iluminó tu cara traspillada por las vicisitudes. *Extiende aquí tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente*, Juan, capítulo veinte, versículo veintisiete. Con sus dedos gatilleros, todos se santiguaron sobre el corazón. Hágame el hijuemíchica favor, se horrorizó Fania, aún dentro del taxi.

Fania vení, mor, y nos tomás una foto, le pediste. Los cuatro sicarios tragaron saliva al ver a la moza novia amante parcería machucante compañera sentimental permanente del consigliere, viuda del finado Héctor Fabio. A punta de gimnasio y dietas dietéticas tenía (casi) la silueta de quince años atrás, mera diva bandida, más apretadita que las starlets de los premios Emmy.

El celular de Fania tenía cámaras como un VAR, Video Assistant Referee. Al tuntún, escogió un lente, enfocó al combo y tomó varias instantáneas. Antes de mostrártelas se echó en tus brazos sin previo aviso. Pablito mío, pensé que nunca iba a volver a verte. Te besuqueó. Fania, cora, sufrir no es exclusivo de mujeres, dijiste.

Se te encharcaron los ojos, los audífonos se resetearon en automático por culpa de las mutaciones en la presión de los oídos, la garganta se taponó con una tosecilla nerviosa, la nariz te autopicó.<sup>49</sup> La abrazaste con fuerza y fe, parcero sin derechos, sustituto de la Resurrección. *Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.* Evangelio de Juan de Patmos, capítulo ocho, versículo treintaidós, dijo Alcanfor. Los demás se quedaron viendo un chispero.

Bueno, nos pisamos ya, dijiste. Start Fitzgerald, Metronidazol y Alcanfor se montaron atrás de la Toyota. Cayetano y vos se hicieron adelante, el consigliere al volante. Reproche escoltó a Fania hasta el taxi, esperó a que se acomodara y luego subió. ¿Le gusta mi carro nuevo, misiá Fania? El engreimiento le afinaba la pinta, retrechera de por sí. La Toyota se devolvió por donde el taxi había bajado.

Reproche arrancó en pique. Fania miró para atrás a ver si Pablitoescobar le hacía alguna señita. Ni un beso ni un adiós. Los manes son todos iguales. Te volteaste en la Toyota y no sin precariedad, por entre las cabezas de tus guardaespaldas, viste la tapa de la maleta del taxi, Tango Sierra Kilo seis uno cuatro, TSK 614:

---

<sup>49</sup> *Pique febril, el fuego dentro del dragón  
Cáustico ardor, un rojo chapulín  
Medicación  
Poténciate la visión hasta llorar  
Un shot de libertad  
Autopicarse es ortigar la realidad  
Viril poción, Moctezuma se vengó.  
Fruto real, de Héctor Buitrago, ConEctor y Aterciopelados.*



y



***Y al verme herido también te vas***

Pasados los meses, ya en el valle de Aburrá, Clamidia, Dominica y vos se instalaron en una finca por la Loma del Asfixiadero, en Sabaneta, santuario de María Auxiliadora, alias Shakirita, al suroriente de Medallo.<sup>50</sup> Ni muy ostentosa ni muy patética. La casa era más grande por dentro que por fuera. Parecía montañera. Wrong. Sauna, turco, jacuzzi, piscina y columpios para la niña, wifi ultra paranoico, full panic room, comunicaciones satelitales. Y con un mirador a los atardeceres del valle o a las noches de luciérnagas. En son de burla, los parceros le decían La Otra Catedral.

Conseguiste ruana de lana, sombrero aguadeño, mecedora y vaffanculo. Te sobraba billullo. Hecatombes por doquier (sic). Exprimías los réditos del Octágono sin menoscabo del capital. *Peace and love*. Otoño patriarcal, descanso del guerrero, presente eterno. Nadie te perseguía, ni los combos ni los pinches gringos puñeteros. Nadie. La clandestinidad brinda vanidad o discreción. Start Fitzgerald mercaba abarrotes bastimentos periódicos revistas golosinas novelitas de ciencia ficción. Deisy barría trapeaba limpiaba inodoros de mármol o vidrios blindados cocinaba lavaba y planchaba la ropa, cocinera y dentrodera de lujo.

La vida que te merecías. Desayunaban en el mirador. Los viernes el Carebonito y Mingo subían a darte vuelta, rendir cuentas, oír rancheras y

---

<sup>50</sup> Nefertiti se quedó en Sanjerónimo con Nevado y las cuchitas, Orfamay y Eleuteria.

tangos o reguetón, Carlitos Gardel, Maluma o Amalia Mendoza y José Alfredito.<sup>51</sup> Almorzaban sushi o polenta, esto es, arroz y maíz pilado. Veían televisión. Se bronzeaban en la piscina. Jugaban escondidijos con la nena. Lo que es pa' uno es pa' uno, así se quite, y lo que no es pa' uno no es pa' uno, aunque se ponga, según señaló la mendiga.

*Tradición, Familia & Propiedad.*

Plata y plomo.

Champaña y aguapanela.

Dolce far niente.

Un domingo Mingo se apareció sin avisar. ¿Qué pasó?, te azaraste. Nada, padrino, dijo y, al grano, te mostró un artículo de Daniel Coronell en la revista *Semana* de esa semana. La leíste de un tirón. ¡La chimba! Clamidia se asomó al mirador con Dominica en brazos. ¿Cómo fue, mor? ¡La mierda de siempre que no se cansa de acosarme!

La columna se titulaba *La pistola perdida de Pablo Escobar* y era sobre tu ángel de la Santa Muerte, esa Sig Sauer de la que no te desprendías ni para follar (cada vez menos) con tu digna esposa. Te pusiste las gafas para releer y descuartizaste la columna párrafo a párrafo.

Píllense la vuelta:

<http://www.semana.com/opinion/articulo/daniel-coronell-opinion-sobre-la-pistola-perdida-de-pablo-escobar/524310>

---

<sup>51</sup> Yo quiero que tu vida y que mi vida no se insulten,  
yo quiero que tus labios y mis labios no se engañen  
y quiero que se adoren más de lo que sufren  
y que el tiempo y el amor nos acompañen.  
*El silencio de la noche*. José Alfredo Jiménez Sandoval.

Autor: “DANIEL CORONELL 2017/05/06 22:00

Título: ***La pistola perdida de Pablo Escobar***

Subtítulo: *El coronel puede agregar ahora a su palmarés delincuencial hurto, peculado y manipulación de evidencia.*

*La mítica pistola Sig Sauer de Pablo Escobar está perdida. En el museo de la Policía Nacional tienen la ropa que vestía cuando lo mataron, su reloj dorado y otra pistola marca Glock que quedó –sin disparar– al lado del cuerpo. Sin embargo, su arma favorita, la que disparó ese día y que mantuvo por años al alcance de su mano, no está allá. El director del museo, el veterano mayor Humberto Aparicio, me aseguró esta semana que la Sig Sauer jamás estuvo entre los objetos de Escobar entregados a su custodia.*

*Esa es la mala noticia. La buena es que hace unos pocos días tengo en mi poder la prueba reina que muestra quién se quedó con ella y cuándo se la robó.*

*La referencia más antigua sobre la existencia de esa pistola tiene fecha exacta: el miércoles 19 de junio de 1991. Ese día Pablo Escobar se entregó a la Justicia, y para demostrar su ‘voluntad de sometimiento’ sacó de su pretina la Sig Sauer, le extrajo el cargador de 13 tiros y se la dio al entonces procurador general, Carlos Gustavo Arrieta.*

*El doctor Arrieta me contó esta semana, 26 años después, que tan pronto recibió el arma la entregó a un uniformado que estaba a su lado –dice*

*que quizás se trataba del director de la cárcel– para que fuera relacionada en el acta judicial de sometimiento de Escobar.*

*Nadie sabe cómo, pero la Sig Sauer volvió a manos de Pablo Escobar.*

*Un confidencial de la revista SEMANA de enero de 1994 asegura que “Tan pronto se volvió el amo de La Catedral la recuperó y la tuvo siempre con él hasta el día de su muerte”.*



*Las fotos forenses del levantamiento muestran las dos pistolas al lado del cuerpo: la Sig Sauer, cerca de su mano, con una sola bala en el proveedor, y la Glock, sin disparar, dentro de una cartuchera.*



*La controversia sobre el autor del disparo que acabó con la vida de Pablo Escobar ha persistido por casi tres décadas. El jefe paramilitar Carlos Castaño aseguraba que era él al mando de un grupo de Los Pepes; Don Berna también lo atribuye a Los Pepes, pero dice que quien disparó fue su hermano Rodolfo, alias Semilla; y el coronel Hugo Aguilar, entonces mayor del bloque de búsqueda, lo reclama para él.*

*La versión más reciente –y creíble– es la del vicepresidente Óscar Naranjo. Él desmiente que haya sido Hugo Aguilar el autor de ese disparo. En el libro El general de las mil batallas y ante la pregunta de Julio Sánchez Cristo “¿Quién le pegó el tiro final a Escobar?”, el general responde:*

*“Para ser preciso, un miembro de la Policía que en la historia muy cerrada de la institución y con el ánimo de protegerlo se le ha conocido siempre como Sangre e’yuca, por su apariencia muy blanca, perteneciente al Bloque de Búsqueda, fue quien atravesó la humanidad de Escobar con un tiro de fusil”.*

LA HORA FINAL DE PABLO ESCOBAR 103

**ÓSCAR NARANJO**  
**EL GENERAL**  
*de*  
**LAS MIL**  
**BATALLAS**

.....

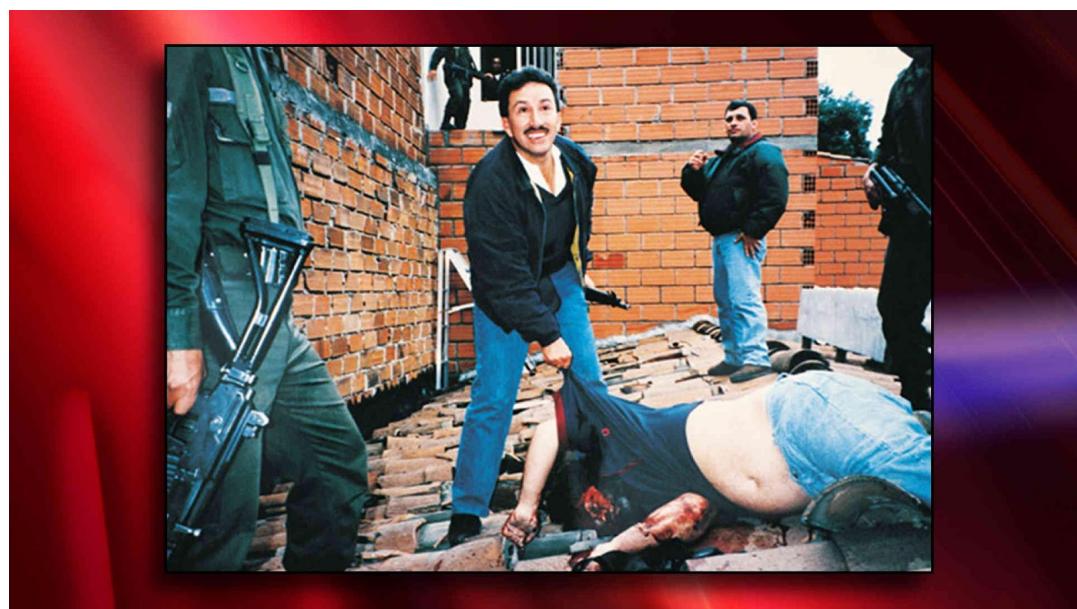
**JULIO SÁNCHEZ CRISTO**  
 Confiesa al policía más poderoso  
 de nuestro tiempo

**¿Quién le pegó el tiro final a Escobar?**

Para ser preciso, un miembro de la Policía que en la historia muy cerrada de la Institución y con el ánimo de protegerlo se le ha conocido siempre como ‘Sangre e’yuca’, por su apariencia muy blanca, perteneciente al Bloque de Búsqueda, fue quien atravesó la humanidad de Escobar con un tiro de fusil. El cubría la huida del capo por la parte posterior de la residencia, mientras el grupo del mayor Aguilar, que ingresaba por el frente, neutralizó a alias ‘Limón’, el último de los guardaespaldas de Escobar. Una vez recibido el impacto de

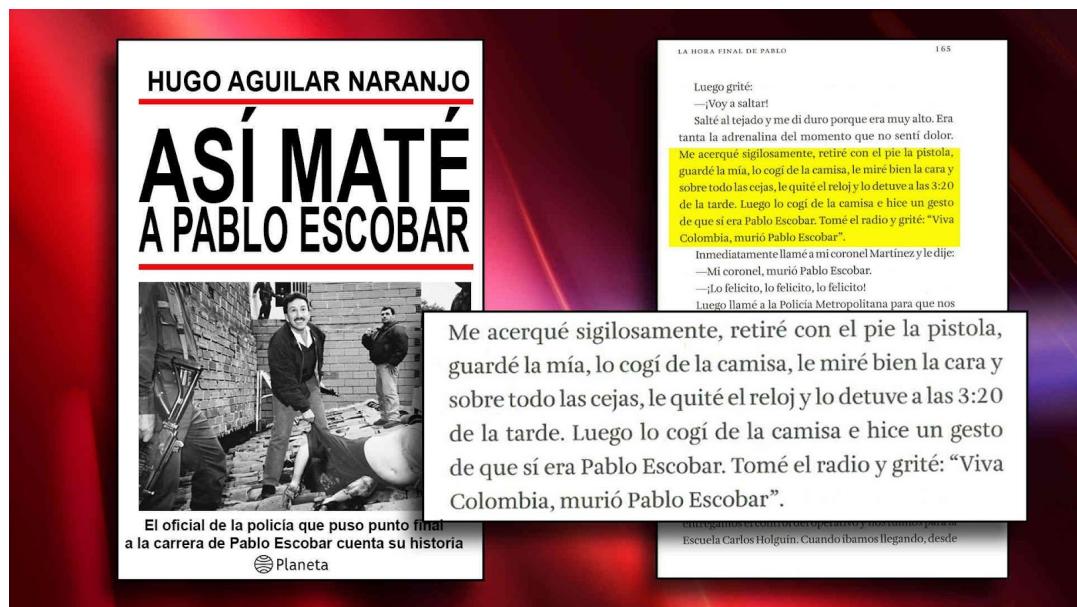
— — —  
 ron una participación en el procedimiento de baja del capo.

*Lo que nadie discute es que Hugo Aguilar fue el primero en llegar a tomarse la foto-trofeo al lado del cadáver de Pablo Escobar.*



*En el libro Así maté a Pablo Escobar, donde el coronel Hugo Aguilar da su versión de los hechos, relata lo que –según él– sucedió en los segundos posteriores a la muerte de Escobar: “Me acerqué sigilosamente, retiré con el*

*pie la pistola, guardé la mía, lo cogí de la camisa, le miré bien la cara y sobre todo las cejas, le quité el reloj y lo detuve a las 3:20 de la tarde. (...) Tomé el radio y grité ‘Viva Colombia. Murió Pablo Escobar’”.*



*En el año 2002 una productora del Grupo Prisa de España decidió hacer un documental sobre Pablo Escobar que nunca fue publicado. Uno de los entrevistados fue el coronel Hugo Aguilar, quien firmó una autorización para publicar sus declaraciones sin salvedades.*

*Las cintas de video estaban en un archivo muerto en Lisboa, Portugal. Hace dos semanas fueron recuperadas con la ayuda de los actuales dueños de los derechos y el apoyo de SEMANA.*

*En el video el coronel Hugo Aguilar, el mismo que años después fuera condenado por parapolítica, confiesa: “La pistola de Pablo yo la cambié. Yo hice dos cosas: paré el reloj, lo quité y lo entregué mediante un oficio (...) eso reposa en el museo de la Policía y la pistola sí se la cambié. Por la historia de*

*la pistola yo la conservo. Yo tenía la pistola que yo tenía, y yo se la tiré a él y yo cogí la pistola de él. Yo la conservo”.*

*La Sig Sauer que se refundió en poder de las autoridades no era, pues, la de Escobar, sino la de Aguilar, quien se quedó con la del capo.*

*El coronel puede agregar ahora a su palmarés delincuencial hurto, peculado y manipulación de evidencia.”*

Pestañeaste como un fósforo de madera. ¡Bobo cagao!, gritaste desaforado. ¿Usted no sabe quién soy yo? ¡Te voy a romper la cara, marica! Easy, easy, trató de calmarte Mingo. ¿Acaso no ves que ese faltón se robó mi pistola? Me la vas a pagar, gorsovia. Easy, easy, insistió Mingo. ¡Lo que soy yo, mato y como del muerto!

Unas palabras de la columna rebotaban en tu mente. “*La pistola de Pablo yo la cambié. Yo hice dos cosas: paré el reloj, lo quité y lo entregué mediante un oficio (...) eso reposa en el museo de la Policía y la pistola sí se la cambié. Por la historia de la pistola yo la conservo. Yo tenía la pistola que yo tenía, y yo se la tiré a él y yo cogí la pistola de él. Yo la conservo”.*

Ocho yoes en 71 palabras, contó Cloncito.

Clamidia se sentó en la mecedora. Dominica no dejaba de mirarte, asustada. Cloncito se acurrucó en su hamaca del más allá. ¡Me lo vas a tener que mamar, pirobo!, gritabas. La voz te tiritaba. ¡Start Fitzgerald!, vociferaste. Deisy y él llegaron al instante. Dígame, patrón. Traeme el trabuco.

La Sig Sauer relucía a pesar de su pedigrí de muerte. Quitaste y pusiste el seguro, sacaste el proveedor, eyectaste la bala en la recámara, jugueteaste

con el gatillo. ¿Cómo así que este no es mi ángel de la Santa Muerte? Pregunta retórica, murmuró Cloncito. Embutiste la bala suelta al proveedor y montaste la pistola. ¿Cómo así que el garulla de Aguilar te la quitó a vos, Cloncito, en el techo de esa puta casa? Mor, tranquilizate por lo que más querás, rogó Clamidia. Eso pasó hace años. ¿Sí será pa' que te enojés así? Yo me emputo lo que me dé la puta gana y cuando me dé la puta gana, ¿oíste?

Deisy se llevó a Dominica para la piscina. Start Fitzgerald guardó la pistola en la caja de terciopelo. Mingo se recostó a la baranda del mirador y vislumbró los menstruos de la eterna primavera de Medellín, edén de los edenes. De repente, se acordó de *Chinatown*, de Roman Polanski en 1974, en el top 10 de las mejores películas policíacas. En una escena crucial, el detective Jack Nicholson le pregunta a la rica heredera Faye Dunaway por una jovencita que ella oculta y defiende a costa de su propia vida. ¿Quién es?, se enfurece el polizonte. ¡Mi hija!, responde la demudada Faye.

Nicholson no le cree. ¿Quién es ella? ¡Mi hermana! A lo que él le corresponde con una bofetada. Otra pregunta, nueva bofetada, otra pregunta. Dunaway siempre contesta: ¡Mi hija! ¡Mi hermana! ¡Mi hija! ¡Mi hermana! Al fin el detective entiende que la jovencita es de veras hija y hermana de Faye: hija de ella con su padre John Huston y, por tanto, su hermana.

¿Eso qué tiene que ver con mi pistola?, preguntaste. Todo y nada como casi todo y casi nada en este mundo, sentenció Cloncito. Señalaste el paisaje, la insolente mañana en el sur del Aburrá. Con los ojos desorbitados te fijaste en un guayacán amarillo. ¡Aquí mando yo!, gritaste. Ni ese árbol florece sin mi

permiso. No se empelicule, padrino, tranquilo, ya, tranquilo. Empezaste a perorar (sic, último, ¡lo juro por esta cruz que redimió al mundo!). ¿Creen que van a poder conmigo? ¿Creen que ya no soy el que soy? ¡Pirobos! *Multiplícame cuando sea necesario. Haz que desaparezca cuando sea menester. Conviérteme en luz cuando sea sombra. Transfórmame en estrella cuando sea arena.* ¡Sigo siendo el rey! Un rey sin corona, se atrevió Cloncito.

Es inaudito lo que hicieron con mi pistola. Me las van a pagar todas juntas. Ya van a ver, malparidos. Voy a acabar con este puto pueblo. ¿Con el Club Campestre?, se entrometió Cloncito, que le llevaba la mala a los ricachones. ¡Cuál club ni qué pan caliente, güevón!, chillaste ¿Entonces vamos a bombardear La Alpujarra? ¿A desguazar la chatarra del Metro? No seas atembado. ¿Usted con quién está hablando, padrino? Tragaste saliva y no contestaste. Ay, lo perdimos, empezó a llorar Clamidia y se llevó las manos a la medalla de oro en el cuello, Shakirita preciosa.

No quedará piedra sobre piedra. Sólo cenizas. Eso parece un bolero, se rio Cloncito. No hay paraíso sin serpiente, alucinaste, y seguiste con un monólogo colérico y entrecortado por el hipo. ¡Yo soy la rabo de ají de este moridero! Medellín será una escombrera. ¡Start! Llamá a Cayetano. Voy a desandar mis pasos. ¡Vuelve el cartel, hijueputas! Tú reinarás por siempre, Pablitoescobar, cantó Cloncito, jubiloso.

A lo lejos se empezó a oír la sirena de una ambulancia.

Te querías sentar en primera fila, pero cuando llegaron ya no había puesto. Estaban cachaquísimos. Mingo, flaco y severo, tenía un terno de Giorgio Armani, blanquísmo en la resolana de febrero. El Carebonito, sin saco ni corbata, como siempre, y con una pañoleta de seda verde en el cuello, galán de galanes, antiabortista de reciente convicción. Clamidia resplandecía en un vestido de primera comunión. En vez de las gafitas de la escuela, ahora usaba lentes de contacto o se había operado la miopía, un asunto tan secreto como tus audífonos. A Fania el mundo le importaba un rábano: la más sexy de las muchísimas mujeres sexys del ceremonial. Vos, la excepción hace la regla, o al revés, te pusiste un blazer azul oscuro, bien guarnecido, demasiado elegante para tu desguallete. Cloncito no se veía, por supuesto, pero su voz tronaba displicente.

Buscaron otros asientos y, vainas del destino, les tocó atrás, en la penúltima fila, lejos de la tribuna principal, al lado de unas personas que se carcajeaban o cuchicheaban, volubles como plumas al viento. El parqueadero del Club Campestre, el mismo que Cloncito quería dinamitar, estaba hasta las tetas. Damas y caballeros. Damiselas o caballeretes. Ministros y exministros. El alcalde Fico. Prohombres o promujeres, próceres de Antioquia. Víctimas y victimarios. Parecía un coctel al aire libre. Sillas blancas de plástico. Algunas sombrillas, requete blancas. Muchos varones con camisas blancas, el cuello

abierto a las brisas de la eterna primavera. ¿El blanco está de moda?, preguntó Cayetano. No, tío, es un símbolo de paz y concordia, explicó Mingo. ¿Un hecho cultural?, se interesó Cloncito. Más o menos, le respondiste, no sin urbanidad, pese a los achaques de la edad o a tu extrema medicación antisicótica.

Toca ir, dijiste cuando Fania contó en la casa finca de la Loma del Asfixiadero que iban a demoler el edificio Mónaco, la caleta donde Cloncito fingió o fungió (sic, a pesar de mí) vida conyugal o familiar con tu mujer y tus hijos. ¿Cómo fue?, saltó el muerto. ¿Van a derrumbar lo que los hermanos Rodríguez Orejuela no pudieron tumbar? Ver para creer, creer para ver, sentenció el Carebonito. Pues, claro que vamos a ir, clamó Clamidia. A ver si de una vez por todas se acaba esta vaina...

Los invitados sonreían con precaución, no fuera a salir mal lo planeado con tanta minucia. ¿Qué tal que la dinamita no estalle? ¿O que el edificio explote en vez de implosionar? ¿Dónde no suenen las sirenas de alerta? Inútiles preocupaciones. Fania abrió una super sombrilla, no blanca, roja salvaje, y se cubrió junto a Clamidia. Dios proverá, dijo Mingo, absorto en las bronceadas piernas de una vecina de asiento. Desde hacía años se quería casar, pero no hallaba consorte. Mejor, pregonaba Cloncito. Las esposas son una carga infernal: lo digo por experiencia propia. El matrimonio es una cárcel. Te pareció ver entreverada en el gentío a Goretti, la productora ejecutiva del comercial que vos y Dior Marley vieron filmar la tarde en que te mataron. ¿Iría a tirar voladores como el día de tu muerte?

¡Chito, chito!, refunfuñaste para ponerle atención a las pendejadas de la presentadora del evento. Memoria, tranquilidad, ciudadanía, reconstrucción, sí futuro, no volverán, no pasarán, etcétera, no pasarán. Anunciaron la tercera alarma. La chicharra sonó puntual. Todo mundo se reacomodó en las sillas. ¡Bing! ¡Bang! ¡Bum! Tremenda hecatombe. El suelo se sacudió, un leve tembleque de flato. Se oyeron exclamaciones. ¡Vamos! ¡Yuju! ¡Eso es! Y aplausos cuando la estructura colapsó.

Consternada, una chica de la primera línea se llevó las manos a la cara, se limpió unas lagrimitas y después se consoló a punta de lágrimas de cocodrilo. Un mancito en la misma fila que ustedes se levantó y aulló con fuerza: ¡Pablo, hijueputa, ahí te nos fuiste! Un grito que te sonó equívoco. ¿Venganza o justicia poética? Una señora con tapabocas, precursora de la primera pandemia, lloraba desconsolada.

Una nube de polvo, blanquecina con tintes amarillentos, se levantó desde el bajo fondo de los escombros y empezó a zigzaguear sobre los despojos. Cloncito infló sus cachetes y después sopló con fuerza desde el más allá. La nube cambió de rumbo hacia el gentío. Clamidia te apretó la mano. Tu corazón palpitaba con demasiía, y hasta Cloncito, aún soplando, pensó que ibas a llorar. ¡Ay, patrón!, sollozó. Todo tiempo pasado fue mejor, suspiró el Carebonito. El nubarrón tapó el paisaje, desdibujó las ilusiones, se movió por encima y por los lados de los otros edificios de la cuadra hasta sobrepasar la avenida de El Poblado. Entonces la polvareda se aposentó sobre el alcalde y

sus invitados, torbellino vengativo e irreconciliable. Ese es tu desquite, Pablitoescobar, te susurró Fania.

*Adiós leche, adiós huevos, adiós dinero / adiós lechón, adiós vaca y ternero*, se mofó Cloncito y en seguida se fundió en la nubareda.

Un relámpago en la *noche unánime*. Eso fue tu vida Héctor Fabio Baena Callejas, alias Pablitoescobar, alias Cloncito. No fuiste el muerto, por supuesto. El interfecto en aquella tarde decembrina fue el otro, el propio, el de verdad, la auténtica plaga de este valle de lágrimas. El resto de la historia -la no muerte, el clon, el sosias, el doble inmortal- es pura leyenda urbana, loca patraña de taxistas o coteros de la Central Mayorista.

Un esperpento, quizás.

En cambio, yo soy el que soy: José de la Buenaventura de Domingo Hastamorir, muy conocido por mi apodo: Mingo. Aquí y ahora me descubro. Chao remoquete, chao antifaz. Me lo inventé todo. Desde la sed de escarmiento de Metrallín hasta la placidez de la vida en Sanjerónimo del Apocalipsis. Y la ternura con las icoteas de las acequias. Y las tres hecatombes. Y la amistad con Luisé, Orfa y Eleuteria. Y tu pasión por mi hermosa o dulce profesora Clamidia Pulgarín Miranda. Y la mansedumbre de Start Fitzgerald o la fidelidad de Reproche y la sagacidad de Metronidazol o la corronchería de Deisy. Y la bonhomía de Cayetano Ramírez Vélez con la hidalguía de Fania Eugenia Montoya Celis. Yo solito me craneé este sartal de falsedades, este ramillete de ficciones.

Dioses y/o demonios perdonen mi osadía.

*Tiñes mis días de fatal melancolía*, como en el tango de Aterciopelados.

Si me quedaran ganas haría mi retrato hablado o llenaría un cuadernillo con mis memorias. Pero qué pereza, parce. Por tanto, aquí y ahora me despido, yo, el autor de este disparate, Mingo, hasta morir.

Suerte, pirobos.

Fin

miércoles, 31 de diciembre de 2025

Esteban Carlos Mejía

[estebancarlosmejia.com](http://estebancarlosmejia.com)